

CAPÍTULO 27
Venecia, 30 de agosto de 1548

Una forma negra recortada en la puerta. Duarte Gómez da un paso, se detiene y da un taconazo. Rostro aceitunado, rasgos finos, levemente femeninos, interrumpidos por una arruga en la frente.

Una indicación a Demetra, que aleja a las muchachas.

—¿Qué pasa?

—Ven, te lo ruego.

El ayudante de los Miquez me acompaña fuera, al soportal y luego al callejón donde se entra de uno en uno. Los dos hermanos están allí. Como dos sicarios que esperan el paso de su víctima.

João, más alto, con un gran sombrero negro adornado por una cinta de cuero. Bernardo, con el aire de un chiquillo y una divertida mosca en el mentón. Las toledanas asoman por debajo de las capas. La luz va disminuyendo cada vez más.

—¿Qué sucede, señores? ¿A qué viene tanto misterio?

La acostumbrada sonrisa se resquebraja, como si se esforzara en mostrarla, por más que su estado de ánimo no se lo permite:

—Han apresado a Perna.

—¿Dónde?

—En Milán.

—¿Qué coño hacía en Milán? ¿No habíamos decidido olvidarnos de esa plaza?

Los rostros de los tres sefarditas se ponen sombríos, la luz sigue disminuyendo.

—Tenía que hacer una parada en Bérgamo, recoger el dinero de los libreros y volverse. Por lo que parece, ha querido arriesgarse. Se le acusa de vender libros heréticos.

Oigo resonar mi suspiro de un extremo al otro del callejón, me apoyo en la pared.

—¿El Santo Oficio?

—Puedes apostar lo que quieras.

Gómez, nervioso, continúa dando taconazos contra el empedrado.

—¿Qué podemos hacer?

João muestra una hoja enrollada.

—Pagaremos y lo sacaremos antes de que el asunto se ponga demasiado feo. Duarte parte esta noche. Gonzaga me debe dinero: le he propuesto cancelar su deuda si intercede.

—¿Funcionará?

—Espero que sí.

—Mierda. No me gusta, João, no me gusta en absoluto.

—Ha sido pura casualidad, estoy convencido. Mala suerte e imprudencia.

Presentimientos pesimistas, no consigo pensar.

El mayor de los Miquez me obsequia con su sonrisa más sincera:

—Estate tranquilo. Soy todavía el financiero más importante en la ciudad. No se atreverán a tocarnos.

Aprieto las manos contra ambas paredes, como si quisiera desplazarlas:

—¿Hasta cuándo, João? ¿Hasta cuándo?

Venecia, 3 de septiembre

Tal vez alguien ha conseguido juntar las piezas del rompecabezas. Malas noticias de Nápoles: Infante, nuestro contacto allí, ha sido encarcelado y será interrogado por los inquisidores.

Lentamente están descubriendo la trama que hemos tejido en estos dos años.

El cardenal Carafa aún no ha alineado en orden de combate a sus mejores piezas: mientras sigan en auge Pole, Morone, Soranzo y todos los demás espirituales, tiene las manos atadas.

Si Reginald Pole se convierte en Papa antes de que Carafa consiga pasar al ataque, se pararía la Inquisición: todas las posibilidades volverían a estar abiertas, hasta la excomunión de El beneficio de Cristo se vería suspendida.

Tramas demasiado extensas para un solo hombre. Acaso también fascinantes para quien ha llegado al quinto decenio de su vida y es capaz de apreciar su geometría, el diseño, pero hay algo más que hacer. Algo personal.

Algo que lleva esperando desde hace veinte años. Cuando los músculos comienzan a ponerse rígidos y los huesos duelen, las cuentas que han quedado pendientes se vuelven más importantes que las batallas y las estrategias.

Tiziano el anabaptista tendrá que golpear de nuevo, pero lejos de aquí: con los vientos que comienzan a soplar, conviene mantener alejada la venganza de los asuntos venecianos.

Tienes que venir a buscarme. Para que yo pueda echarte el guante.

El diario de Q.

Venecia, 28 de septiembre de 1548

En Venecia la herejía está por todas partes.

En el modo de vestir de sus mujeres, con los pechos al aire y zapatos con suelas de un palmo de alto. En los mil callejones estrechos, donde susurrar doctrinas prohibidas. En los mismos cimientos imposibles que la sostienen.

También en Venecia los alemanes se encuentran por todas partes. No hay calle, campo o canal que no conozca el sonido de la lengua de Lutero.

Venecia: el terreno ideal para husmear el rastro.

Cervecería del Fondaco. Alusiones al anabaptismo lanzadas aquí y allá: miradas de asombro, referencias al exterminio de Münster, ninguna noticia útil. Tiziano: ¿Quién, el pintor? Nada de nada.

Una vuelta por el mercado de Rialto, para husmear el ambiente. Puente arriba y abajo, y luego hasta San Marcos, a lo largo de la calle de las Mercerie. Gente ocupada en sus negocios, alemanes vendedores de pieles, impensables bautizando a un fraile en un convento de Rovigo, y mucho menos entre los estudiantes de Padua.

Los estudiantes: Tiziano es un tipo culto, alguien que es capaz de hablar igual de bien la lengua de la universidad que la del tabernero y del carpintero de Bassano.

Una sensación: el hombre que busco no frecuenta estos lugares.

Venecia, 30 de septiembre de 1548

Archivo de la Inquisición.

Tres alemanes implicados en procesos de herejía:

—Mathias Kleber, treinta y dos años, bavarés, luthier en Venecia desde hace doce años, sorprendido robando hostias consagradas del sagrario de la iglesia de San Rocco, condenado a la expulsión y redimido con el arrepentimiento y la conversión a la fe católica.

—Ernst Hreusch, cuarenta y un años, mercader de madera, natural de Maguncia, procesado por los escritos que exaltaban a Lutero en

las paredes de las iglesias de San Mosè y San Zaccaria. Condenado a borrarlos y a pagar una ofrenda de ciento cincuenta ducados para las dos iglesias.

—Werner Kaltz, veintiséis años, vagabundo, procedente de la ciudad de Zurich, procesado por brujo, por sus actividades de quiro-mante, alquimista y astrólogo. Evadido de la cárcel de los Plomos, sigue huido.

Uno medio iconoclasta, el otro fanático de Lutero y el tercero brujo. Trato de imaginármelos en las distintas situaciones que han tenido a Tiziano como protagonista, pero ninguno parece verdaderamente adecuarse al papel del misionero anabaptista.

Operación contraria: imaginarse a Tiziano dando vida a su fantasma, moverlo como un títere por las calles y las tiendas de la ciudad. No.

En Venecia Tiziano no es Tiziano. Es algún otro. Si hubiera rebautizado también aquí, en alguna parte se conservaría memoria de él. Tiziano esconde su propia identidad: parece querer darles a sus gestas la máxima resonancia.

¿Quién es, quién ha sido, Tiziano en Venecia?

CAPÍTULO 28
Venecia, 18 de octubre de 1548

Se han hecho preceder por una carta. Por esto estamos en el muelle, la mirada muy pendiente del canal de la Giudecca, por donde deberán aparecer.

Bernardo Miquez pasea de un lado a otro. João está parado como una estatua, elegantísimo como siempre, guantes de cuero colgados del cinturón y anchas mangas del jubón que flotan al viento.

Demetra me ha hecho una bufanda de lana para este gélido otoño. Tengo que estarle agradecido, porque el cuello me juega malas pasadas desde hace un tiempo.

Observo las barcas que pasan lentas hacia los atracaderos y vacían su carga humana variopinta y extraña.

—¡Para el Dux y San Marcos!

Me estremezco ante la voz chillona de un gigantesco mirlo negro transportado en una jaula.

João ríe sonoramente ante la expresión que pongo yo:

—¡Pájaros que hablan, compadre! Esta ciudad no dejará nunca de asombrar.

Bernardo se inclina hacia delante hasta el borde del muelle, exponiéndose casi a perder el equilibrio:

—Ahí están.

—¿Dónde? —Tengo para mí que mi vista ya no es tan aguda como en otro tiempo.

—¡Allí, acaban de aparecer ahora!

Finjo reconocer la embarcación que es aún una mancha oscura:

—¿Son ellos de veras?

—¡Por supuesto! ¡Mira a Sebastiano!

—¡Por Moisés y todos los profetas! Ahí está Perna. ¡Lo ha conseguido! Duarte lo ha conseguido. —João se permite un gesto de exultación.

—¡Bastardos, asquerosos, infames, pedazos de mierda, un poco más y nos quedamos allí, santo cielo, todo lleno de hongos y de musgo, que se vayan a tomar por culo!

Recobra el aliento, aún tiene el espanto pintado en los ojos.

—Unos asesinos es lo que son. Una cosa de locos, Ludovico, amigo mío, había ratas que parecían cachorros de perro, ¿entendido?, no te lo creerías, deberías haberlas visto, así de grandes, bastardos, un mes dentro de esa letrina, prisión la llaman, ojalá los empalasen los turcos

a todos ellos, bastardos, mira, Ludovico, así de grandes eran las ratas, y unos guardianes que parecían los monstruos del Apocalipsis, ten a un hombre en esas mazmorras durante un año y te confesará lo que quieras, incluso que... ah, y luego lo escriben todo, todo, no se dejan ni una coma, nunca falta un escribano de los cojones que escribe lo que tú dices, rápido, escribe rapidísimo, sin levantar la mirada nunca de la hoja, estornudas y él lo pone en el papel, ¿entendido?

Los cuatro pelos que le quedan los tiene revueltos, ojeras profundas y mandíbulas que quisieran hincarse en el filete que Demetra le ha servido, si no las tuviera ocupadas en ese torrente en crecida.

Traga finalmente el primer bocado y parece recuperar la lucidez necesaria.

Apenas levanta los ojos del plato:

—¿Han atrapado a algún otro?

—A Infante en Nápoles.

Un resoplido.

—Y no es la peor noticia.

Los ojillos de Perna me escrutan con aprensión:

—¿A quién también?

—A Benedetto Fontanini.

El librero se pasa las manos por la cabeza para peinarse los cuatro pelos que le quedan:

—Santo cielo, estamos hundidos en la mierda...

—Lo han encarcelado en el monasterio de Santa Justina, en Padua, bajo la acusación de ser el autor de El beneficio de Cristo. Corre el riesgo de pudrirse allí dentro para siempre.

Perna vuelve a levantar la cabeza:

—A partir de ahora hay que estar particularmente atentos. —Nos pasa revista a los tres—. Todos. —Se detiene en João—: Y tú no te creas que estás más seguro que nosotros, socio, que si se ponen en serio son jodidos para todo el mundo. Aquí en Venecia por ahora estamos en lugar seguro, pero nos han dado un aviso.

—¿Qué quieres decir? —Le vuelvo a llenar el vaso de vino.

—Han comprendido. Saben que existimos, quién está metido en esto. Primero detuvieron a João, luego a mí y a ese pobre de Infante. Luego van a pescar a Benedetto de Mantua... —Mastica y deglute.

Duarte nos mira a todos:

—¿De quién estamos hablando?

El tenedor de Perna cae dentro del plato. Silencio. El Tonel está cerrado, estamos solos, tres sefarditas y dos inveterados descreídos sentados alrededor de una mesa conspirando: la alegría de cualquier inquisidor.

Perna se ovilla como un gato:

—Estamos hablando de Pichadurísima, señores, sí, Su Eminencia Pichadurísima Giovanni Pietro Carafa. Hablamos de los guardianes de la ortodoxia. De quienes quisieran hacerse un colgante con las pelotas de Reginald Pole y de sus amigos. Unos grandes bastardos, tanto ellos como sus esbirros. Todavía no los han puesto tras nuestros pasos, pero no tardarán en hacerlo, ya lo veréis. —Una mirada a João—. Y a esos, socio, no los compras, ¿entendido? Incorruptibles bastardos.

Lo interrumpo:

—Ni Milán, ni Nápoles, ni mucho menos Venecia dejarán que la Inquisición de Roma meta la nariz en sus asuntos.

—Negocios, esta es la palabra adecuada. Por ahora no tienen ningún inconveniente en dejarles el campo libre, tienes razón. Pero todo depende de quién suba al solio pontificio, de quién establezca las reglas después de que Paulo Tercero haya estirado la pata. Pero de todas formas, para evitar toda injerencia de Roma, los venecianos podrían pensar en arreglar sus cuentas con nosotros, sin esperar a Carafa ni a sus amigos.

Se traga el bocado:

—Qué asco, cuando vuelvo a pensar en esa letrina, se me van las ganas de comer.

El diario de Q.

Venecia, 5 de noviembre de 1548

He recorrido la ciudad a lo largo y a lo ancho. Busco a un alemán, confiando en mi intuición: las librerías donde podría haber comprado El beneficio de Cristo.

He visitado el establecimiento de Andrea Arrivabene, el librero con el letrero del pozo, un lugar que Tiziano debe de conocer sin duda. He fingido estar interesado en las doctrinas anabaptistas, esperando que me indicasen a alguien a quien dirigirme.

Nada de nada.

Venecia, 7 de noviembre de 1548

El niño y la estatua de Cristo.

El niño que creía que Jesús era una estatua.

El niño de cinco años.

El niño al que Bernhard Rothmann, pastor de Münster, preguntó quién era Jesús.

Una estatua.

La anécdota repetida hasta el infinito, en los días de la enfermedad.

Los días del rey David.

Es difícil mirar atrás. Doloroso. Recuerdos de conversaciones, largas, interminables, instigando la locura del predicador, sugiriendo a una mente desilusionada y extraviada las elecciones más insensatas.

Terror y lenta disolución.

Los últimos días de Münster.

Extramuros, el primer estremecimiento de incertidumbre. Quise olvidar.

Tiziano, el peregrino alemán que bautizó a Adalberto Rizzi, alias fray Álamo, fray Lucifer y los piratas del Po, conoció a Bernhard Rothmann.

Alguien de Münster, alguien que he conocido.

He bajado de nuevo a la calle, esta vez buscando un rostro. Me he vuelto de golpe a cada palabra pronunciada en mi lengua. He escrutado los rostros, bajo las barbas, más allá de los pelos largos o cortos, entre las cicatrices y las arrugas. Como una alucinación, en cada uno había algo para confirmar una sospecha.

Esto no servirá.

CAPÍTULO 29
Venecia, 11 de noviembre de 1548

No es fácil explicarles que he de partir. No es fácil hablar de un antiguo enemigo, Qoèlet, el aliado de siempre, el traidor, el infiltrado.

No será fácil, pero es necesario. Explicar los viajes de los últimos meses, esta barba: Tiziano, el apóstol con El beneficio de Cristo en una mano y el agua del Jordán en la otra. Saldar una cuenta pendiente hace más de veinte años. Tratando de poner al esbirro de Carafa, el más valiente, el más listo, tras los pasos de un heresiarca anabaptista creado a su medida. No se dispone de más tiempo. El círculo ha comenzado a estrecharse antes de lo previsto, pero sabía que sucedería. Estoy jugando con fuego y no puedo correr el riesgo de que se entrometan. El mismo imperdonable error de siempre: mi pasado que irrumpe en el presente y causa estragos, lacerando las carnes de amigos, compañeros, amantes. Demetra, Beatrice, João, Pietro. Nombres de muertos inminentes. Partir antes de que eso ocurra. Arrastrarme detrás del Ángel Exterminador y el eterno esbirro, lejos de los efectos de la última parada. Caminar hasta las prolongaciones extremas, hasta el culo del mundo de esta tierra de Europa que he recorrido a lo largo y a lo ancho. Hacer que me persiga hasta allí y en aquel sumidero maloliente esperar y arreglar las cuentas de muchas vidas. Solos.

No importa cuánto tiempo, Eloi puede recuperar su nombre, seré solo Tiziano, el loco baptista.

João vigilará el burdel y a Demetra en mi lugar. Me moveré, sembraré indicios, daré vueltas hasta que haya sacado a Qoèlet a plena luz del día.

Perna, tú lo has dicho: es necesario saber cómo va a terminar, jugarse el destino y la vida para darles un sentido. Para dar una razón de ser a todas las derrotas y también a lo que queda por vivir. No abandono la partida, quiero terminarla. Como sea.

De las miradas atónitas y de las bocas cerradas emerge solo la voz nítida de Beatrice:

—Los subterfugios a que la vida ha obligado a mi familia no han impedido nunca apreciar la sinceridad, Ludovico.

Sonríe, mis palabras no han desarmado sus ojos negros:

—Deja por tanto que recompense tu franqueza. No eres tú la causa del peligro que nos amenaza: todos sabíamos desde un comienzo

con qué riesgos nos íbamos a encontrar al embarcarnos en la empresa común de difundir El beneficio de Cristo. Hemos desafiado la excomunión del Concilio, la Inquisición, las ambiguas estrategias de los poderosos venecianos. ¿Con qué fin? La guerra espiritual desencadenada por los perros del Santo Oficio es una amenaza para todos nosotros. Fingir no saberlo no nos salvaría. Solo hace falta mirar a quién tienes delante: a un librero clandestino, a la regentadora de un burdel y a una rica familia judía en fuga desde hace medio siglo. Y luego estás tú: hereje, marginado, ladrón y rufián. Somos todo lo que ellos quieren barrer de en medio. Si vencen nos despojarán de todo, ocuparán todo el espacio ellos. Seremos encerrados, los más afortunados morirán.

Beatrice se acerca a la ventana, más allá de la cual se entrevé el canal de la Giudecca al fondo de San Marcos. Sigue siendo una silueta oscura.

Prosigue:

—Has hablado de un destino personal con el que saldar cuentas. Del ala negra que revolotea sobre tu cabeza desde toda la vida y borra todo lo que te es querido. Tus preocupaciones son nobles y sensatas, pero cada uno debe cumplir con su papel. También yo estoy convencida de que es útil separarse, pero a condición de quedar unidos en el propósito de un plan común. La pista de Tiziano que se aleja, sembrando herejía y confusión, puede llevar a los perros por un camino equivocado, confundir al olfato, volver más lento su avance, en espera del nuevo Papa. Pero si va a ser esta tu tarea, cada uno de nosotros debe tener otra.

João se pone en pie, nada de sonrisas:

—Tú, tía, podrías mantener abierta la vía de escape. Tu carisma y tus conocimientos en la corte de Ferrara, donde estamos bien vistos por los préstamos al duque y por tu refinamiento, pueden garantizar un refugio seguro para todos, si las cosas fueran a precipitarse. Yo me quedaré aquí en Venecia, con objeto de hacer valer nuestras generosas donaciones. Ya es hora de que los patricios y los mercaderes de esta ciudad den muestras de conceder todo su peso a quien mantiene en pie su fasto y sus negocios. Mientras tanto puedo encargarme de los nuevos intercambios comerciales, las rutas que hemos abierto con el Turco.

Se vuelve hacia Perna:

—Es mejor que tú te mantengas alejado por un tiempo. Serás mi agente en las costas orientales. Difundirás la nueva traducción de El beneficio de Cristo en Croacia y en Dalmacia, hasta Ragusa y más allá. No te ocuparás tan solo de libros, sino que serás también mi agente de enlace fuera del alcance de la Inquisición.

El pequeñajo se pone en pie de un salto:

—¡Vender libros a los Turcos! ¡Estoy soñando! ¡Entrar y salir de esas viejas barcas hediondas! ¡Eso es lo que le toca en suerte a Pietro Perna, uno que tiene su nombre, que es respetado desde Basilea hasta Roma! ¡Ludovico, di tú algo!

—Sí, exactamente, necesitas un nombre nuevo. Quizá menos respetable, pero menos conocido por los esbirros.

Perna se encoge en el asiento, desapareciendo casi en él, los pies colgándole.

João sonríe a Demetra:

—La fascinante doña Demetra continuará regentando el Tonel como si nada pasara, con los oídos siempre atentos a cualquier indiscreción de sus acaudalados clientes. Cualquier información puede ser preciosa. Velaremos por ella y por las chicas en ausencia de Ludovico.

Beatrice:

—Es inútil negar que nuestro destino depende en buena medida de quién sea el próximo Papa. Esperaremos a ese momento para decidir cómo movernos a la luz de la nueva situación.

Bernardo está llenando las copas. João es el primero en alzarla, ha recuperado la sonrisa:

—¡Por el futuro Papa, entonces!

Nos desahogamos con una estruendosa carcajada.

El diario de Q.

Venecia, 14 de noviembre de 1548

Noticias obtenidas sobre los lugares frecuentados o gestionados por alemanes.

–Librería del Lirio de Plata, especializada en libros luteranos y sacramenteros, propiedad de un tal Hermann Reidel.

–Friedrich von Melleren, conde, animador del restringido círculo de los literatos alemanes de Venecia, tiene un palacio propio detrás del Fondaco.

–Taberna de la Selva Negra, regentada por una alemana casada con un mercader veneciano. Es el lugar de encuentro de los artesanos: tallistas, plateros, zapateros...

–Taberna del Tonel, propiedad de Ludwig Schaliendecker, conocido como el Alemán, y de una mujer griega. El burdel preferido por los alemanes de rango y con una buena bolsa.

–Taberna de la Seda, lugar de encuentro de mercaderes, propiedad de Hans Gastwirt. Dedicada a los juegos de azar y allí se cambia el dinero a una buena tarifa.

–Tienda de Jacopo Maniero, vidriero, todos los jueves, después de vísperas: lugar de reunión de la comunidad calvinista (italianos, helvéticos y alemanes).

Venecia, 15 de noviembre de 1548

Jornada pasada en la Selva Negra y en la librería de Hermann Reidel.
Nada.

Un nombre que me suena: Ludwig Schaliendecker. ¿Dónde? ¿Entre los apóstatas alemanes? Algo que ver con Wittenberg.

Ludwig Schaliendecker, regentador del Tonel.

Comprobar mañana.

CAPÍTULO 30
Venecia, 16 de noviembre de 1548

Se apoya en mí, para no perder el equilibrio, mientras sube a la barcaza que nos llevará a la carraca de los hermanos Miquez, amarrada al otro lado de la isla. Con la otra mano sostiene la pesada falda, ayudada por una sirvienta, pendiente de que los bordes del vestido no se mojen. Consigue conservar una dignidad infinita allí donde otras ricahembras parecerían simplemente torpes e incómodas por las armazones con que van adornadas. No puedo dejar de pensar que Beatrice es una criatura especial, refulgente.

La ayudo a tomar asiento, la falda recogida bajo los brazos.

El jorobado Sebastiano está listo con el remo en popa.

João y Bernardo nos abrazan.

—Tía, no temas, te dejo en buenas manos. Escríbeme tan pronto como llegues a Ferrara y transmítele mis saludos al duque Hércules y a la princesa Renata.

—Y tú ándate con cuidado, João, pues estas calli pueden ser menos de fiar que las mazmorras de un castillo. Y vela por tu hermano Bernardo, pues si le ocurriera algo te haría responsable a ti.

—Descuida. Nos veremos todos pronto.

João exhibe una sonrisa:

—Amigo mío, buena suerte. No expongas en vano tu pellejo, y no seas demasiado imprudente. Esa gente es peligrosa...

—También yo sé serlo si se presenta la ocasión.

Sebastiano ha desamarrado la barca del muelle, los dos hermanos nos saludan, las manos alzadas al cielo.

La noticia ha llegado al amanecer. Un franciscano ha venido a joder de tapadillo al Tonel: la Inquisición veneciana planea la detención de Beatrice. Hoy habría tenido que ser interrogada en relación con algunas delaciones que la señalan como judaizante, falsa cristiana.

Una intimidación, el débil intento de someter a presión a una familia incómoda para todos, tal vez de exigirle un rescate para obtener descuentos en el crédito. Los serenísimos patricios están cagados de miedo. ¿Quién no ha recibido algún préstamo de los Mendes, como los llaman aquí? ¿A quién no despierta la codicia su inmensa riqueza familiar?

João ha hecho preparar enseguida la carraca, no hay tiempo que perder.

Así, partimos sin tiempo siquiera de pensar.

Ferrara. De allí deberá arrancar el viaje de Tiziano. Un viaje largo esta vez, con la ciudad estense como casa segura a la que volver para recabar noticias sobre la situación en Venecia. Quiero dirigirme al sur, hacia Bolonia y pasar los Apeninos, llegar a Florencia. Antes de despedirme de él, Perna me ha dicho que no puedo morir sin haber visto Florencia. Pobre del pequeñajo de Perna, mandado a la costa croata. No tengo la menor duda de que sabrá demostrar lo que vale también allí; llora y se desespera el librero Pietro, pero después de todo su gran cabeza pelada siempre sale ilesa, dispuesta a reanudar su infinita verborrea.

Ya estamos en ello, pues. Estamos en la carrera final, el último tramo del camino y una nueva aventura. Soy un loco, viejo pájaro encastrado en este asiento, con mi barba gris y los achaques que no me dejan tranquilo. Estoy loco y todavía me entran ganas de reír. No me lo creo aún, estar de nuevo de aquí para allá, volver a predicar tempestades. Se me ocurre pensar en el momento en que empezó todo. Se me ocurre pensar que la vida ha coincidido con la guerra, la fuga, chispas que incendian la llanura y olas de agua que la recubren. Debería dejar caer mis cansados huesos en algún agujero y desaparecer sereno, poquito a poco, acunado por el recuerdo, los rostros de las mujeres y de los amigos. En cambio, aquí estoy de nuevo, perseguido por los perros, ajustando las cuentas de todos esos rostros. La obsesión de un viejo hereje que no puede resignarse.

Último desafío, última batalla. Habría podido morir en Frankenhause, en las plazas de Münster, en Holanda, en Amberes, en las cárceles de la Inquisición. Estoy aquí. Y dar por finalizado el juego, resolver el enigma, es lo último que me queda por hacer.

El diario de Q.

Venecia, 16 de noviembre de 1548

Visita al Tonel. Ludwig Schaliendecker, o «don Ludovico», el regentador, no estaba. Ha partido, no se sabe adónde. Preguntas hechas aquí y allá, no quiero levantar sospechas.

Recuerdos más nítidos: Eloisius de Schaliendecker. Wittenberg, más de veinte años atrás, un hombre vino a desafiar a Lutero y a Melanchthon. Dio que hablar a toda la universidad, por sus ideas extravagantes sobre el pecado y sobre la perfección.

Tal vez venía de los Países Bajos o de Flandes, ya no recuerdo.

Recabar informaciones. Escribir a la Inquisición de Amsterdam y de Amberes. Sería útil una recomendación de Carafa, lo que significaría hacerle partícipe de mis sospechas.

Se requerirían, de todos modos, meses.

Proseguir las indagaciones aquí en Venecia. No perder de vista el Tonel, en espera de que vuelva.

Escribir a los inquisidores de Milán, Ferrara y Bolonia para tener nuevas informaciones sobre Tiziano el anabaptista.

Carta enviada a Roma desde Venecia, dirigida a Gianpietro Carafa, fechada el 17 de noviembre de 1548.

Al ilustrísimo y honorabilísimo Giovanni Pietro Carafa.

Señor mío:

Precisamente hoy acaba de llegarme vuestra urgentísima comunicación. Recibiréis esta mía como máximo dos días antes de mi llegada a Roma. Estaré a vuestra disposición de inmediato para las tareas que Vuestra Señoría quiera confiarme.

Es mi deber y mi deseo informaros de que el repentino empeoramiento de la salud del papa Farnesio, me aparta, con un disgusto que no oculto, de una pista fecunda relativa a la difusión de El beneficio de Cristo. Imagino que en los planes de Vuestra Señoría para obstaculizar a Reginaldo Polo está precisamente la cuestión de ese tratadillo. Confío, por tanto, en que el precipitarse de los acontecimientos no comporte más que la simple suspensión de la indagación que desde hace ya meses vengo realizando, pues está lejos aún de haber sido concluida y de haber agotado su interés.

Confianto en la rapidez de las cabalgaduras italianas para poder estar cuanto antes a vuestra disposición, beso las manos de Vuestra Señoría.

De Venecia, 17 de noviembre de 1548,
el fiel observador de Vuestra Señoría,
Q.

CAPÍTULO 31

Finale Emilia, puesto fronterizo entre los ducados de Módena y de Ferrara, 2 de abril de 1549

La casa de postas es una gran venta aislada en medio de un terreno llano y parejo. Algún bosquecillo disperso que interrumpe la línea continua del horizonte. El caballo está cansado, mi espalda y mis piernas también.

El patio interior es un ir y venir de gallinas y gorriones que se disputan unas migajas entre el cascajo. Un viejo perro me ladra con escaso convencimiento, probablemente obligado por el deber de los años perdidos de guardia en este lugar.

—Eh, establero, ¿hay un lugar para este rocín?

Un tipo robusto, bigotes que le caen a lo largo de la barbilla. Me señala una puerta baja, con el batiente superior cerrado.

Desmonto con esfuerzo y doy unos pasos con las piernas aún abiertas por la silla.

Coge las riendas:

—Mal día para viajar.

—¿Por qué?

Una indicación hacia el oeste:

—Hay temporal. El camino se volverá un río de barro.

Me encojo de hombros:

—Eso quiere decir que tendré que detenerme.

Sacude la cabeza:

—Ni una cama. Está todo lleno.

Miro a mi alrededor en busca de algún indicio de tanta sobreocupación, pero el patio se halla desierto, ni el menor ruido en la casa.

El establero chasquea la lengua, el bigote se dispara hacia arriba:

—Esperamos a un obispo.

—Podría arreglármelas en el henil.

Otro encogimiento de hombros, mientras desaparece dentro del establo con el caballo.

El perro ha vuelto a echarse al sol, los copetes de pelo gris en torno al hocico lo convierten en el remedo animal del establero. Cuando lo veo surgir de nuevo de la sombra sonrío pensando en su semejanza.

—¿Cuántos años tiene?

—¿El perro? Oh, ocho, nueve, más o menos. Es viejo, está perdiendo los dientes. Dentro de poco tendré que matarlo.

Ojos cerrados como ranuras y patas extendidas, solo un leve movimiento de la cola y el alzarse de una ceja. Sus expresiones recuerdan también las del amo.

Me desperezo produciendo un notable crujir de huesos.

—Dentro hay sopa caliente, si queréis. Pedídsela a mi mujer.

—Estupendo. Pero ¿no querréis servírsela al obispo, supongo?

Se detiene perplejo, rascándose la sudada nuca:

—Bueno, no tenemos grandes señores por estos lugares. Nunca ha venido ningún obispo aquí.

Me inclino para comprobar que las rodillas aún funcionan, hago girar un poco la cabeza y estoy como nuevo.

Reflexiona sobre ello:

—En efecto, menudo problema. Todo el séquito, los lacayos...

—Los secretarios, los servidores, la guardia personal...

Resopla preocupado y se encoge de hombros:

—Tendrán que contentarse con lo que hay.

Sube las escaleras para entrar en casa.

—Para los lacayos y la guardia la sopa está bien. Pero para el obispo haría falta algo de caza... A propósito, ¿quién es?

Se para en la puerta:

—Un cardenal-obispo, Su Señoría Giovanni Maria Del Monte Ciochi. Viene de Mantua, en viaje hacia Roma.

—Ah, sí. Será por el Cónclave... Dicen que el Papa está mal, pero ya se sabe que a los papas les cuesta morirse...

Se mira la punta de las botas perplejo, sin saber si mandarme al diablo o darme cuerda.

—Yo no sé un carajo. Lo único que sé es que tengo que dar hospedaje al obispo y a su séquito por una noche.

—Sí, sí. Pero no tenéis caza que servir para la cena.

Se pone morado, si no estuviera la escalera de por medio temería por mi pescuezo:

—¡Hoy no hay! ¡Esto es una casa de postas, no un albergue!

Entra en casa.

Me río solo y me acerco al perro. Ahora parece tranquilo, se deja acariciar, no debe de tener ya más ganas de gruñir, y tampoco de vivir. Dentro de poco sonará su hora.

—No estás mejor que el Papa. Pero por lo menos tú no tienes una bandada de buitres revoloteando sobre tu cabeza.

El cardenal Del Monte.

¿Guardián de la ortodoxia o espiritual?

¿Con Carafa o con Pole?

Mantuano.

El perrazo me planta en la cara un bostezo desdentado.

Mantuano, como fray Benedetto Fontanini.
¿Guardián de la ortodoxia o espiritual?

Las insignias episcopales en las portezuelas de los carruajes están salpicadas de barro. Una docena de hombres armados vivaquea sobre el cascajo del patio. Un continuo ir y venir por la escalera. El establero se apresura a limpiar el escudo con un trapo.

Los soldados apenas me dirigen una mirada cansina. Las buenas ropas que visto deben de darme aspecto de cortesano.

Un tipo delgado baja las escaleras a saltitos, envuelto en una elegante capa, tocado con un sombrero ridículo. Sobre la treintena.

Se dirige al establero:

–Su Señoría agradecería un poco de agua antes de cenar.

Un tono resabiado y desdeñoso.

El bigotudo asiente con la expresión más tonta del mundo, se olvida del carruaje y se precipita escaleras arriba.

Me acerco.

–En estas casas de postas el servicio siempre deja que desear.

Lo cojo desprevenido, no encuentra nada mejor que asentir:

–Es verdaderamente escandaloso...

–Un hombre de su importancia...

Es incapaz de mirarme, el aire cordial lo desorienta:

–Después de tan largo camino, y a su edad...

–Y con todas esas preocupaciones...

Decide reaccionar, ojillos grises que miran con suficiencia:

–¿Sois por casualidad paisano de Su Señoría?

–No, micer, yo soy alemán de origen.

–Ah. –La expresión de quien ha captado una profunda verdad–. Yo soy Felice Figliucci, secretario de Su Señoría.

–Tiziano, como el pintor. –Una leve inclinación recíproca–. Su-pongo que os dirigís a Roma.

–En efecto. Volvemos a partir por la mañana.

–Tiempos duros...

–Ya. El Papa...

Nos quedamos en silencio por un instante, mirando hacia abajo, como si estuviéramos reflexionando sobre profundas cuestiones teológicas, sé que quisiera despedirse, pero no le doy tiempo a hacerlo:

–Si puedo hacer algo por Su Señoría, no dudéis en pedírmelo.

–Muy amable por vuestra parte... Por supuesto... Precisamente tengo que volver arriba para cerciorarme de que todo anda como es debido.

Se despide incómodo.

Llueve a cántaros, pero tengo muchas ganas de fumarme un cigarro. Al resguardo de una techumbre soplo el humo de cara al temporal. Del viejo perro ni rastro. El reflejo de los ojos de un gato, antes de que desaparezca tras una reja.

Bautizaré con método, solo a la gente justa que pueda constituir el núcleo de una secta propiamente dicha. A los inquisidores les gustan las sectas, es posible fantasear sobre ellas hasta el infinito, se les puede achacar todo: el descontento popular, la peste, la prostitución, la esterilidad de tu mujer... Se necesitan apóstoles, que vayan de aquí para allá rebautizando, precisamente como hizo el viejo Matthys. No falta quien ha pensado ya en él, algún ferrarés, pero tengo que llegar más lejos: Módena, Bolonia, Florencia. Luego están las Romañas. Parece que los habitantes de esas tierras son los más turbulentos de todos los súbditos del Papa. Podría ser interesante que alguien llegara hasta allí. Herejía y revuelta: ¿hace falta algo más?

Sostengo el cigarro entre los dientes y cruzo las manos tras la espalda. Un escalofrío me dice que es mejor volver adentro. No puedo permitirme caer enfermo.

En la sala la chimenea está aún encendida, alguien está reavivando el fuego con un atizador, forma oscura de espaldas, sentada en una de las viejas sillas de madera de la posada. Una camisa de franela larga hasta los pies que cubre todo el tonelaje y la birreta encarnada sobre la cabeza tonsurada.

Apenas se vuelve al advertir mi presencia.

Me apresuro a tranquilizarlo:

—No temáis, Señoría, solo es el paso de un insomne.

Un hablar extraño, entre el refunfuño y el resoplido, ojos con ojeras hundidos sobre unas mejillas llenas de arrugas.

—Entonces ya somos dos, hijo.

—¿Puedo ayudaros en algo?

—Solo trataba de reanimar este fuego para conseguir leer algunas líneas.

Me acerco, recojo el soplillo y me pongo a soplar sobre el rescoldo.

—El insomnio es una mala bestia.

—Ya podéis decirlo bien alto. Pero cuando se ha alcanzado la edad de sesenta y seis años no hay que lamentarse demasiado y conviene aceptar con humildad lo que el buen Dios tenga a bien mandarnos. Hemos de estar agradecidos de tener aún una buena vista para poder leer y engañar las horas nocturnas.

El fuego ha reanudado su chisporroteo, el cardenal Del Monte recoge el libro abierto del suelo. Entreveo el título a la luz de la chimenea y no puedo contener la sorpresa.

—¿Leéis a Vesalio?

Un farfuleo de incomodidad:

—El buen Dios tendrá a bien perdonar la curiosidad de un viejo que no se reserva para sí mismo otro placer que el de estar al tanto de las extravagancias alumbradas por la mente humana.

—También yo he leído este libro. Extravagante de verdad todo ese manipular cadáveres, pero lo que finalmente parece derivarse de ello es un gran homenaje a la grandeza de Dios y a la perfección que supo crear, ¿no os parece? Si fueran más quienes cultivasen la misma curiosidad que vos tal vez se evitarían muchos malentendidos, como el de ver el mal allí donde no hay ni rastro de él.

Me observa con expresión burlona, parece un viejo oso bonachón, arrellanado en la silla:

—¿Así que lo habéis leído? Pero ¿a qué os referís cuando habláis de malentendidos?

Lo pongo a prueba.

—Muchos fervientes cristianos en la actualidad corren el riesgo de caer presos por sus ansias de renovar y traer una savia nueva a la Iglesia de Roma. Son señalados como miembros de sectas peligrosas, como alquimistas, brujos, apestados. Son procesados como enemigos de la Iglesia, luteranos, cuando ellos nunca, pero que nunca han osado poner en entredicho la autoridad infalible del Papa y de los teólogos. Con solo que alguien prestara a las ideas de estos una centésima parte de la atención que vos ahora mostráis, creo que no sería difícil distinguirlos de los herejes de más allá de los Alpes y de los cismáticos.

Del Monte me mira con aire paternal:

—Hijo, ahora, delante de este fuego, tú y yo no somos más que dos insomnes. Por la mañana yo seré de nuevo el cardenal-obispo de Palestrina y podría no poder permitirme esta liberalidad. Es difícil combinar de forma armónica al mismo tiempo la responsabilidad de una grey amada que hay que defender y la justa medida en reprender a las ovejas descarriadas por el camino, extraviadas por el intelecto, por malas lecturas e insanas deducciones.

Decido ir hasta el fondo:

—Yo temo la imprudencia y el miedo de los jueces, temo que cercenen el espíritu renovador, midiendo a todos con el mismo rasero...

El cardenal frunce los ojos:

—Estáis pensando en algo concreto, ¿no es así?

—En efecto. No sé si puedo permitirme hablar de ello a Vuestra Señoría, pero esta hora tardía y la intimidad que me brindáis me animan a decir unas pocas palabras acerca de un asunto que me aflige desde hace tiempo y que tiene que ver con un paisano vuestro.

—¿Un miembro de mi diócesis?

—Y hombre piadoso, Eminencia. Fray Benedetto Fontanini de Mantua.

Ninguna reacción, el paso está dado, no puedo echarme ya atrás.

—Encerrado desde hace meses en el monasterio de Santa Justina de Padua, bajo la acusación de ser el autor de El beneficio de Cristo. Reo de apostasía.

Un carraspeo:

—Sobre ese libelo pesa la excomunión, hijo.

—Lo sé, Eminencia. Pero seguid mi razonamiento, os lo ruego. La excomunión del libro por parte del Concilio de Trento se remonta a mil quinientos cuarenta y seis, y por un motivo muy concreto: solo entonces, en efecto, los doctores de la Iglesia fijaron definitivamente la doctrina católica en materia de salvación, declarando herética la soteriología luterana. Pues bien, fray Benedetto escribió El beneficio de Cristo en mil quinientos cuarenta y uno, ¡cinco años antes de que se llegara al pronunciamiento definitivo del Concilio!

Asiente sin emitir ningún sonido. Continúa:

—Fray Benedetto escribió el libro movido por el sincero propósito de ofrecer un punto de interlocución para la reconciliación con los luteranos. No hay ninguna página en El beneficio de Cristo que ponga en entredicho la autoridad del Papa y de los obispos, no hay nada de escandaloso en él. Simplemente se enuncia abiertamente la doctrina de la salvación por la fe. Pero vos sabéis mejor que yo, Eminencia, que hay pasajes en la Biblia que se prestan a ese tipo de interpretación...

—Mateo 25, 34 y Romanos 8, 20-30...

—Y Efesios 1, 4-6.

Del Monte suspira:

—Sé de qué habláis. He leído El beneficio de Cristo y la suerte de fray Benedetto también a mí me angustia. Pero hay equilibrios muy delicados por los que hay que pagar un precio, conflictos difíciles de resolver...

Me inclino apenas hacia él:

—No quisiera, por consiguiente, que la encarcelación de fray Benedetto tuviera algo que ver con la guerra intestina que sacude a la Iglesia, sino más bien con los luteranos. En dicho caso habría más necesidad que nunca de la intervención de personalidades que estén por encima de las partes, a fin de evitar que inocentes sean víctimas de un enfrentamiento que en verdad nada tiene que ver con ellos.

Apenas asiente:

—Conseguís ser muy explícito. Pero os digo que no es fácil, sobre todo ahora que el Papa está enfermo y soplan desde Roma vientos

de macabras negociaciones. No es fácil para quien quiere ser hombre de paz, permaneciendo al margen del conflicto. Cualquier gesto, aunque esté dictado por la más simple caridad, sería interpretado actualmente como un alinearse con uno o con otro partido. Para aquellos que quieren impedir el castigo de los inocentes, la única vía es la de apelar a la caridad y al buen sentido de los hombres de la Iglesia.

Le insisto:

–Hay modestos gestos que sin embargo pueden significar mucho.

Mira las llamas que van apagándose ya, como si buscara algo. Tiene un aire resignado y cansado:

–Conozco bien al general de los benedictinos. –Por un instante parece querer añadir algo más–. Una carta a Monte Cassino es lo único que todavía puedo permitirme.

–Sería ya mucho.

–Ahora creo que conseguiré dormir.

Un mensaje bastante explícito. Es hora de despedirme.

–Eminencia, vuestra magnanimidad es algo raro en estos tiempos. No son muchos los santos hombres de la Iglesia que aceptarían hablar con un desconocido en plena noche, acogiendo incluso sus solicitudes. Mi nombre es...

Levanta una mano:

–No. Mañana el obispo de Palestrina no podrá permitirse la confianza de esta noche. Por lo que a mí respecta, seguiréis siendo el insomne erudito que me ha hecho compañía.

El diario de Q.

Viterbo, 25 de junio de 1549

Farnesio está moribundo. Podría ser mañana, como dentro de tres meses. El frenesí de las negociaciones crece a medida que la salud abandona el cuerpo cansado de Paulo III.

Los equilibrios no son favorables a los guardianes de la ortodoxia. Reginald Pole es el caballo de batalla del Emperador y su fama está por todo lo alto. El campeón de la fe parece capaz de poner de acuerdo a muchos. Si se entrara mañana en el Cónclave, el asunto estaría arreglado. En dicho caso toda la trama urdida por Carafa en estos años se deshilaría. Su gran adversario en el solio pontificio elegido por su más acérrimo enemigo: el Emperador. No hay día que perder: Carafa incita al aliado francés a intentar contraataques. Quiere descomponer el actual marco, retardar el curso de los acontecimientos, reiniciar el juego.

El rey de Francia, Enrique II, siguiendo los pasos de su padre, ha renovado su alianza con los príncipes protestantes. Carafa lo incita a reanudar la guerra, pero existen muchas resistencias: finanzas con muchos agujeros, equilibrios internos tambaleantes, el progresivo alejamiento de los asuntos italianos. El cabeza del Santo Oficio debe poner en juego todas sus artes, para darle la vuelta a un resultado que le sería fatal.

El clima no es otro que el de un arreglo de cuentas. Quien salga vencedor, no dudará en borrar de en medio al adversario. El cálculo es incesante, cualquier voto que cambie de bando puede resultar decisivo. Se promete todo a todos. Los privilegios que deben repartirse y el tiempo que queda son los verdaderos dueños y señores de este enfrentamiento.

Carafa ha de hacer frente al momento más importante precisamente cuando la suerte favorable del odiado Emperador está en su punto álgido; casi se palpan su humor negro y su fría determinación. Aquí en Viterbo, en cambio, se ven rostros mucho más distendidos, pues va extendiéndose la confianza en la inminente «cosecha de una antigua siembra», como les gusta llamar al resultado que se tiene en perspectiva. El inglés reparte sonrisas y pocas, moderadas palabras, mientras que a su alrededor crece la euforia.

Viterbo, 7 de septiembre de 1549

Farnesio se resiste a morir. Los espirituales están que trinan, sus sonrisas son más bien raras: la espera los consume. Se temen acontecimientos que puedan modificar los equilibrios que los favorecen. Temen, sin disimularlo, cualquier movimiento de Carafa.

No les falta razón. El viejo teatino siempre se guarda algún arma secreta, la extrema ratio de una guerra que no puede permitirse perder: El beneficio de Cristo.

Aun en el caso de que los pronósticos no cambiaran, no dudaría en emplearla. Me ha dicho que estuviera alerta, pero mantiene sus planes aún en secreto.

Podría utilizar El beneficio para atacar a Pole y a los espirituales de forma frontal, acusando al inglés de ser el verdadero redactor de un libro condenado por el Concilio. Podría interrogar a alguno de los peces chicos del círculo viterbés para hacerle confesar. Pero tendría que hacerlo ahora, exponerse personalmente. Y ello sería arriesgado, pues a Carafa no le gusta ponerse en medio del fuego adversario. Si puedo preciar-me de conocerlo, elegirá otra vía: hacer circular rumores, cada vez más insistentes, más detallados, sobre las consecuencias del ascenso de Reginald Pole al solio pontificio. El Papa que sostiene doctrinas excomulgadas por el Concilio de Trento. Imágenes de disgregación, sombríos presagios de un conflicto paradójico e incurable, el dramático debilitamiento de la Iglesia de Roma, su total dependencia de la autoridad secular del Emperador.

Un cuadro sombrío que espantaría a muchos, que haría perder votos decisivos.

Solo entonces Carafa entraría en el juego, con el Cónclave en curso, como quien sale en defensa del orden y de una razón superior. Carafa el Conciliador.

Me dan ganas de echarme a reír.

Roma, 10 de noviembre de 1549

Paulo III Farnesio ha muerto. Se extingue una de las dinastías más influyentes de Europa.

Una larga agonía y ahora nadie respira, como congelados por la sensación de algo amenazante. No es cuestión ya de quién será la próxima familia que tenga en sus manos las riendas del poder pontificio, no es este ya el debate. Es el papel de la Iglesia, la concepción misma del poder que ella deberá ejercer. Estamos al final de una

época y en el durísimo enfrentamiento entre dos facciones, dos formas enfrentadas de entender la Cristiandad.

Una sola cosa es cierta: que no hay vuelta de hoja.

Se acabó ya el alternarse de potentados familiares, el alinearse o separarse, ahora es la necesidad de mantener en equilibrio una constelación de fuerzas, aparatos y nuevas entidades que emergen con fuerza. La Iglesia luterana, Calvino y sus seguidores, la Inquisición, las órdenes de caridad, los jesuitas, con ese Ignacio que no da tregua a nadie. Y todo ello haciendo frente a la mudable fortuna de imperios, reinos, principados.

Por más que sean acérrimos adversarios y con miras distintas, tanto Carafa como Pole saben que la Iglesia deberá ser otra cosa respecto a lo que ha sido hasta ahora. Miran adelante, lejos de los viejos modelos.

Roma, 29 de noviembre de 1549

Los cardenales han entrado en el Cónclave. En las calles de Roma se apuesta por Pole, el favorito.

Yo he apostado en contra.

Siguiendo las directrices de Carafa me muevo por los corrillos de curas, clérigos, curiosos, tahúres y gente del pueblo que atestan las plazas. Los desoriento con las indiscreciones sobre los verdaderos autores de El beneficio de Cristo. No soy el único.

Los espirituales tratarán de resolver la partida enseguida, aprovechando el hecho de que los cardenales franceses se retrasan. Un trayecto difícil el suyo, tanto por tierra como por mar, a través de los territorios del Emperador que obstaculiza su llegada.

No salen los números para contrarrestar a los espirituales, Carafa tendrá necesidad de infundir todo su proverbial temor en el corazón de los indecisos.

Roma, 3 de diciembre de 1549

Fumata negra. Veintiún votos para Pole. Necesita veintiocho para alcanzar los dos tercios necesarios.

Cómo consiguen salir las noticias de aquí dentro no deja de ser un misterio, pero no cabe ninguna duda de que por lo menos un par de veces al día llegan puntuales y detalladas.

Roma, 4 de diciembre de 1549

Fumata negra. Pole ha obtenido veinticuatro votos. El consenso aumenta, pero corre el rumor de que los cardenales franceses están a punto de llegar. Si Carafa consigue retrasar la elección de Pole un día más, el inglés podría quedar fuera de juego.

Roma, 5 de diciembre de 1549

Los rumores afirman que Carafa ha lanzado la acusación.

No un ataque frontal, que no es propio de él. Más bien una advertencia, una invitación a razonar sobre los riesgos que es conveniente evitar. Sin duda habrá sugerido a los venerables oídos qué paradoja y qué enorme problema representaría encontrarse con un Papa coautor de *El beneficio de Cristo*, un libro condenado por el Concilio. Seguramente ha agitado ante aquellos ancianos el espantajo de las luchas entre obispos y pontífices que la Iglesia conociera ya en tiempos pasados.

Ha sembrado la duda en aquellos que ya correspondían a la seráfica sonrisa del inglés.

Cada tarde la votación.

Me ha hecho llegar un mensaje. Pocas palabras, pero suficientes para transmitir la tensión del viejo teatino. Los espirituales han llegado a acuerdos con tres cardenales neutrales: si Pole obtiene veintiséis votos favorables, transferirán su voto a él. Si lo consigue, la orden es presentarse inmediatamente en la sede central de los dominicos.

Si lo consigue se acabó.

Dentro de una hora la votación.

Mato el tiempo nerviosamente.

Veinticinco votos. Falta uno, uno solo.

Se han mirado largamente.

Ninguna otra mano alzada.

Fumata negra.

Roma, 6 de diciembre de 1549

Los cardenales franceses en el Cónclave. Pole no puede ya conseguirlo.

Hemos estado pendientes de un hilo que no se ha roto.

Roma, 14 de enero de 1550

Extenuante. Llevan encerrados allí dentro desde hace cuarenta días. No hay acuerdo: cada día un nombre nuevo, sin que nadie crea en él.

La gente apuesta también acerca de quién no saldrá vivo del Cónclave. Poderosísimos ancianos que se consumen dentro de aposentos cerrados en medio de un hedor a pis y excrementos. Imagino los rostros cansados, los cuerpos debilitados, las mentes nubladas. Lo ideal para Carafa.

Roma, 8 de febrero de 1550

Fumata blanca.

Nuntio vobis magnum gaudium. Habemus papam. Sibi nomen imposuit Iulius III.

Setenta y tres días para llegar a mediados de este siglo y encontrar el compromiso: Giovanni Maria Del Monte, cardenal-obispo de Palestrina.

Julio III.

CAPÍTULO 32
Ferrara, 21 de marzo de 1550

Nos metemos en silencio por el callejón, sin mirar atrás. Nos detenemos fingiendo parlotear: nadie nos sigue.

—¿Quién hay?

—Pietro y Tiziano.

La puerta se abre, una cara redonda, barba negra rizada y bigotes en punta:

—Venid, venid. Os estábamos esperando.

Nos conduce a través de un establecimiento atestado de útiles y mesas de trabajo, el suelo está cubierto de virutas que crujen bajo nuestros pies.

Subimos una escalera hasta la casa, hay allí cuatro esperándonos, reclutados en el último año y rebautizados personalmente por Tiziano.

El carpintero nos ofrece unos escabeles que huelen a madera recién cortada.

—¿Les has explicado todo?

—Es mejor que lo hagas tú...

Asiento antes de que termine la frase.

Los miro de arriba abajo: caras deferentes.

—Es más bien simple. Pietro y yo estamos pensando en reunir a los hermanos en un concilio. Tenemos que conocernos, hablar entre nosotros. —Algún sobresalto—. Hasta ahora no he hecho otra cosa que bautizar. Predicar y bautizar, sin parar un instante. En los últimos meses Pietro ha recorrido el Gran Ducado y las Marcas a lo largo y a lo ancho. Ha llegado la hora de recoger los frutos. Y de que también vosotros cumpláis con vuestro papel.

Uno de ellos no tiene ningún reparo en interrumpirme:

—¿Cuándo?

Miradas de desaprobación por parte de los demás, pero no le hago caso:

—En otoño. Dónde, está aún por decidir. Por ahora es necesario ponerse en marcha para contactar con todas las comunidades que hay de aquí a los Abruzos. Cada comunidad deberá mandar a dos representantes. El lugar que elijamos para el concilio se dará a conocer una vez que hayan llegado a Ferrara. Es mejor no correr riesgos inútiles.

Ferrara, 21 de marzo de 1550, una hora antes

—¿Por qué un concilio?

—Hemos de saber cuántos somos. Tenemos que organizarnos.

—Es peligroso, Tiziano, la Inquisición...

—La Inquisición a duras penas sabe quiénes somos. De ti no sabe nada, y seguro que no sospecha que somos muchos. No te preocupes. Sigue diciendo siempre mi nombre solamente, es el único que los hermanos deben conocer.

—Pero si alguno de ellos fuera capturado tú serías el primero que tendría que ahuecar el ala.

—Yo. Solo yo, nadie más. Ya conoces a esos: los prosélitos no les interesan, a quien ellos quieren es al heresiarca.

Nos reímos.

—Dios nos libre, pero un concilio nos expondría a todos al riesgo de vernos descubiertos.

—Será clandestino. Óyeme bien, Pietro: por esto es por lo que no quiero más de dos representantes por comunidad. No seremos menos de cincuenta, pero tampoco más de cien.

—¿Y si esperaríamos a ver qué hace el nuevo Papa? No sabemos si se alineará con los guardianes de la ortodoxia o con los espirituales...

—No se alineará.

—¿Qué?

—Digo que no se alineará, lo conozco. No tomará ningún partido, es el camino más difícil, porque lo condena a complacer a todo el mundo: y los intereses de los unos son la ruina de los otros.

—¿Cómo... cuándo conociste al Papa?

—Antes de que lo eligieran. Hablé largamente con él. Sobre la Inquisición piensa lo mismo que nosotros. Es contrario a los métodos de Carafa y de sus amigos. Sabe que si les da carta blanca quitarán de en medio a un montón de inocentes. Me prometió que intercedería personalmente ante el general de los benedictinos para la excarcelación de Fontanini.

—¿Qué Fontanini? ¿Benedetto de Mantua? ¿El autor de El beneficio de Cristo?

—Ahora está de nuevo en libertad. ¿No te parece eso señal suficiente como para tomarnos un pequeño respiro? Debemos celebrar el concilio lo antes posible, antes de que los equilibrios cambien de nuevo e incluso alguien fuerce la mano del Papa. Estoy casi seguro de que Julio Tercero en el fondo está abierto al diálogo con la fe reformada, solo que no puede decirlo ni darlo a entender abiertamente, porque sabe que su elección ha sido el fruto de un compromiso.

Debe comportarse en consecuencia. ¿Cómo decís vosotros? Nadar y guardar la ropa.

—Si crees que eso es lo que hay que hacer, yo estoy contigo.

Pietro Manelfi camina a mi lado por Via delle Volte. Lo conocí en Florencia: un clérigo marquesano, súbdito rebelde del Papa, una preocupación espiritual que comenzó hace años y que lo llevó a abandonar el seminario y a deslizarse pendiente abajo por esa fina línea que separa el espíritu místico de la herejía. Le di las respuestas que buscaba y se pegó como un perro fiel a su amo: el primer discípulo de Tiziano. Para ponerlo a prueba lo mandé a su tierra a hacer prosélitos. Luego se reunió conmigo aquí, rebosante de esperanza. Reza demasiadas veces al día, pero posee una memoria excepcional, recuerda lugares, nombres y oficios de todos los bautizados, me ayuda a mantener la correspondencia con los hermanos. Le habla a todo el mundo de mí, fuera de Ferrara nadie conoce más que al misterioso Tiziano. Si fueran arrestados no podrían traicionarse mutuamente: solo Tiziano, la liebre, el blanco.

Pasamos por debajo de los arcos que sobrevuelan la calle. Una calle que nunca duerme: una gran actividad de curtidores, herreros y zapateros de día; de muslos y tetas de noche. Nos deslizamos silenciosos dentro del callejón, sin mirar a nuestras espaldas. Nos detenemos fingiendo parlotear: nadie nos sigue.

Proseguimos hasta la casa: tres golpes más uno.

—¿Quién hay?

—Pietro y Tiziano.

En Ferrara se está bien. Es una ciudad donde todo gira a un ritmo particular, donde todo encaja. Pero no como en Venecia. Venecia es complicada, en Venecia uno mueve un alfiler y corre el riesgo de pincharle el culo a un gigante.

Ferrara es pequeña y está situada junto a un río, pero también te brinda el poder perderte por sus callejuelas más antiguas. Ferrara es más libre, habría que decir más ligera, menos poblada, con menos esbirros y espías. En Venecia siempre tienes los ojos de alguien encima, aquí no. Paseas sin tener que detenerte siempre, fingiendo haber perdido el camino, para ver si detrás de ti viene alguien que se hace el tonto. Una costumbre saludable, pero en Ferrara inútil, pues aquí está uno tranquilo. Hércules II se deshace en sonrisas con el Papa, pero mientras tanto deja que en su ciudad encuentren asilo las mentes más activas y peligrosas de Italia. Le gusta tener el palacio lleno de literatos y no deja apagarse nunca la luz sobre la tumba de Ludovico Ariosto, que aquí veneran como si fuera un santo. Realmente debe

de desagradarles una enormidad no tener controlada a gente de esa importancia. Luego está Renata, la viuda de Alfonso de Este, que no tiene el menor reparo en hacer gala de sus simpatías calvinistas. Son varios los que han buscado refugio entre las faldas de la princesa para escapar a los esbirros e inquisidores.

Tampoco los judíos lo pasan nada mal, como en Venecia, pero aquí quienes más prosperan son los usureros, que prestan el dinero a un interés más bajo que sus hermanos de la laguna y que hacen excelentes negocios. El dinero circula, no se detiene nunca, y esto es señal de la buena salud de la ciudad. La justicia es impartida equitativamente, sin demasiados magistrados, policías y tribunales que empleen meses en decidir las respectivas competencias sobre un caso de reyerta con resultado de muerte. Aquí actúan rápido, si uno se hace notar demasiado lo ponen en la frontera. Si matas a alguien te acompañan a ver al verdugo, un viejo borracho que vive en las murallas de la parte sur y que mientras hace su trabajo canturrea canciones obscenas. Si dos tienen alguna cuenta que arreglar se dan cita en el callejón de los dueños, una calleja estrecha y cerrada a ambos lados por unas gruesas rejas: entran dos y sale uno solo. Todo ello sin armar demasiado ruido, sin perturbar la activa y tranquila vida de esta ciudad.

Mi anabaptista se siente en ella como pez en el agua.

He reunido a una media docena de adeptos, no solo ferrareses, dispuestos a partir a su vez de otras ciudades para difundir la nueva fe y rebautizar. Mientras tanto ejercito también la otra mitad de mí, yendo a ver a Beatrice a su casa, donde entro por la puerta trasera.

Los Miquez me hacen llegar mensajes por conducto de Chiú, el tabernero de la Golilla, la mejor taberna de la ciudad, justo al lado de la catedral. Dicen que iba a emborracharse allí Ariosto y no falta quien recuerda también haberle oído declamar más de una vez los versos de su Orlando Furioso. El Chiucchiolino, llamado Chiú por aquellos a quienes fia, es un ser impresionante: tiene los ojos a los lados de la cabeza, como los de un sapo, y apuntan en distinta dirección. Una cresta desafiante de negros rizos, grandes y alborotados como las cerdas de un jabalí, le recubre la frente. Es un hombre importante, esencial para esta ciudad. Si tienes algún problema, puedes hablar con el Chiú y verás que te recomienda a una persona que casi con toda seguridad resolverá tus problemas. El Chiú es el banco de los secretos. A él se lo puedes contar todo y estar seguro de que no abrirá la boca con nadie, que reunirá toda la información en la caja de caudales y te la devolverá con sus intereses en forma de consejos, nombres y direcciones a las que dirigirte. También mis secretos están en ese banco. La llave: unos pocos signos convencionales. Vino: ninguna novedad. Aguardiente: noticias importantes.

Hoy ha invitado a aguardiente. En casa de los Miquez al atardecer.

Cruzo la ciudad hasta llegar a mi casa. Una pequeña habitación en la que abandonar el disfraz de Tiziano para descansar algunas horas.

Enciendo el fuego en la pequeña chimenea y pongo a calentar el agua: Venecia me ha acostumbrado a lavarme a menudo, hasta el punto de que se ha vuelto una costumbre. Incómoda y cara costumbre, para alguien que está siempre de viaje.

Me quedo desnudo, inspeccionando los cincuenta años acumulados en los miembros. Viejas señales y algún que otro pelo blanco en el pecho. Por suerte, no les he dado tiempo a los músculos de relajarse demasiado: la fuerza aún permanece, más estática, más sólida y coriácea. Pero los reumas no me abandonan ya. Solo en verano consigo tener aún un poco de paz, tumbándome al sol como una lagartija y dejando secar toda la humedad de estas tierras bajas. También he descubierto que ya no doblo la espalda del todo; de lo contrario me arriesgo a unas punzadas desgarradoras, y siempre que puedo evito los caballos.

Es extraño cómo en la vejez se aprende a apreciar las cosas más sencillas, así como se está más dispuesto a perder el tiempo dejándose acunar por un cómodo balancín, a la sombra de un árbol, o a dar vueltas en la cama a la caza de un motivo válido para levantarse.

Me seco meticulosamente cada recoveco del cuerpo, me extendo sobre el camastro y cierro los ojos. Me basta con un escalofrío apenas advertido para sacar las ropas limpias del único baúl que amuebla la estancia. Mis elegantes vestidos venecianos. Un gran sombrero ancho, bajo el que esconder la cara, el fino estilete que llevo en el cinto. El toque: es hora casi de ir.

El cabello negro sobre la espalda huele a esencia. Percibo ese cuerpo cálido, apretado todavía contra el mío, que puedo envolver en un abrazo de manos, piernas y pies.

Casi no daban crédito a las palabras de mi relato. El encuentro con el futuro Papa, la intercesión para sacar a Fontanini de la cárcel.

No veo el rostro, pero sé que está despierta y tal vez sonríe.

Una paradoja. O el Concilio ha cometido un error condenando El beneficio de Cristo... o el Papa es hereje, ha dicho João.

Quisiera decirle algo, algo que describa la emoción que embarga mis entrañas y que casi me hace llorar.

Ni guardián de la ortodoxia ni espiritual. Julio III es un equilibrista. Al final estará con quien salga mejor parado. El rabo está aún por desollar.

Soy demasiado viejo para hablar de amor, una cosa que he dejado de lado en mi vida y que siempre he conseguido sacrificar, negándome a la intimidad de instantes como este, a la posibilidad misma de prolongarlos durante años, permitiéndoles cambiar el destino.

¿Cómo superar este punto muerto?, ha preguntado Duarte. ¿Qué hacer con El benefido, ahora que se encuentra a la cabeza del Índice de libros prohibidos que la Inquisición veneciana acaba de promulgar?

Para ella no debe de haber sido distinto. Historias semejantes en el fondo, las nuestras. Historias que no nos hemos contado. Preguntas sin hacer.

Seguir adelante, ha dicho. Segura, asombrándonos una vez más. La Inquisición no puede hacer nada sin el apoyo de la autoridad local. Venecia sabe cómo defenderse de las injerencias de Roma. Seguir adelante. Continuar fomentando el descontento contra la Iglesia.

Beatrice permanece inmóvil y me deja escuchar su respiración, como si supiera lo que es importante, como si compartiera las mismas preocupaciones.

—¿Lo has encontrado?

—¿A quién?

Mi voz parece salir de una caverna.

—A tu enemigo.

—Aún no. Pero presiento que está cerca.

—¿Cómo puedes estar seguro?

Sonríó maliciosamente:

—Solo así encuentro fuerzas para no quedarme aquí contigo hasta la muerte.

El diario de Q.

Roma, 17 de abril de 1550

El nuevo Papa ha reformado la Congregación del Santo Oficio: Carafa y De Cupis, guardianes de la ortodoxia. Pole y Morone, espirituales. Cervini y Sfondrato, no alineados. Quiere complacer a todos y a nadie. Julio III es un armisticio momentáneo, una cobertura que guardianes de la ortodoxia y espirituales se disputarán a muerte.

Carafa pasa sus días en intensas negociaciones, como si el Cónclave no hubiera terminado. Me ha escrito que ha cogido piojos allí dentro «en medio de aquellos carcamales, más muertos que vivos». Setenta y cuatro años, más viejo que el mismo Papa, y casi no duerme.

Ya quisiera yo tener su misma energía. En cambio aquí estoy, en espera de órdenes, parado desde hace semanas, dando inútiles paseos por las colinas de Roma, para recobrar los ánimos con el clima benigno de esta estación, como un viejo trasto al final de sus días.

He escrito de nuevo a los inquisidores de media Italia para recabar información acerca de Tiziano. Nada todavía.

Roma, 30 de abril de 1550

Tiziano en Florencia.

Pier Francesco Riccio, mayordomo y secretario de Cosme de Médicis.

Pietro Carnesecchi, viejo conocido viterbés, ya procesado en el 47 y absuelto por intercesión papal.

Benedetto Varchi, lector de la Academia Florentina, y antiguo lector de El beneficio de Cristo.

Anton Francesco Doni, literato, correo entre Florencia y Venecia.

Piero Vettori, amigo de Marco Antonio Flaminio y corresponsal del cardenal Pole.

Jacopo da Pontormo, pintor excelente, y su discípulo Bronzino.

Anton Francesco Grazzini, llamado el Lasca, poeta fustigador de la Iglesia.

Pietro Manelfi, clérigo marquesano.

Lorenzo Torrentino, impresor.

Filippo Del Migliore y Bartolomeo Panciatichi, patricios.

El nutrido círculo de los criptoluteranos florentinos. Trayectorias distintas, recalados todos en el mismo lugar, bajo el ala protectora del duque Cosme I de Médicis, mecenas y adversario acérrimo de los Farnesio, siempre dispuesto a atizar el fuego de la polémica antipapal por propio interés.

Tiziano se encontró en su salsa durante todo el pasado invierno en ese cenagal. Pasó allí los días del Cónclave, entre los más encarnizados defensores de Reginald Pole.

Los inquisidores afirman que por encima de todas prefiere la compañía del pintor Pontormo y de su discípulo Bronzino.

Ya setentón, Jacopo da Pontormo pasa día y noche en lo que parece su proyecto más ambicioso, el fresco de la basilica de San Lorenzo, que le fue encargado por Pier Francesco Riccio en nombre de Cosme I. El mayor de los secretos rodea los trabajos, e incluso los bocetos de los dibujos preparatorios están ocultos. Solo Bronzino y unos poquísimos más pueden acceder a ver lo que el maestro está haciendo.

Rumores, misivas anónimas llegadas a manos de la Inquisición florentina, el ojo indiscreto de algún fraile: Pontormo está representando pormenorizadamente El beneficio de Cristo en el ábside en el que deberá ser sepultado Cosme de Médicis.

Desde el término del Cónclave no se tienen más noticias de Tiziano en Florencia.

Roma, 8 de mayo de 1550

Carafa contaba con los franceses. Pero las noticias que llegan de Francia dicen que Enrique II no puede permitirse reanudar la guerra contra el Habsburgo allí donde su padre la dejara, porque tiene necesidad de una financiación que nadie está dispuesto a concederle.

Carafa dice que el Emperador está haciendo esfuerzos para llegar a un acuerdo con los teólogos luteranos y que si tiene éxito en ello los espirituales aún podrían salirse con la suya.

Carafa quiere alejar a Pole de Roma. Lo quiere fuera de Italia.

Carafa dice que en Inglaterra está a punto de estallar una guerra de sucesión. Enrique VIII ha muerto dejando detrás de sí una multitud de hijos que se disputan la corona.

Carafa dice que conviene preparar el terreno para la reconquista católica de Inglaterra y que conviene hacerlo de modo que la empresa sea confiada a Pole.

Carafa dice que tengo que ir a Inglaterra para tomar contacto con los partidarios de María Tudor, fiel al Papa, empeñada en disputarle la corona a su hermanastro.

Carafa habla de un encargo delicado e importantísimo, que solo puede asignar a su servidor de más confianza. Carafa no ha hablado nunca de este modo.

Carafa sirve cicuta en copa de plata.

Antes o después tenía que pasar.

Carafa me aparta de la partida más importante, la que he seguido desde el principio.

La estrella de Qoèlet ha declinado.

En Inglaterra. Tratando con cuatro nobiluchos ignorantes y mal vestidos.

En Inglaterra. La operación Beneficio no es ya mía.

Pienso que tal vez no volveré. Tal vez no llegue siquiera a Londres. Me encontraré con la hoja de un sicario por la calle, lejos de los ojos de todos. Mi tiempo ha vencido. Los secretos de treinta años causan pavor a quien se dispone a iniciar un nuevo capítulo de la lucha por el poder absoluto en Roma. Hay jóvenes fanáticos e inconscientes: Ghislieri, el dominico, por ejemplo. Están los jesuitas. También el espacio se ha agotado. Es hora de ceder la mano.

Estoy cansado. Espantado y cansado. El equipaje está listo y lo miro como si no fuera mío. Unos pocos harapos heredados de una vida que termina sin ruido. La preocupación me acompaña desde hace tiempo, pero no creía que fuera a suceder tan deprisa, con este sentimiento de banalidad en el corazón. No es así como uno puede prepararse.

Quisiera dejar estas páginas a alguien, el testimonio de cuanto se ha hecho. Pero ¿por qué motivo? ¿Para quién?

Nosotros surcamos los meandros de la historia. Somos sombras de las que las crónicas no hablarán. Nosotros no existimos.

He escrito para mí. Solo para mí. A mí mismo me dedico y dejo este diario.

El diario de Q.

Londres, 23 de junio de 1550

Días de lluvia y de conversaciones. Necios aristócratas que traman a plena luz del día, incapaces de la menor diplomacia. Saben usar la espada, que aquí todos llevan bien a la vista. Nada más. Todo se resolverá de forma sangrienta y vencerá quien tenga el ejército más numeroso.

Tres contendientes, tres partidos. Equilibrios improbables.

Eduardo, un chiquillo que ciñe la corona, que ha elegido como preceptor nada menos que a Martin Bucero, el máximo teólogo luterano. María, hija del primer matrimonio de Enrique VIII con Catalina de Aragón, mitad española por tanto, fidelísima al Papa. Luego la joven Isabel, nacida de la sangre de su madre Ana Bolena, que parece admirar en cambio las actitudes cismáticas del padre.

Las familias que apoyan a la católica María verían con buenos ojos el retorno a la patria de Reginald Pole como paladín del catolicismo, hay ya quien le guarda el sitio de Canterbury. Pero no saben hablar de otra cosa que de exterminio de adversarios. Desde hace siglos estos nobles juegan a eliminarse, a extinguirse mutuamente en guerras de familia que recuerdan más las costumbres bárbaras de los celtas que el arte de la política.

Esto es peor que el exilio. No tengo noticias de Italia.

La hoja no ha llegado. Carafa me concede todavía un tiempo. Tal vez está decidiendo qué hacer conmigo. O tal vez todo forma parte de un plan.

La solución de los estoicos no va conmigo. Ninguna desilusión por expiar. Ninguna añoranza.

Aquí llueve. Llueve siempre. Una isla que no conoce estaciones y que las encierra todas en un solo día.

Moriré en otro lugar.

Londres, 18 de agosto de 1550

Mi tarea ha concluido. No hay estabilidad a la vista: vuelvo con muchas promesas y el convencimiento de la absoluta imposibilidad de confiar en los nobles ingleses. María no llama solo a nuestra puerta,

he visto también a consejeros españoles. Carlos V tiene un hijo al que volver a casar, por lo menos diez años más joven que María. Si Carafa desea el retorno de Pole a la patria, deberá tener en cuenta que esto podría significar el acercamiento de España e Inglaterra, totalmente favorable al Emperador.

El desinterés por estas historias ha hecho difícil el escribir las relaciones enviadas a Roma y ahora que me dispongo a partir, siento que no tengo ninguna prisa por volver. Lo que queda es la curiosidad por un enigma y la sensación de una última cosa por hacer.

Quiero tomarme el tiempo de volver sobre mis pasos. Comprender qué es lo que presiona por salir a la superficie.

CAPÍTULO 33
Ferrara, 2 de septiembre de 1550

—Literatos, pintores, poetas, impresores. Y también secretarios de palacio, lectores de universidad, clérigos. Existe todo un mundo soterrado de disensión contra la Iglesia. Un mundo indirecto, que toca puntos clave, a figuras importantes en las cortes, difusores de ideas y de consejos a los príncipes. Todos ellos descontentos por el aumento de poder de la Inquisición y de los cardenales intransigentes. No hay ciudad que no cuente con sus círculos donde se genera un profundo descontento y la conciencia de que va estrechándose un lazo sofocante. Los valdesianos de Nápoles, los criptocalvinistas florentinos, los amigos de Pole en Padua, los prorreformadores venecianos. Y luego en Milán, Ferrara... Príncipes como Cosme de Médicis o Hércules II de Este pueden encontrar en estos fermentos y en estas figuras la defensa para mantener apartada a la Inquisición de sus fronteras y verse por tanto obligados a inaugurar una era de liberalidad y tolerancia. El viejo poder de las nobles familias puede volverse útil para impedir el avance del nuevo poder inquisitorial. Estas grandes familias acusan la injerencia de Roma como si fueran unos ojos clavados en sus dominios, una presencia amenazante que les quita protagonismo. Si vieran aumentar la oposición de las poblaciones a los privilegios y las jerarquías eclesiásticas, podrían decidirse a enfrentarse a los tribunales del Santo Oficio.

»La tarea de nuestros baptistas será la de vencer la crónica indecisión de estos círculos de literatos, acicatearlos, empujarlos a descubrirse, antes de que sea demasiado tarde.

»Pero existe también un descontento popular, que se ha extendido por el campo y por doquier. Una instintiva y casi innata aversión por el exceso de poder del clero, dictada por las condiciones miserables que padecen las poblaciones. Conseguir ser el punto de unión entre el espíritu evangélico plebeyo y la oposición culta es el arduo cometido que tendremos que desempeñar.

»Esto no debe producirse obligatoriamente a plena luz del día, sino más bien con la debida precaución del disimulo de las intenciones y de la fe. Nuestro concilio debe servir para dar una unidad de propósito para un futuro inmediato a todos los hermanos diseminados por la península. Tendrá lugar en Venecia en octubre y será clandesestino. Yo no estaré.

—¿Cómo? ¡Pero si eres el único que puede servir de vínculo entre todas las comunidades! Pero si eres para todos el punto de referencia...

–Hablará por mí el documento que te entregaré. Si es cierto que soy la única autoridad espiritual, es mejor que permanezca a la sombra. Que no se conozca el rostro de Tiziano, sino el poder de su palabra.

Manelfi baja la mirada, deferente, y extiende la hoja sobre el escritorio. Un escrito prolijo de anotaciones. Será el portavoz de Tiziano en el concilio de los baptistas italianos.

El diario de Q.

Amberes, 3 de septiembre de 1550

Lodewijck de Schaliendecker, alias Eloisius Pruystinck, alias Eloi.
De oficio, pone tejados.

Imputado por la difusión de libros heréticos, por negar sustancia a Dios, por negar el pecado, por sostener la perfección del hombre y de la mujer, por practicar el incesto y el concubinato.

Quemado en la hoguera por hereje el 22 de octubre de 1544, junto con otros muchos miembros de su secta, llamada de los eloístas.

Su nombre aparece numerosas veces en los anales de las autoridades de Amberes, asociado a los de David Joris, Johannes Denck y algunos notables y ricos mercaderes locales.

Ya en los años treinta fueron detenidos varios seguidores suyos y gente que le prestaba apoyo.

A pesar de su humilde origen, Pruystinck fue uno de los ejes de la actividad antieclesiástica en Amberes, pero aborrecido hasta por los mismos luteranos.

Fue procesado y condenado a una leve pena en febrero de 1526 por delación de Lutero, que tras habérselo encontrado en Wittenberg escribió a las autoridades de Amberes para indicarle cuán peligroso era. Escapó a la pena de muerte gracias a una retractación completa y a las débiles sanciones entonces vigentes.

En 1544 fue sometido a tormento hasta que confesó sus prácticas y sus ideas blasfemas.

No reconoció nunca a ninguno de sus cómplices o seguidores, firmando de su propio puño y letra su sentencia de muerte.

Sentencia ratificada por Nicolas Buysscher, dominico, que recogió sus últimas deposiciones.

El alemán que ando buscando es un muerto que ocupa un expediente entero en el archivo de la Inquisición de Amberes.

El muerto es actualmente titular de un burdel de lujo en Venecia.

El alemán que ando buscando atravesó estas tierras en los años de la revuelta anabaptista.

Amberes, 4 de septiembre de 1550

Nicolas Buysscher es actualmente el brazo derecho del Padre Inquisidor de Amberes.

Unos cuarenta años, alto, flaco, la mirada de quien ha tenido en sus manos los destinos de los hombres.

Me ha recibido con cortesía. Lo ha recordado todo sin falsas reticencias, los detalles de una peripecia increíble.

El heresiarca de Amberes era persona astuta, culta, capaz de tejer una amplia trama de relaciones tanto con el vulgo como con los notables de la ciudad. Todavía hoy muchos lo consideran un mártir y un héroe. Si en el puerto alguien menciona el nombre de Eloi, la gente sonríe aún.

Eloi, el que se dedicaba a poner tejados, era un hereje muy especial. Negaba el pecado con una argucia difícil de rebatir. Parecía querer crear el paraíso en la tierra. Conseguía que ricos artesanos y mercaderes compartieran sus bienes y propiedades con los plebeyos. Un maestro en el arte del enredo y de convencer a la gente. Sus seguidores en Amberes vivían juntos, en las propiedades puestas a su disposición por los más ricos. En el curso de los años decenas y decenas de hombres y mujeres pasaron por la comunidad eloísta. Eloi los acogía a todos ellos, sin importar de qué desgracia salían. Un hereje muy especial, que contrastaba con los sectores más extremistas y sanguinarios del anabaptismo. Sin embargo, más de uno de los supervivientes de Münster o de las bandas de Batenburg habían encontrado refugio en su comunidad. Como buen disimulador que era, habría podido seguir adelante de no haberse metido con gente equivocada.

Cosa que las actas habían de silenciar. Una compleja estafa en detrimento de los banqueros Fugger, falsas letras de cambio, cientos de miles de florines. Algo increíble: a los propios banqueros les costaba explicarse el cómo. Y el cómo todavía no está claro.

Lo robado no ha sido nunca recuperado.

Eloi tenía socios en esta tarea. Uno era un mercader alemán de nombre Hans Grueb, desaparecido en la nada.

Los Fugger no podían permitirse que el asunto llegara a saberse, por lo que llamaron a las puertas de la Inquisición. La orden de intervenir contra los eloístas llegó incluso de Roma.

No todos fueron apresados. Se supone que muchos se fugaron a Inglaterra.

Es difícil decir cuántos veteranos münsteritas había entre las filas de los eloístas. Uno murió sin duda hace algún tiempo en la cárcel. Era Balthasar Merck.

De otros se ignoran los nombres. No entre los arrestados.

El desconocido mercader alemán socio de Eloi.
Un fenomenal enredo a los banqueros del Emperador.
Un dinero nunca recuperado.
Un burdel de lujo en Venecia.
Un estrategia del disimulo.
Veteranos de Münster.
El niño y la estatua.
Tiziano el anabaptista.

El diario de Q.

Amberes, 7 de septiembre de 1550

El enigma me lleva atrás. Extramuros de Münster.

Tal vez sea una alucinación, noticias que asocio arbitrariamente. Persiguiendo a un muerto.

¿Quién? Podría ser yo mismo. La última caza, para alejar el final inminente. ¿Qué hace un hombre cuando sabe que está muerto? Hay que pagar un precio por el pasado. A partir de los recuerdos que la mente había borrado. Extramuros.

Dentro de un foso fangoso, la vida pendiente de las sucias manos que plasman la arcilla. Los bigotes arrogantes del mercenario que mantiene la hoja en el cuello.

El olor a hierba mojada, echado como un insecto en una tierra de nadie, entre la ciudad y el resto del mundo. No hay vuelta atrás. Por delante lo desconocido: un ejército de soldados pagados dispuestos a disparar sobre quien cruce esas murallas.

Barro que resbala entre los dedos: los torreones, los puntos más fáciles de asaltar.

Tu vida no vale un pitoche, me dice, date ya por muerto.

Le describo excitado cada fortificación, cada lugar de entrada, los turnos de guardia, cuántos centinelas hay en cada puerta.

Puedes alargar la vida hasta la tienda del capitán, dice y se ríe. Me golpea y me arrastra.

El capitán Von Dhaun me salvó la vida y me dio una oportunidad.

Las palabras exactas: si esta noche consigues volver a subir a las murallas y volver aquí sin que te maten, me habrás demostrado que puedo fiarme de ti.

Así se llevó a cabo la traición, planeada y guardada en secreto desde la llegada a la ciudad de los locos, codo con codo con ellos, durante más de un año.

Los últimos meses de hambre y delirio son una negra mancha que la mente ha borrado. No he vuelto nunca la mirada atrás en todo este tiempo, quince años, tratando de recordar los rostros y las palabras de aquellos hombres. Tal vez porque he querido ocultarme a

mí mismo el haber estado a punto de caer yo también, por un instante, en aquel foso, como si la locura se me hubiera contagiado también a mí, apartando mi mente de la tarea que me había sido encomendada. Tal vez porque aquel día estuve a punto de fracasar miserablemente, al haberme echado el guante los mercenarios episcopales, que por alguna casualidad del destino optaron en cambio por llevarme ante su capitán.

En los días siguientes, tras la matanza, el obispo Von Waldeck, convertido en señor absoluto de Münster, por trono un montón de cadáveres, iba diciendo que esos como yo, héroes guerreros de la Cristiandad, no serían nunca olvidados, en obras y efigies.

Sabía mentir, el muy bastardo. Es precisamente de esos como yo de quienes se pierde todo rastro. Los ejecutores, listos para ser arrojados dentro de la sentina donde los nobles señores los encerraron para confiarles sus sucias misiones.

Entonces le rogué a mi señor, el adalid negro de Cristo, que me llevara lejos de aquellas tierras, de aquel horror que había desgarrado mis carnes y minado mi fe.

Hoy es allí adonde he de volver, sin ninguna fe, a reabrir las heridas.

CAPÍTULO 34
Ravena, 10 de septiembre de 1550

Las escenas de miseria son siempre iguales. Niños enflaquecidos, harapientos. Tripas hinchadas de nada, pies descalzos. Manitas sucias pidiendo limosna. Los recién nacidos atados con mantones a la espalda, para no interrumpir el trabajo, las mujeres llenan los sacos de trigo, plantadas hasta la rodilla dentro del gran depósito que contiene la cosecha de una estación.

Unos pocos ancianos, huesudos, mutilados, bizcos.

El camino de barro seco pasada la puerta sur. Las chabolas pegadas a las murallas, como una excrecencia informe de la ciudad, y que poco a poco van disminuyendo hacia la campiña.

Ningún hombre a la vista. Probablemente están todos en los campos, embalando la paja para las yacijas de este invierno y el heno para el ganado de sus señores.

Solo tres tipos que cargan sacos en un carro, espaldas dobladas y sudor.

Las chabolas. Madera y cañas malolientes cubiertas de barro y de mosquitos.

Divido el pan y el queso que llevo en la alforja y lo reparto entre los chiquillos que se apiñan en torno a mí. Los hay muy chiquitines, que apenas si caminan, y mayores, pendientes de cazar con las hondas a los gorriones que asaltan el depósito del grano. Uno de los más avisados me regala su arma.

Saludo a todos con una sonrisa y una bendición. Leves cabeceos a modo de respuesta.

Los tres hombres me lanzan ojeadas de desconfianza. Membrudos, gruesas cabezas.

La miseria es deforme.

Un silbido del otro lado de las murallas.

Ojos pendientes de la puerta. Los tres se apresuran a cubrir el carro con una gran tela de arpillera.

La agitación se extiende, los hombres enfurecidos maldicen.

Algo está a punto de suceder.

Un destacamento de jinetes supera la arcada. Cuento una docena. Gran alarde de corazas y lanzas. Un estandarte con las insignias episcopales.

Se abren paso entre las protestas de las mujeres, se detienen, no consiguen avanzar, gritos de excitación.

Una de las mujeres que estaban llenando los sacos, la más enfurecida, se enfrenta al jefe del destacamento.

Ambos gritan en un latín plagado de errores, mezclado con la jerga de estos pagos, casi incomprensible.

—Recaudar el diezmo del grano.

—A mediados de mes.

—Cada vez más pronto.

—Ya no lo conseguimos.

—Nada de discusiones.

—Su Señoría así lo ha ordenado.

Los tres hombres se han quedado junto al carro. Miradas furtivas. Uno sube, los otros dos aseguran el toldo de cáñamo con correas muy prietas.

El recaudador los descubre.

Señala en esa dirección ordenando algo.

La mujer aferra la brida del caballo y le da unos tirones.

El muy cerdo le cruza la cara de un vergajo.

Salto poniéndome en pie sobre una banqueta insegura:

—¡Hijo de perra!

El cerdo se vuelve, lo tengo ya en el punto de mira.

La piedra le da en plena cara.

Se dobla sobre el caballo con las manos en el rostro, mientras a su alrededor se desencadena una trifulca infernal. Los chiquillos disparan a la vez como una línea de arqueros. Las mujeres se apiñan en torno a los caballos, cortando los jarretes con pequeñas hojas. El carro parte precipitadamente. El imbécil que sangra grita:

—¡Cogedlo! ¡Cogedlo!

Los caballos se encabritan, caen al suelo, una lluvia de piedras se precipita sobre los esbirros. Aparecen bastones, herramientas de trabajo. De los campos acuden los hombres alarmados por los gritos.

Los dos que cargaban el carro me hacen una seña de que los siga. Se meten por un agujero entre las chabolas. Atravesamos pasadizos cada vez más angostos, yo detrás de ellos, nos introducimos en una barraca de tablas carcomidas, salimos por el otro lado, a la orilla de un riachuelo, poco más que una acequia.

Un esquife llano y delgado, dentro, empujan como condenados, entre maldiciones que me es imposible entender.

Delante nos espera la tupida pineda.

El diario de Q.

Münster, 15 de septiembre de 1550

La Judefeldertor es la puerta por la que entran y salen las mercancías. Los campesinos entran con la cosecha, los mercaderes salen con sus manufacturas. Carros cargados de paños hablan de que la actividad más destacada de Münster se ha recuperado con renovado impulso, olvidando a Knipperdolling, viejo jefe de las gildas de los tejedores.

Hombres y mujeres pueblan las calles, enfrascados en la vida de cada día.

El convento de Überwasser se ha convertido en un hospital. Tal vez haya quedado alguna monja. Por supuesto que ni Tilbeck ni Judefeldt, los dos burgomaestres luteranos que se atrincheraron en su interior en los días de la revuelta anabaptista.

En la plaza mayor, en el centro de la ciudad, la catedral y el Ayuntamiento siguen allí frente por frente. La catedral ha sido completamente restaurada, ornamentada con estatuas y agujas que ensalzan a la Iglesia romana. Delante de la casa consistorial grupos de soldados de guardia, cuya presencia puede advertirse por todas partes.

Luego la plaza del Mercado. Los tenderetes están alineados a los lados, mostrando sus productos. Unas voces hablan de precios, de tratos.

San Lamberto.

Tres jaulas cuelgan del campanario. Vacías.

Nadie las mira.

Beuckelssen, Knipperdolling, Krechting.

Únicamente yo me he quedado con la nariz en alto durante no sé cuánto rato, mientras pasaban todos por mi lado: había quien se acercaba a los tenderetes, quien entraba en la iglesia.

Nadie las mira.

El pasado pende sobre sus cabezas. Y si osan alzarlas, allí están las jaulas para recordárselo.

Münster es la admonición que se cierne sobre la Cristiandad: todo vuelve a ser como antes, no queda ni rastro del mal sino en el símbolo eterno del castigo más terrible.

Antes de exponerlos en las jaulas, los cuerpos de Beuckelssen, el rey David, de Knipperdolling, ministro de justicia del Reino de Sión, y de Krechting, consejero del rey, fueron descuartizados con tenazas candentes, y apuñalados por el verdugo.

Dentro de la iglesia no resuenan ya los sermones incendiarios de Bernhard Rothmann, predicador de la revuelta. Esos sermones que empezaban siempre con la anécdota de la estatua de Cristo y del niño.

Inútil preguntar aquí y allá qué fue de él, ya que su cuerpo no fue encontrado entre los montones de cadáveres.

Casi querría que fuera él, ya viejo, el Tiziano que recorre Italia.

Pero debería haberse enmendado de la locura en la que yo contribuí a hundirlo. Largas discusiones, en aquellas naves, acerca de las costumbres patriarcales de la Biblia, la poligamia, la inapelable ley mosaica, alimentando el fuego del delirio.

Bernhard Rothmann, guía espiritual de los münsteritas, pastor de los sublevados, enemigo número uno del obispo Von Waldeck. Luego al fondo del precipicio, del abismo de desesperación y apocalipsis del que no se retorna. No. Rothmann no. Esté vivo o muerto, hoy no podría volver a empezar nunca desde un principio.

De haber habido un único justo en toda la ciudad, Sodoma se habría salvado.

Pero ese último justo se había ido. Solo así pude hacer lo que hice, viviendo hombro con hombro con el teólogo de la corte, día tras día, por la senda que lleva a la ruina. Y aún hoy creo que no hice más que acelerar el tiempo de lo inevitable.

El único justo se había ido.

Escapado de la pesadilla y de la matanza.

Por la escalinata de San Lamberto he mirado a la plaza. Los mostradores amontonados formando barricadas, las antorchas, las órdenes de un extremo a otro del mercado.

Las esperanzas y las ilusiones de los anabaptistas, surgidas en esta plaza, fueron Rothmann, Matthys y Beuckelssen quienes las traicionaron.

No yo. Yo solo traicioné al único justo.

Es a esta plaza adonde debía volver, a ajustar cuentas con el que fui. No a las aulas de Wittenberg ni tampoco a los palacios de Viterbo. Thomas Müntzer, Reginald Pole: la ingenuidad, como la locura de los profetas, se traiciona sola. No la sensación de posibilidad de aquellos días y de aquellos gestos, no la determinación de quien nos la infundió.

Tendría que ser él quien ajustara las cuentas, no la hoja de Carafa. Pero debería estar vivo aún, a salvo de quince años de derrota, superviviente de las revueltas holandesas. Debería haber sido acogido en la comunidad de los eloístas de Amberes, debería haber escapado a la venganza de los Fugger llevándose consigo el fruto de la estafa, debería haber llegado a Venecia, la patria de los fugitivos, convirtién-

dose en el regentador de un burdel de lujo y al mismo tiempo, con el nombre de Tiziano, dar vueltas por Italia para difundir el anabaptismo.

Sí. Y el Turco debería convertirse.

Puedo volver a Roma ahora, para encontrarme con el destino que aguarda a los siervos ya acabados y envejecidos. El epílogo banal de una vida atrapada entre acontecimientos demasiado grandes como para tener en cuenta las inquietas emociones de un espía en su caso. Frente a todo esto, y a estas jaulas, puedo decir que no he vivido, no me he atrevido nunca, excepto en los días de la traición infame y perfecta de la mayor empresa que el valor y la locura humanos pudieran imaginar. La lúcida razón de un espía y la fidelidad apasionada de un lugarteniente a un caudillo admirado desde el primer día: esos días rebosan de recuerdos, los únicos, cargados de sensaciones contradictorias, como la vida misma, que he mantenido apartada de mí, temeroso ejecutor de grandiosas tramas. El tiempo para resolver el enigma va agotándose, y justo es que así sea. Habría tenido que matarte entonces. Solo así me habría evitado a mí mismo, tras quince años, casi al final, el desear encontrar de nuevo el fuego de tus ojos y el frío de tu espada, capitán Gert del Pozo.

No hay luna. Apenas si distingo las formas más oscuras de los árboles y el cabrilleo de las olas en la playa.

Malcantòn, en cambio, escruta la oscuridad como si pudiera valorar a la perfección la entidad y la distancia de las cosas. Edad indefinida, cara torva de marinero, velada por una preocupación constante. Manos como palas y una cicatriz que va desde la oreja al hombro. Alguien debe de haber tratado de arrancarle la cabeza sin éxito. Alguien que debe de haberse arrepentido de ello. Malcantòn, el mal cantón, el noroeste, de donde llegan los temporales imprevistos, las granizadas que arruinan las cosechas, las borrascas que hacen zozobrar las embarcaciones. Si a alguien le interesa su verdadero nombre puede ir a leerlo a la plaza de Ravena, donde cuelga bien a la vista junto con la recompensa que pende sobre su cabeza.

También los otros pueden enorgullecerse de una. Mèlga y Guacín, es decir, los hermanos Rasi, buscados desde hace más de un año por el asesinato de un aduanero.

Tambòcc, no más de veinte años, cara de ángel, negros rizos y una fuerza descomunal. Estafador empedernido, un oficio heredado de su padre junto con el odio por los curas y toda autoridad. Está echado contra un tronco contemplando fijamente la noche a nuestras espaldas. Desde la pineda los rumores del bosque, susurros y aleteos, que reconoce uno por uno.

Este trozo de tierra y de mar que se confunden es frontera. Se la disputan Venecia, Ferrara y el Papa, y al mismo tiempo es tierra de nadie, laberinto de tributos, derechos de consumo y aduanas, que cada uno de los señores trata de imponer sobre todo tipo de mercancías en tránsito o productos de la tierra. Con el resultado de humillar a la pobre gente aún más que en otras partes y hacer languidecer todo tráfico o comercio.

Para esto es para lo que sirven los contrabandistas.

Conocen palmo a palmo la costa llana del delta del Po hasta más allá de Rímini. Atracaderos provisionales, muelles fuera de uso, viejos canales romanos abandonados, que dan acceso a las tierras del interior, vasto terreno pantanoso que se extiende a lo largo de leguas y leguas bajo un techo uniforme de pinos marítimos. Dédalo de agua y mosquitos por donde solo estos fugitivos de la ley saben orientarse,

diseminado de improbables puntos de referencia, trampas, depósitos perfectamente disimulados.

Los mercaderes dálmatas, pero también venecianos, tienen todo el interés en negociar con los contrabandistas romañolos: nada de extenuantes esperas en los puertos, nada de tasas o tributos, nada de desvalijamientos por parte de los salteadores de caminos locales.

Una buena parte del tráfico comercial tiene lugar en estas costas, en una línea de puntos invisibles en medio del mar, donde los navíos mercantes se cruzan con los bajeles de los contrabandistas perfectamente camuflados en barcas de pesca. No es un trabajo fácil, porque nada es seguro por mar: esperas que pueden durar horas, días, con cualquier estado del tiempo. Cuando finalmente se produce el encuentro se transborda la mercancía, se saldan cuentas. O bien los navíos mercantes son pilotados hacia atracaderos secretos por ágiles chalupas, se desembarca la carga en la playa, se contrata el precio y se cierra el negocio.

Las emboscadas son frecuentes. Se arriesga la vida y penas severísimas.

Pero solo gracias a esta invisible red comercial la gente de aquí no se muere de inanición. Quien elige la vida de contrabandista es porque proviene de la más negra miseria, del odio instintivo, y perfectamente justificado, que todos sienten en estas tierras por toda autoidad; casi siempre se trata de hombres sobre los que pesa toda suerte de cargos acusatorios, obligados a esconderse dentro de la pineda para escapar de los esbirros.

No hay mujer, anciano o campesino de cualquier burgo que no los proteja, aunque solo sea por medio de su obstinado silencio. Porque una parte de lo que circula es normalmente repartido entre el pueblo. Este es el único tributo.

Antes de que el obispo mande a sus recaudadores para el cobro del diezmo sobre la cosecha, parte de esta es escondida por los contrabandistas en los muchos depósitos del bosque, para hacer menos gravoso el impuesto calculado sobre el total de lo recolectado y para garantizar la supervivencia de las comunidades durante el invierno.

Esto era lo que sucedía hace un mes, al presentarse el grupo de los recaudadores, cada año con mayor adelanto.

Eran Malcantòn, Guacín y Mèlga, los hombres que se disponían a transportar el trigo hacia los almacenes disimulados en la marisma.

Bastan una honda y proponérselo un poco para ganarse el aprecio duradero de estas gentes. Basta con tener un poco de fuego en la sangre.

Noche sin luna. Esperamos ver la señal de las antorchas. Me arrebujó en la capa, calado hasta los huesos, mientras Malcantòn mantiene la mirada fija en el mar.

Mèlga, el Liente, está preparado ya con la barca, los remos en el escabello.

Su hermano sostiene el fanal, preparado para encenderlo en respuesta.

Tambòcc en todo momento con el oído aguzado en dirección a la pinada.

Para ellos esta noche señala el inicio de un nuevo comercio, que los sorprende y los llena también de curiosidad.

No estaban precisamente preocupados. Reían. Han hecho muchas preguntas. ¿Prohibidos? ¿Y por qué? Nadie entiende nada de todo ello.

No. Ni se les pasaba por la cabeza poder hacer dinero con el contrabando de libros.

El diario de Q.

Roma, 1 de noviembre de 1550

Hay un último trabajo que hacer. Carafa lo ha reservado para mí. Delicado e importante como todos los demás encargos. Tal vez más. Tan importante que no puede llevarlo a cabo más que alguien que sea el soldado de más confianza, el más digno. Sabe que me ha puesto muchas veces a prueba, que siempre me ha pedido el máximo esfuerzo. Después de esta última misión podré disfrutar de un merecido descanso, por supuesto, siempre que tenga ganas.

He aceptado con entusiasmo. Esta vez el viejo no ha sabido leer dentro de mí.

Joder a los judíos, esos odiosos parásitos, impenitentes asesinos de Cristo, a menudo convertidos a la verdadera fe por simple conveniencia, sin más objeto que seguir lucrándose con sus sucios negocios, ha dicho. Una enfermedad que apesta desde el interior del cuerpo de la Cristiandad. Una enfermedad que ha llegado el momento de extirpar. Es preciso comenzar por donde más arraigada esté.

Venecia.

Ha dicho que ha comprendido una vez más por mis informes que era el hombre más adecuado para este cometido. En realidad tomó conciencia de la importancia de la cuestión mientras leía el gran poder que pueden acumular esas inmundas familias de usureros. Desde hacía tiempo venía estudiando la solución más adecuada y ahora están los tiempos ya maduros, está todo listo, los acuerdos están estipulados.

La entrada en vigor del Índice de libros prohibidos en los territorios de la Serenísima es señal evidente de que las autoridades venecianas han comprendido por fin la necesidad de llegar a un compromiso, superando la vanagloria y la arrogancia que siempre las caracteriza. El motivo es claro: las familias patricias de la Serenísima están endeudadas hasta las cejas, sus fortunas dependen totalmente de las bolsas de los banqueros marranos. Una deuda tan ingente que únicamente puede verse satisfecha con la extinción de los acreedores. El intercambio supone una satisfacción mutua: para Carafa una demostración de fuerza del Santo Oficio en la ciudad más hostil a las injerencias de Roma, preludio de la mano de hierro que el poder inquisitorial adoptará en todo el territorio católico; a los venecianos el

saneamiento de las finanzas por medio de la confiscación de los bienes de los ricos judíos.

El mecanismo ha sido puesto ya en marcha. La Inquisición y las magistraturas venecianas comenzaron a instruir procesos a personajes marginales de la comunidad sefardita, bajo la acusación de prácticas judaizantes. Pero es a los peces gordos a quienes hay que llegar.

Y para llegar a ellos hace falta alguien como yo. Alguien con treinta años de guerra espiritual a sus espaldas, capaz de crear en la ciudad una amplia hostilidad contra los judíos, de señalarlos como la causa de todos los males, preparando el terreno para una ofensiva que afecte a la comunidad entera.

He aceptado con entusiasmo.

He disimulado el asombro de ver prolongado mi tiempo.

He mostrado la máscara del celo, la que actualmente ya no me es propia.

Último trabajo antes del merecido descanso.

Última infamia.

Reservada para quien es partícipe desde siempre de los secretos de Carafa.

Creía haber llegado al final. Me ha sido concedido más tiempo. ¿Cuánto? ¿Y por qué?

No son los estirados y famélicos dominicos que atestan estos pasillos los que van a poder llevar a cabo tramas de este tipo. Demasiado fanáticos. Muy pagados del papel que les ha sido confiado, son tan incapaces de sutiles estrategias como eficientes a la hora de perseguir ciegamente la presa que se les indica. Todo a plena luz del día. Carafa los prepara para la ofensiva más importante de la guerra espiritual. La rendición de cuentas, después de diez años de cuidadosa planificación. La construcción que he contribuido a levantar, ladrillo a ladrillo, será llevada a cabo por otros y muy pronto. La proximidad de la reanudación del Concilio, muy querida por el Emperador, parece ser el momento en que Carafa mostrará sus cartas, desencadenando el ataque frontal contra los espirituales. La tensión en los rostros y en las voces de los jóvenes sabuesos encabezados por Michele Ghislieri, ave rapaz que vuela alto en la consideración del viejo, dice que van a acabarse las demoras.

No estaré en esta partida porque conozco todos los movimientos anteriores: Carafa sabe perfectamente que dos solo pueden mantener un secreto cuando uno de ellos está muerto.

Mientras tanto me confía la última y sucia cruzada, para la que no tengo ya estómago: inventar el nuevo enemigo y lanzar contra él

el ejército cristiano. A quien acepte entrar en la lid se le garantiza una espléndida recompensa: las riquezas de sus víctimas y un lugar en el paraíso. Los venecianos son los primeros, otros deberán seguirlos.

A mí, como siempre, la tarea de preparar el terreno para la primera matanza. Luego no quedará más que guardar el secreto. Bajo dos palmos de tierra.

He aceptado con entusiasmo. Venecia. Queda tiempo aún para resolver el enigma. Esta vez no seré el incansable y eficiente servidor que Carafa ha conocido. Será el enigma, la inminencia de su solución, el que señale el tiempo que queda.

CAPÍTULO 36
Costa de las Romañas, 5 de febrero de 1551

—¡En Dalmacia ha sido un éxito, compadres! —Perna hace rebotar una piedra sobre la superficie del agua—. Gente que no sabe comer, ¿entendido?, pero que sí sabe elegir con acierto sus lecturas. Si seguimos a este paso corremos el riesgo de hacernos famosos como los distribuidores del libro más difundido después de la Biblia.

Un viento gélido que sabe a noche, a mar y a resina. En la playa, con Pietro Perna y João Miquez, un encuentro para intercambiarse noticias y proyectar el futuro inmediato. Encuentro de corsarios, como en otros tiempos en las costas holandesas. La mano se hunde lentamente en la fría arena, el sol hace otro tanto tras la pineda.

Entramos en la cabaña de pescadores. Dentro, el fuego está ya encendido. Las redes cuelgan del techo para secarse.

Busco la mirada de João:

—¿Sabes algo de Demetra?

Se vuelve asintiendo:

—Esa señora está volviéndote rico. La última vez que me pasé por el Tonel, no había una mesa libre. Me parece que está bien, no sé de nadie que la haya molestado.

—¿Y aquí en las Romañas? —Perna me sacude por un brazo—. Espero que no te hayas perdido el extraordinario Sangiovese Sangre de Toro. Dicen que hace soñar, ¿entendido?

Saco la botella de la alforja y se la destapo en sus mismas barbas:

—Estás invitado.

Perna pega unos ávidos sorbos:

—Tenía que venir a verte aquí para que tuvieras que invitarme a un buen vino. ¿Qué más hay de bueno en medio de estas marismas?

—La gente de esta tierra odia al clero desde lo profundo de sus entrañas. He conocido a las personas más distintas, bautizado a campesinos y a pescadores, a mercaderes y a borrachos: todos igual de testarudos, todos con el mismo fuego en la sangre. Agitar los ánimos, por estos pagos, no parece una empresa difícil.

João:

—¿El beneficio?

—Las cargas han llegado con regularidad. Los he vendido bien. Trafico con los contrabandistas del lugar. Gente tosca, de feroz aspecto y una jerga que aún me cuesta entender, pero astuta y próxima

al pueblo. Ninguno que sepa leer o escribir, pero enseguida se dieron cuenta de la conveniencia del negocio.

João silba dentro de una caracola y sacude la cabeza:

—Mejor así. Creo que conviene que sigas viajando por ahí durante un tiempo todavía.

Mi mirada pide una explicación.

—Las autoridades se han oído algo del concilio de los anabaptistas. Aunque no ha habido arrestos, están todos en guardia. Venecia está llena de esbirros, espías, delatores, no hay de quién fiarse. Desde que se promulgó el Índice, sobre todo los impresores están en el punto de mira, los libros no circulan ya con igual facilidad. Y además, hay una novedad: algunos judíos conversos, amigos nuestros, personas que conocemos bien, han sido detenidos bajo la acusación de prácticas judaizantes. Se anuncian los primeros procesos, por ahora marginales, sin gran ruido, pero son cosas que ya conozco de otras veces. El primer nubarrón negro que anuncia la tormenta, el sello indeleble de la Inquisición, como en España, como en Portugal.

Perna:

—Tu gran amigo, el Papa de las lecturas inconvenientes, no me parece que tenga mucha intención de mantener a raya a esos malditos perros del Santo Oficio. Está a punto de estallar un gran desorden, ¿entendido? Hay que procurar que no nos jodan.

Miquez:

—Estoy empleando toda la diplomacia de que soy capaz para tantear el humor de los mercaderes que tienen negocios con nosotros. Trato de insinuar una preocupación muy concreta por las nefastas consecuencias de una eventual incriminación contra nosotros. No creo que baste. La diplomacia y la corrupción son artes indispensables en el momento presente, pero no siempre son suficientes. Es mejor estar preparados para cualquier eventualidad. De todas formas, en vista de los vientos que corren, es mejor que sigas lejos de Venecia.

—De acuerdo, pero no por mucho tiempo más. Empiezo a estar hasta los cojones de hacer de profeta a mis años. La siembra de Tiziano ha terminado ya. El concilio anabaptista ha sancionado la unión de las comunidades que disienten de la Iglesia. Círculos frecuentados por figuras destacadas en cualquier estado de la península presionan a los gobernantes. Un gran pintor, al que he tenido la suerte de frecuentar, Jacopo da Pontormo, está haciendo un fresco sobre El beneficio de Cristo en la capilla donde se dará sepultura a Cosme de Médicis. Una obra maravillosa, he visto el proyecto y parte de los frescos ya realizados, que lleva en gran secreto. Todas las comunidades están

en activo: la piedra ha sido lanzada, las consecuencias ya se verán. Mientras tanto es menester que me tengáis informado de lo que acontezca en Venecia. También los detalles son importantes.

Nos quedamos en silencio. La resaca mece las adormecidas preocupaciones, la cabeza está pesada. Nuestras sombras se deslizan larguísimas a lo largo de las paredes hasta el techo.

Perna endereza la cabeza, como despertado por un ruido repentino, los ojos diminutos y enrojecidos de cansancio:

—¿Podría tomar un poco más de ese néctar?

El diario de Q.

Venecia, 24 de febrero de 1551

En Venecia soy uno más entre muchos. Un espía en el país de los espías. Son muchos los que observan, anotan, y luego se lo cuentan a su amo de turno, a menudo al servicio de varios amos al mismo tiempo. Turcos, austriacos, ingleses: no hay potencia, partido o compañía comercial que no tenga interés en mantener unos ojos y unos oídos en cada esquina de esta ciudad. Todos espían a todos, en un encaje de dobles juegos, triples, cuádruples. Dentro de este laberinto de estrategias y opuestas conjuras deberé estimular el interés común de involucrar a los judíos.

¿Cómo?

Entretanto mantengo la mente adiestrada con las intrigas que lubrican el pacto entre Carafa y los venecianos.

El 21 de este mes el Consejo de los Diez expulsó a los padres barnabitas y a las monjas angélicas de Venecia, bajo la acusación de pasar noticias reservadas, recogidas en confesión, al gobernador de Milán Ferrante Gonzaga, vasallo del Emperador. De este modo Carafa se ha visto libre de un competidor, ha cerrado los ojos y los oídos de Carlos V en Venecia. La astucia del viejo teatino causa espanto. No solo limpia el terreno de adversarios con miras a unos mayores manejos, sino que permite a los venecianos confirmar su célebre fama de celosos guardianes de sus propios asuntos, los únicos que no toleran injerencias de nadie, ni siquiera de Roma. El viejo finge lamentarse de ello, mientras estrecha la mordaza.

Estoy en Venecia desde hace un par de meses. No frecuento muchos lugares, pero tengo a sueldo varios ojos que observan lo que me interesa. Ante todo el burdel del difunto heresiarca de Amberes. Ni sombra de él: más fantasma que nunca. He de tener paciencia. Recabar más información sobre Tiziano. Y mientras tanto llevar a cabo la tarea que me ha sido asignada.

El diario de Q.

Venecia, 9 de marzo de 1551

Los ojos que pago en las habitaciones de la Magistratura de Extranjeros hablan de una extraña afluencia a la ciudad en octubre del pasado año. Personajes ambiguos, modestos artesanos, comerciantes, clérigos, literatos, algunos procedentes incluso de lejos. Un centenar de presencias difícilmente atribuibles a los negocios de Venecia. Ninguno de ellos se ha quedado más de una semana. Una mancha negra en los archivos de las autoridades locales.

Los nombres nada dicen. Excepto uno. Pietro Manelfi, hijo de Ippolito Manelfi, clérigo de Ancona.

El mismo nombre que aparecía entre los acólitos del círculo cripto protestante de Florencia.

El mismo círculo frecuentado por Tiziano entre el 49 y el 50.

Una pista.

Indicar este nombre a los inquisidores de los territorios limítrofes: Milán, Ferrara, Bolonia.

Venecia, 16 de marzo de 1551

Ha llegado una misiva del padre inquisidor de las Romañas.

Interrogados algunos artesanos de Ravena debido a la práctica del bautismo de los adultos. Sostienen haber oído hablar de un tal Tiziano dedicado a esa práctica no hace más de un mes, en las tierras bajas en torno a la ciudad. Asimismo dicen que el dicho Tiziano hablaba contra la autoridad del clero y la propiedad eclesiástica. Dicen que se ganaba la simpatía de la plebe, siempre dispuesta en esa región a acoger cualquier pretexto para dar lugar a imposturas y disturbios.

Venecia, 18 de marzo de 1551

Indicación del inquisidor de Ferrara.

Afirma que el nombre de Tiziano el baptista es conocido en algunos ambientes de esa ciudad.

Venecia, 21 de marzo de 1551

La noche entera pasada reflexionando sobre la estrategia que adoptar con respecto a los judíos. Tal vez haya una manera.

Escribir a Carafa.

Carta enviada a Roma desde Venecia, dirigida a Gianpietro Carafa, fechada el 22 de marzo de 1551.

Al ilustrísimo y muy honorable señor Giovanni Pietro Carafa.

Señor mío meritísimo:

Los tres meses de estancia en esta enorme y extraña ciudad han sido suficientes para sugerirme la que considero la única estrategia viable contra los judíos. Por consiguiente me apresuro a dar cuenta de ello a Vuestra Señoría, a fin de que pueda expresar el más sabio parecer acerca de ella y concederme el privilegio de seguir sirviendo a los fines comunes.

Los equilibrios de Venecia son tan intrincados y complejos como sus calli y canales. No hay información o suceso más o menos secreto que no se encuentre en su camino los ojos o los oídos de un espía, de un observador extranjero, de un mercenario a sueldo de algún poderoso. Yo mismo, para poder acceder a noticias secretas, he tenido que adoptar el mismo método. A los negocios que a diario se desarrollan de forma incesante a plena luz del día, corresponde un volumen no menor o incluso mayor de tejemanejes, mercadeos y ocultos arreglos que tienen que ver con todos los ámbitos de la vida de la Serenísima. El Sultán tiene a sus espías en Rialto, así como el rey inglés y el emperador Carlos. Gonzaga tenía a sus informadores entre las mismas filas del clero veneciano, como Vuestra Señoría bien sabe. Los grandes mercaderes maniobran en la sombra para no dejar traslucir los acuerdos comerciales y no ver esfumarse las mejores oportunidades de una ganancia. Nadie, ya sea príncipe o mercader, podría sobrevivir en Venecia si no puede valerse de una red de hábiles espías, que puedan referirle rápidamente los juegos de poder internos y externos a la República de San Marcos.

Los judíos no tienen un papel secundario en este tipo de relaciones, o, mejor aún, el hecho de pertenecer tan solo a medias a Venecia, su papel de banqueros y financiadores, la doble religión, hacen de ellos uno de los ejes principales de la vida comercial y política de la ciudad. Su posición, por un lado, les hace parecer intocables, y por otro, nos indica cuál es su punto flaco.

Muchas de las familias judías se han convertido a la fe cristiana para evitar así toda posible traba a sus negocios y defenderse de cualquier ataque. Un disimulo que les puede ser reprochado, y convertirse por sí mismo en el punto de apoyo de una amplia aversión contra

ellos. Añádase a esto que en muchos casos el Turco se vale justamente del asesoramiento y de la habilidad de los financieros judíos para representar en Venecia sus propios intereses. Un excelente ejemplo de ello son los Mendesi, antiguos responsables de la difusión de El beneficio de Cristo, que mantienen relaciones comerciales y diplomáticas con el Sultán. Si se consiguiera achacar a las grandes familias judías la red de espías turcos activos en los territorios de la Serenísima, no sería difícil señalarlas ante las autoridades como las responsables de una conjura que amenaza los intereses de Venecia.

Dado que los judíos son sobremanera expertos en hacer creer que su ruina supondría la ruina de todos, conviene que todo el mundo comprenda cuál sería la ventaja de una amplia operación en contra de ellos. Atribuyendo todas las intrigas a los judíos, cada uno podría llevar a cabo las suyas propias con una mayor tranquilidad. A nadie se le escaparía la utilidad de una estrategia semejante.

La acusación de falsa conversión permitiría a los venecianos incautar las riquezas de los judíos, engrosando las arcas del Estado; la de conspirar con el Sultán, excluiría la eventual intervención en favor suyo por parte de las potencias cristianas.

Aguardo con confianza el parecer de V.S., encomendándome a su benevolencia.

De Venecia, en el día 22 de marzo de 1551,
el fiel observador de V.S.,

Q.

El diario de Q.

Venecia, 2 de abril de 1551

Comienza la reacción.

Michele Ghislieri está en Bérgamo. El obispo local Soranzo está acusado de haber permitido la difusión de El beneficio de Cristo en su propia diócesis. Ha sido encontrado un ejemplar del libelo condenado en su biblioteca privada.

Ghislieri lo interrogará hasta verlo caer.

Venecia, 21 de abril de 1551

Procesado también el obispo de Como. Ni siquiera en esa diócesis El beneficio de Cristo ha encontrado obstáculos.

Los espirituales boquean. No se esperaban un ataque directo.

El dominico Ghislieri está hecho una furia.

Como cabía suponer, Carafa ha esperado a la reanudación del Concilio de Trento para lanzar la ofensiva final.

Venecia, 16 de mayo de 1551

Caen también los obispos de Aquileia y de Otranto.

La acusación es la misma.

Cabeza tras cabeza, la estrategia de Carafa no encuentra obstáculos. La ventaja es doble: limpieza de los adversarios y cancelación de los planes del Emperador, que tenía todas sus miras puestas en la reanudación del Concilio.

Venecia, 25 de junio de 1551

Tras los golpes del dominico, nuevo varapalo de la Cristiandad, cae la piedra berroqueña más grande: Morone, obispo de Módena, miembro de la Congregación del Santo Oficio, consejero de confianza de Reginald Pole, una figura intocable hasta hace unos pocos meses.

Todos los procesados de hoy en adelante deberán defenderse. Y todos los demás ponerse a temblar. La caída de semejantes cabezas ad-

vierte que nadie puede estar ya seguro. Nadie que haya sido rozado por el veneno de El beneficio de Cristo saldrá ileso.

Los frutos maduros de mi trabajo están cayendo uno tras otro. Debería estar ya muerto, llevándome bajo tierra los secretos de una operación concebida hace diez años.

Una imprudencia, o tal vez un exceso de seguridad o incluso las ganas de aniquilar al adversario. Todavía me queda un poco de tiempo, el necesario para clavar el crucifijo en el corazón de los judíos.

Venecia, 10 de julio de 1551

Nueva carta del inquisidor de las Romañas. La presencia de un alemán de nombre Tiziano ha sido detectada en el pueblo de Bagnacavallo, entre Imola y Ravena.

Venecia, 29 de julio de 1551

En la ciudad, en boca de todos está el procesamiento de los cardenales espirituales. La señal no se presta a malentendidos: con la acusación contra el obispo de Bérgamo, Soranzo, Roma ha plantado su estandarte dentro de los límites de la Serenísima, y lo ha hecho por medio de Ghislieri, hombre de Carafa, saltándose al inquisidor veneciano.

Entretanto, mis cartas anónimas a la Inquisición local han dado sus primeros frutos: comienza a notarse entre los judíos una cierta desconfianza; rumores sobre el mantenimiento de las viejas prácticas religiosas por parte de los marranos y sobre los ambiguos intereses de las mayores familias judías. La comunidad mercantil de Venecia no da crédito a estos rumores: tienen las manos atadas en sus negocios con los banqueros judíos. Los procesos en curso alimentan una hostilidad que parece que puede extenderse. Pero hace falta una chispa que provoque el incendio.

He puesto los ojos en algunos deshonestos tipejos que podrían volverse útiles según las circunstancias. Debidamente instruido, un turco que confesara ante las autoridades venecianas que es un espía del Sultán, a sueldo de una poderosa familia judía, provocaría la esperada reacción.

Venecia, 8 de agosto de 1551

El inquisidor de Ferrara escribe para indicar la presencia de Pietro Manelfi en la ciudad estense.

Venecia, 21 de agosto de 1551

Carafa se expone en primera persona. Delante del Concilio ha acusado a los espirituales de falta de observancia, de no haber hecho nunca nada por impedir la difusión de El beneficio de Cristo. Sostiene que Pole y sus amigos nunca han querido darse cuenta del alcance herético del libro de Fontanini debido a sus ambiguos intentos de reconciliación con los luteranos. Los acusa de haberse dejado embau-car por las ideas protestantes. La imputación es muy grave.

El viejo teatino no había entrado nunca directamente en la lid. Si los espirituales no son capaces de reaccionar a tiempo, están destinados a sucumbir.

CAPÍTULO 37
Ferrara, 11 de septiembre de 1551

Via della Gattamarcia. Los nombres de las personas nada dicen, los de los lugares no aparecen nunca por casualidad.

Hedor a estiércol y carroña. Esqueletos resecos de gatos, penachos de plumas aplastados que deben de haber sido pollos, antes de que los ratones royeran sus huesos. Mierda por doquier, casi imposible no pisarla. No pasa nadie por aquí, como no sea para encuentros furtivos y poco confesables, las verdaderas vías de tránsito están en el interior de las construcciones, barrios enteros cubiertos, albañales, pasadizos, en un complicado encaje de casas, talleres, tiendas. Esta calle estrecha es un desagüe de excrementos y desechos al aire libre.

Pietro Manelfi está agitado, quisquilloso, atemorizado.

—... y muchas veces he tenido la sensación de que me siguen, me espían. Pero más que nada, como te decía, son todas esas preguntas que circulan, mi nombre sacado a relucir en todos los mesones, personas que nunca se ha visto que hagan preguntas. Y luego todas las cosas que se oyen decir, que incluso fuera comienzan a soplar al oído de los hermanos, en la Romaña, en las Marcas. Se oyen muchas cosas, está el Índice de los Libros, y todo ese lío sobre El beneficio de Cristo. No habrían tenido que ir así las cosas, decías que este Papa tendría más medida, y por el contrario parece que ya nadie está seguro, ni siquiera los cardenales, así que figúrate nosotros. Hay demasiada gente que va por ahí haciendo preguntas, están encima de nosotros, preparan algo. También aquí. ¿Has visto lo que le ha pasado a Giorgio Siculo? El duque no se lo ha pensado dos veces a la hora de mandarlo a la hoguera. En Venecia, en el concilio, se habló de nicomedismo, disimular nuestra fe, pero cuando te echan la zarpa, entonces, ¿qué haces?, esos te interrogan, emplean tenazas candentes, y en el mejor de los casos te mandan a la sombra para toda la vida.

—¡Basta, Pietro! Comprendo tu ansiedad por el hecho de sentirte perseguido, pero el innoble hedor de esta cloaca en donde me has dado cita está ofuscándote la mente. ¿Acaso creías que el clero de Roma podría convertirse en nuestro aliado? ¿O que los príncipes se comprometerían a gastar una simple palabra en favor nuestro? ¿Por qué íbamos a tener entonces necesidad de disimular? ¿No comprendes que tratan de aterrorizarnos? Esa es su estrategia: sospechar de todos hasta que quien tenga motivos para temer dé un paso en falso y se descubra.

También él apesta, a sudor y a miedo:

–Pero ¿nos apresarán? ¡Yo no quiero acabar como Siculo!

–Habla de mí, solo de mí, y retráctate de todo. Di que fui yo quien te llené de falsas creencias, que eras débil y que yo supe arreglármelas para hacer pasar por la justa doctrina la falsedad.

Se retuerce las manos agitado:

–¿Y si te cogen a ti?

Lo pego contra la pared, mi cara contra la suya:

–Escúchame bien, Pietro, lárgate de Ferrara. Vuelve a las Marcas, ingresa en un convento, vete a la cima de un monte, o adondequiera que puedas sentirte en lugar seguro y se te pase el miedo. No me gustan los pusilánimes que se quedan paralizados por una simple pregunta hecha por ahí. –Lo dejo deslizarse hacia abajo hasta quedarse encogido–. El miedo puede ser un aliado, pues te hace ser más cauto y astuto. Si te cagas encima, el enemigo te encontrará simplemente siguiendo el olor a mierda.

Me alejo, lejos de tanta pestilencia.

CAPÍTULO 38
Ferrara, 2 de octubre de 1551

Chiú ha servido aguardiente. Una frase y una despedida rápida, hacia la residencia de los Miquez.

Beatrice está de pie al lado de una gran pajarera. Un zorzal de las Indias picotea una manzana que tiene en su mano.

Cada vez que la veo comprendo por qué no tengo ya tantas ganas de irme por ahí a recuperar tipos como Manelfi. Me quedo mirándola en espera de que repare en mi presencia.

—¡Ludovico! ¿Es que quieres meterme miedo, ataviado así?

—Perdóname, pero no me ha dado tiempo de ponerme más presentable.

—Aquí tengo un mensaje de João para ti.

—João-João.

Me vuelvo de golpe hacia la jaula y Beatrice rompe a reír:

—Es sorprendente cómo consiguen imitar la voz de los humanos. Me alarga la hoja sellada.

A simple vista es para quedarse perplejo: una secuencia de frases que exaltan la vida campestre.

—Prueba con esto. —Beatrice me da una delgada lámina de hierro agujereada, del tamaño de la página—. Es nuestro código de familia. Lo usamos desde hace muchos años para protegernos de los ojos indiscretos. Solo tienes que superponer la falsilla a la hoja.

Los espacios cortados en la lámina aíslan las palabras, fragmentos de frases, sílabas, que adquieren de repente sentido:

Un nuevo. perro. de la campiña romana. alemán. cazador. de malas hierbas. Escruta. lee. aconseja. Siempre dentro. la casa de fieras. no enseña. el rostro. ayuda a los pastores a contar el rebaño. a. separar el grano de la paja. Sirve al amo. sin. ponerse el traje. No buscar. volver. a la. laguna. Buscan. el pintor. Nuevas. llegarán.

Un hombre de Carafa colaborando con el inquisidor veneciano. Alemán. Laico.

Busca a Tiziano.

Qoèlet.

Ya estamos.

Lo que debo hacer.

Qoèlet

CAPÍTULO 39
Venecia, 6 de octubre de 1551

Noche profunda. La Giudecca es una larga lengua de casas y árboles que se recorta contra el cielo. La barca aborda despacio el embarcadero de Ca' Barbaro, hago una señal al remero de que se detenga y ato la amarra al palo.

Pago de prisa, justo el tiempo de contar, y empujo la embarcación mar adentro, a riesgo de delatarme.

Mis pasos resuenan en las tablas como un tambor. La puerta.

Llamo.

Nada.

Más fuerte.

El ruido de una ventana que se abre sobre mi cabeza.

—¡Dejad que os reconozca!

—Soy Ludovico. He vuelto.

La puerta se abre de par en par de repente, una luz difusa ilumina el cañón de una pistola.

—¡Soy yo, Duarte!

Abre sus adormilados ojos:

—¡Diablos! ¿Te has vuelto loco? ¿Qué haces aquí?

—Tengo que hablar con João.

Entro en el jardín de la casa. Alboroto desde las escaleras:

—¿Quién es?

—¡Es Ludovico!

Un juramento en portugués.

Lleva una camisa ribeteada de encajes, los cabellos sueltos sobre los hombros:

—¿Por qué has vuelto? Te escribí...

—Ya sé que me escribiste. Pero no hay tiempo que perder. Hemos de hablar.

Con el índice y el dedo medio João se oprime un ojo.

—Ah, al infierno, estás loco. Ven dentro.

Me indica el camino hasta el escritorio:

—La Inquisición está indagando sobre el concilio de tus amigos anabaptistas. El nombre de Tiziano ha salido a relucir en más de una ocasión. Venir aquí es una estupidez por tu parte.

Reanima las brasas en la chimenea. Luego se sienta, sin dejar de frotarse los ojos para quitarse el sueño.

Me mira con la expresión de quien espera una explicación.

—¿Desde cuándo sabes lo del alemán?

Contiene un bostezo:

—Desde hace algunas semanas. No se le ve el pelo por ninguna parte, es inencontrable.

—¿Cuándo llegó a Venecia?

—No lo sé. Hace seis meses, tal vez más.

Bisbiseo una blasfemia entre dientes:

—Yo diría que cuando empezaron los arrestos de judíos.

João, expresión seria:

—Dicen que es el consultor particular del inquisidor, que se pasa todo el tiempo leyendo los libros que se imprimen en Venecia para descubrir hasta el menor indicio de herejía.

—Olvidate de los rumores. Hay de por medio otras cosas.

—¿Qué quieres decir?

—¿No te parece extraño que Roma envíe a uno de los suyos a Venecia y de repente se pongan a detener judíos aquí?

Se pone en pie de un brinco, despierto de repente, algún paso nervioso, los ojos fijos en el suelo.

—¿Acaso crees que se han puesto de acuerdo para tendernos una encerrona?

—Está claro. Y si se trata del alemán que yo creo, es un hombre de Carafa. El mejor.

Se pasa una mano por la barba y resopla sonoramente.

—Siendo así, tenemos que cerciorarnos de eso. Sin embargo, desde hace un tiempo se ha vuelto cada vez más difícil obtener información. Están haciéndonos el vacío alrededor. Hasta el Tonel está vigilado. He tenido que poner espías para vigilar a sus espías.

Se interrumpe, evita mi mirada.

Lo apremio:

—Dímelo todo.

—Ha salido a relucir un turco, un estafador de tres al cuarto que frecuenta el Arsenal. Se ha puesto a echar mierda sobre nosotros. Dice haber recibido dinero de un rico judío para pasar a los turcos toda la información sobre la flota de Venecia.

Una punzada en la muñeca me hace apretar los dientes.

—Hemos de intentar algo, João. Antes de que sea demasiado tarde.

Lo recorre un escalofrío. Recoge una pesada hopalanda y se la echa encima. Los arabescos dorados relucen al fuego de la chimenea, mientras se arrellana en el sillón de cuero.

El cansancio ha desaparecido, su tono es nuevamente el de siempre:

—Dime lo que te ronda por la cabeza.

El diario de Q.

Venecia, 20 de octubre de 1551

Hace tres días Pietro Manelfi se entregó espontáneamente a la Inquisición de Bolonia.

CAPÍTULO 40
Venecia, 2 de noviembre de 1551

El angelito sabe lo que debe hacer. El angelito tiene diez años. Al sonar las campanas entrega el mensaje en el palacio, con la contraseña previamente establecida en el reverso de la hoja doblada, la reproducción de una serpiente enroscada a la hoja de una espada. El mensaje dice:

El Alemán está en Venecia. Lugar y hora convenidos.

El angelito sabe perfectamente que tiene que insistir en que Su Excelencia lo reciba inmediatamente, porque de lo contrario habrá azotes y llanto, que el amo que lo ha mandado allí ha dicho que era urgente, que si no habría problemas «para mí y para ti».

El angelito, ricitos rubios hasta los hombros, dientes blancos como las primeras nieves, es una garduña amaestrada: insiste, lloriquea, entrega y desaparece.

El lugar es la iglesia de San Giovanni, detrás del Fondaco dei Turchi.

El hombre sin rostro es puntual. De acuerdo a lo establecido se sienta en el confesionario y espera.

El hombrecillo rapado, desde el otro lado de la celosía, da comienzo a su historia.

Habla de su vida de pecador, de lo poco que asiste a misa, de los muchos años que hace que no se confiesa. Las iglesias, sin embargo, le gustan, comunican una sensación de quietud, y sobre todo esta, tan pequeña, tan apartada, le ha hecho sentir ganas de liberar su conciencia.

El hombre sin rostro maldice para sí. No, no era a este quisquilloso cascarrabias de acento toscano a quien estaba esperando.

Permanece en silencio, espera a que acabe.

La voz grazna sobre su incapacidad de resistir la tentación del juego. De lo mucho que le pesa el haber ganado esos dineros y de la necesidad de devolverlos para obras de caridad.

Algo es empujado por la rendija de debajo de la celosía, brilla a la luz que se filtra por la cortinilla, se queda enganchado en el borde y con un último empujoncito le cae en el regazo.

El hombre sin rostro está confuso.

La voz se deshace en agradecimientos, pues precisamente tenía necesidad de liberarse de ese peso, y por suerte nunca faltan santos

varones dispuestos a prestar oídos, y mientras tanto va calmándose. Sus últimas palabras recuerdan que antes o después todos terminaremos en presencia del Altísimo.

El confesionario está vacío.

El hombre sin rostro se sobresalta. Abandona la nave: nadie.

Abre la palma que encierra la moneda. Las inscripciones son profundas tanto en la cara como en la cruz, tiene que acercársela para poder descifrarlas. Hablan su lengua.

UN DIOS, UNA FE, UN BAUTISMO.

UN REY JUSTO POR ENCIMA DE TODO.

LA PALABRA SE HIZO CARNE.

MÜNSTER 1534.

El hombre sin rostro se precipita fuera de la iglesia.

La luz lo deslumbra. Se detiene. No queda ni rastro del hombre-cillo.

El Reino de Sión. Münster. Venecia.

En medio, un mar de tiempo dominado por el enigma.

El Alemán. Que lleva el nombre de un muerto.

El espectro que ha llevado hasta allí aquella moneda.

Todo sucede demasiado deprisa, de repente, bajo la reverberación del cielo sobre el empedrado.

El campiello se anima con una extraña agitación. Jóvenes corpulentos de caras siniestras de posesos acuden de lados opuestos: las cascacas de los Nicolotti contra las de los Castellani. Primeros insultos, maldiciones, alguna pedrada, garrotes a la vista, luego un revoltijo de cuerpos enloquecidos ocupa la escena entera.

El hombre sin rostro, atónito, de espaldas a la pared, trata de ganar el estrechísimo callejón que flanquea San Giovanni.

A su lado aparece una criatura enorme que lo empuja en esa dirección. El hombre sin rostro se echa para atrás, impresionado por la increíble visión de una mujer de dos metros de altura, con un sombrero tan ancho como el mismo callejón, del que sobresale el alto tocado de Medusa, de blanco rostro y con los ojos perfilados de azul, los pezones al aire, pintados de rojo carmín, apuntados hacia él a la altura del rostro, los zuecos altísimos, avanza como sobre unos zancos y sonríe.

El hombre sin rostro no está ya seguro de lo que ve. Se vuelve y trata de alargar el paso por el callejón cada vez más estrecho.

Al fondo, el angelito está esperándolo. Hace grandes aspavientos: ven, señor, ven, aquí.

El angelito tiene diez años y sabe lo que debe hacer.

El hombre sin rostro no puede hacer más que ir al encuentro de aquella cascada de rizos dorados. Cuando ve la puerta abierta de par

en par en la oscuridad a su derecha, es demasiado tarde ya para tratar de echarse atrás. Bajo sus testículos centellea la hoja que el angelito esgrime con mano firme.

El hombre sin rostro no da crédito a lo que ven sus ojos.

El hermano del Sefardita se encarga de él, el frío de la hoja ahora en su cuello. Una expresión amable y casi una sonrisa en su semblante. Se cierra la puerta a sus espaldas. El hombre sin rostro desciende las estrechas escaleras hacia la débil luz de una antorcha. Nota el acre olor a moho, la humedad que penetra al instante en sus huesos.

El fiel amigo del Sefardita le coloca una capucha, le ata las muñecas tras la espalda. Nadie dice nada.

Le hacen sentarse en un banco maltrecho.

El hombre sin rostro no ve, no siente ya pasar el tiempo. El hermano del Sefardita dice que habrá que esperar, las explicaciones llegarán en el momento debido, no antes. Luego de nuevo el silencio.

El hombre encapuchado siente entumecidas todas sus articulaciones, mucho frío, dobla la espalda, estira las piernas, comienza a acusar la fatiga.

Al cabo de un tiempo infinito tres golpes sordos desde el fondo de la bodega. El hermano y el amigo del Sefardita lo cogen por debajo del brazo y se lo llevan, arrastrándolo hasta un angosto pasadizo. El hombre encapuchado no opone resistencia, piernas que flaquean, siente el chapaleo de una embarcación en el agua. Le hacen subir.

El Jorobado hunde la pértiga y arranca con la barca hacia el dédalo de canales, al amparo de la oscuridad.

El hombre encapuchado no sabe qué suerte le aguarda.

El Sefardita espera en una casa segura en la Sacca della Misericordia. El hombre encapuchado es desembarcado y acompañado al interior de la casa. Un rápido y continuo subir y bajar de escaleras, luego le hacen acomodarse en un sillón.

El Sefardita se sienta enfrente de él. El hombre encapuchado olfatea el cigarro y percibe una luz tenue.

El Sefardita es de modales amables e ideas claras. Dice que la desagradable situación de prisionero vuelve a todo hombre, aun al más fuerte, incapaz de prever el destino inmediato. Si esta le es impuesta además a quien está acostumbrado a decidir sobre los destinos ajenos, no es difícil imaginar la incomodidad que ello puede provocar. No obstante, añadir alguna noticia, que contribuya a aclarar un poco lo que está sucediendo, puede aliviar sin duda su peso.

El Sefardita dice que en Venecia hay que ser especialmente cautos a la hora de elegir a los informadores. Que en Venecia probables-

te ese es el oficio más extendido después del meretricio, o, mejor aún, se puede decir que no se diferencia en nada de este último. En Venecia los informadores no tardan en cambiar de bandera. Por lo demás, lo único que un espía pide es una buena paga y seguridad para su persona; quien sepa ofrecérselas, gozará de sus servicios. Por lo que es posible que semejantes inconvenientes sean debidos a las escasas remuneraciones ofrecidas por los inquisidores, o bien a la excesiva generosidad de sus adversarios. Y no deja de ser divertido que esa espléndida remuneración provenga en este caso de quien siempre ha sido calificado de avaro y usurero.

El hombre encapuchado oye avanzar sus pasos en círculo.

Al cabo de unos segundos la voz prosigue. Dice que fiarse de informadores poco leales ha sido ciertamente una ligereza, pero no la única. No dejar ninguna vía de salida al enemigo, en efecto, es una imprudencia no menos grave. Estrechar el lazo en el cuello de toda una comunidad, hacerle presagiar un futuro de sufrimiento y de muerte, no puede sino desencadenar reacciones sorprendentes. El hombre de espaldas contra la pared es el que mejor se defiende. La guerra, no solo la espiritual, es un arte refinado igual que la diplomacia, que deriva de ella. Y en este arte los judíos, a su pesar, están obligados a destacar. Cuando uno se ve rodeado, se urden tramas; frente a la muerte se lucha.

El Sefardita anuncia que habrá mucho más de que hablar, como por ejemplo de ese turco que se jacta de estar a su servicio por cuenta del Sultán. Pero cada cosa a su debido tiempo. Porque antes, tras unas pocas horas de reposo, le espera otro viaje.

El hombre encapuchado se deja extender en un camastro y cae en un sueño inquieto.

CAPÍTULO 41
Venecia, 3 de noviembre de 1551

Gélida claridad del alba.

Escruto las breves olas encrespadas de la laguna, que deben llevarme a la derrota. Ponerme frente a su rostro.

Isla de San Michele. Una iglesia, un claustro, un cementerio.

En pocos días cuajan los movimientos de toda una vida. Se juega la partida final, sin un resultado previsible.

Debe evitarse toda demora. El viejo baptista, la liebre herética, Tiziano, por fin descubierto. Su cazador en Venecia. Los judíos sujetos por una mordaza que lleva directamente al patíbulo.

Décadas de tramas y asaltos, traiciones y retiradas, actos atrevidos y remordimientos, se vienen abajo de golpe. Profetas y reyes de un único y trágico día; cardenales y papas y nuevos papas; banqueros, príncipes, mercaderes y predicadores; literatos, pintores y espías y consejeros y rufianes. Por todas partes, y para todos, la misma guerra. Estos, y yo entre ellos, son los más afortunados. Han disfrutado del privilegio de luchar en ella. Pobres miserables o nobles, bastardos o héroes, infames espías o caballeros de los humildes, sórdidos mercenarios o profetas de un tiempo nuevo, eligieron el campo de batalla, abrazaron una fe, animaron el fuego de la esperanza y de la vanidad. El campo de batalla no es otro que aquel en el que encontraron a quien había de desgarrar sus carnes; la fe, la que los traicionó en el último día; el fuego, la hoguera donde aún arden. Ellos fueron los artífices de la ambigua fortuna y de la incesante ruina. Llenaron, día tras día, la copa del veneno que había de matarlos.

Debemos pedir perdón, por una suerte demasiado propicia. Gozar hasta el fondo del privilegio. Elaborar un último plan. Intentar una salida alocada.

No quedarse mucho esperando. La vaga luz del amanecer comienza a dar forma a las lápidas y a las blancas cruces, rala tropa que desciende hasta el agua.

El campanario de San Michele destaca sobre la llana isla, apuntado hacia las estrellas que van desapareciendo una tras otra. Una brisa marina que le hace encorvarse a uno bajo el capote de lana. El cansancio se siente principalmente en las articulaciones y en el dolor martilleante detrás del ojo derecho. La atención se ve arrebatada por cualquier cosa, por cualquier detalle, pide una tregua, tras las largas noches de insomnio, con João al lado, proyectando la operación hasta sus

mínimos detalles. En lontananza, barcas de pescadores que regresan, virando en alta mar para evitar los insidiosos bajíos de la marea baja. Las primeras gaviotas alzan el vuelo o se posan en las calmas aguas.

Debería estar tenso, agitado. En cambio, advierto únicamente un gran cansancio en los huesos, los reumas, así como también un cierto titubeo. Tal vez en el fondo quisiera no saber. Quisiera mantener la sospecha que me ha acompañado todos estos años. Volver la página e iniciar una historia más modesta, hecha de blandas camas y afectos no menos acogedores. Arrastrarme lejos del campo de batalla y descansar, finalmente.

Pero los muertos volverían a interrogarme. Todos esos rostros insisten en la memoria y hablan de que es al último hombre que ha quedado en pie a quien corresponde ajustar las cuentas. Descubrir la verdad. Tal vez les debo más a ellos que a mí mismo, a aquellos que se quedaron en el campo de batalla, a los profetas traicionados por sus propias profecías, a los campesinos que empuñaron las azadas como si de espadas se tratara, a los tejedores que se convirtieron en soldados para destronar a obispos y príncipes, a los compañeros de toda la vida. Se lo debo también a los judíos, extraño pueblo de peregrinos sin meta que me ha acompañado en el último trecho del camino.

O bien no. A veces pienso que esta ha podido ser la ilusión que ha servido para que continuase, para trazar nuevas rutas, para no detenerse y admitir que por encima de todo han sido los años los que me han traicionado.

Lo uno y lo otro al mismo tiempo, tal vez. No consigo dar ya a las cosas la misma importancia de antaño. Y sin embargo debería hacerlo. Ahora que voy a tener la confirmación que he buscado durante tanto tiempo; ahora que la historia puede encontrar una conclusión. Ahora casi lo siento. Porque sé que me sentiré desilusionado de todas formas. Desilusionado de haber llegado hasta el final, desilusionado de reconocer al hombre que durante treinta años nos ha vendido al enemigo. No deja de resultar jocosos, ridículo, que sobre todo yo sienta ganas de pedirle que recuerde el pasado, de hacer resurgir de nuevo todos esos rostros. El único que conoce de verdad mi historia, que puede hablarme aún de aquella pasión, de aquella esperanza. Es el deseo estúpido y banal de un viejo. Nada más. O acaso no es más que el cansancio que arrastro, el sueño acumulado que apaga los ánimos.

En el horizonte aparece una barca, se dirige derecha hacia la isla. Está bien, es hora de acabar con esto.

El Jorobado acerca la barca al pequeño embarcadero. El hombre encapuchado es ayudado a bajar. El Sefardita le libera las manos y lo despoja de la capucha. Luego vuelve atrás y sube de nuevo a bordo.

El viejo se masajea las muñecas, entorna los ojos enrojecidos, rostro marcado por el cansancio y pelos grises revueltos. Se lleva una mano al entrecejo para masajearse una cicatriz profunda, luego clava la mirada en mí.

Trato de eliminar el polvo de los años de ese rostro.

Qoèlet.

Es él el primero en hablar:

–Una acción digna del capitán Gert del Pozo.

–¿Cuándo lo supiste?

La palma aprieta en la vieja herida:

–Volví a Münster. –Carraspea, arrebujándose en la oscura capa–. Te he buscado durante años y al final has sido tú quien ha dado conmigo.

–Pero ya lo sabías.

–No fue demasiado difícil: Tiziano el baptista, un rufián con el nombre de un hereje, Amberes, los supervivientes de Münster. Hace tres días tuve la última confirmación. Una trampa bien urdida. Solo podía ocurrirte a ti.

–Me dijeron que habías perdido la vida en Münster, tratando de forzar el cerco de los partidarios del obispo.

Se apoya en una de las lápidas, las manos en las rodillas, la mirada baja. Tampoco él tiene edad ya para gélidos amaneceres como este. Y sobre todo no tiene una razón para no recordar.

–Te fuiste la primavera del treinta y cuatro, en busca de dinero y municiones a Holanda. Me hiciste un favor: me hubiera desagradado ver que también a ti se te tragaba la ruina que me disponía a acelerar. Había llegado a Münster con un encargo: ponerme del lado de los anabaptistas en la lucha contra el obispo, convertirme en uno de ellos a todos los efectos, ayudarlos a transformar la ciudad en la Nueva Jerusalén, y en el momento oportuno hacer saltar por los aires aquella esperanza. Me presenté a Bernhard Rothmann con una espléndida donación para la causa, contándole que era un ex mercenario que había permanecido lejos de Münster durante muchos años. Más que mi historia pudo el dinero.

Miro a ese hombre encorvado, y me cuesta reconocer a aquel a quien confié la defensa de la plaza del Mercado en los días en que tomamos Münster. Solo es el despojo de mi lugarteniente, Heinrich Gresbeck.

Prosigue:

–Me junté a ti porque me dijeron que habías luchado con Thomas Müntzer: eras el único con el que podía contar. La llegada de Matthys, su rápido fin y la repentina aclamación de Beuckelssen como

sucesor suyo facilitaron el trabajo. Solo faltaba que te fueras tú. Me convertí en el confidente de Bernhard Rothmann, entonces la pálida sombra del ferviente predicador que había hecho alzarse a los anabaptistas contra el obispo. Desempolvé las lecturas de Wittenberg, me pasé días y noches discutiendo con él sobre el ordenamiento de la Nueva Sión, de las antiguas costumbres de los patriarcas de la Biblia para ayudar a su mente vacilante a alumbrar los absurdos más letales.

»Tampoco esto fue difícil: Beuckelssen se proclamó pronto el Nuevo David, rey de Sión, y tras la sugerencia del teólogo de la corte Rothmann, instituí lo de la poligamia, para restablecer las costumbres de los Padres. Fue el colapso. No recuerdo cuántas fueron las mujeres ajusticiadas por no haberse querido someter a las nuevas ordenanzas. De esos meses guardo un vago recuerdo, como de un sueño. El hambre, las casas puestas patas arriba para encontrar la última hogaza, los jueces niños, con la muerte en los ojos, señalando a todo aquel que sobraba por las calles. Cuerpos pálidos y demacrados que se arrastraban por la ciudad, ya inconscientes. Habría podido marcharme y dejar que el fin llegara por sí solo. En cambio, por alguna extraña alquimia, sentí que el último gesto de piedad solo podía corresponderme a mí. Tenía que poner fin a aquella agonía.

Endereza la espalda, con esfuerzo, como si le pesaran una barbaridad los hombros. Los ojos miran fijamente a un punto indefinido de la laguna.

—Salté las murallas, recorrí la media legua que las separaba del frente de los partidarios del obispo, a riesgo de recibir un disparo, me agazapé en un foso y me quedé allí durante horas, convencido de que si levantaba la cabeza ofrecería un excelente blanco a los mercenarios de Von Waldeck. Me capturaron y escapé a la muerte, reconstruyendo con barro un modelo de las murallas e indicando cuáles eran los puntos por los que se podía penetrar. No fue suficiente: tuve que demostrar lo cierto de cuanto afirmaba volviendo a subir por la noche a las murallas y volviendo incólume al campamento. ¿Recuerdas? Fuiste tú quien me confió el control de las defensas. Las conocía palmo a palmo. Solo yo podía hacerlo. El golpe de gracia me tocaba a mí.

Se dobla de nuevo, abrumado por el peso.

Le alargo las hojas amarillentas, polvo entre los dedos. Lee, manteniendo las páginas a distancia y frunciendo los párpados.

—Las has conservado durante todo este tiempo... —Me devuelve las cartas que le escribió al Magister Thomas hace veinticinco años.

—¿Estabas a sueldo de Carafa ya entonces?

—He sido la tesela de un mosaico que ha ido componiéndose a lo largo de decenios. Cuando me reclutaron solo era el ayudante de bi-

bliotecario de la Universidad de Wittenberg. Mi cometido consistía en no perder de vista a Lutero. En aquel entonces solo unos pocos se habían dado cuenta de lo que un pequeño y obtuso fraile agustino podía desencadenar. Carafa fue el primero en comprender que los príncipes alemanes lo utilizarían como ariete para hundir los portones de Roma y para castigar al arrogante vástago al que los Fugger habían comprado la corona imperial. En aquel enrevesado plan mi papel fue el de incitar el espíritu fogoso del mayor antagonista de Lutero, Thomas Müntzer, con el fin de alimentar el fuego de la revuelta campesina contra los príncipes y su apóstata de la corte. Mientras la rebelión se propagaba por toda Alemania, Roma se tomaba su tiempo y Carafa trataba de convencer a los cardenales del peligro que Lutero representaba. Pero luego las cosas se precipitaron. El jovenzuelo Emperador aún se reveló más ambicioso, a los ojos de Roma, que los pequeños principados alemanes. Desde aquel momento los protectores de Lutero se convirtieron en potenciales aliados contra el Emperador. Pero mientras tanto los campesinos alzados habían empezado a infundir miedo. La revuelta tenía que acabarse. Esas cartas sirvieron para lubricar el engranaje entero. Me valieron el ascenso por acto de servicio.

El viejo Gresbeck toma aliento, carraspea de nuevo, me mira. Una mueca:

—Tras el saco de Roma, en el veintisiete, Carafa se vio favorecido más allá de sus propias previsiones, nadie se atrevió a llevarle la contraria, pues había visto con acierto las cosas desde un principio: los luteranos eran gente descreída, a la que le daba una higa las excomuniones y que saqueaba la ciudad papal. Comenzó a acumular poder, escaló la jerarquía eclesiástica y siguió teniendo muy buenas premociones.

Las palabras me salen solas:

—Una red de espías en cada estado.

Asiente:

—Siempre conseguía tener las noticias antes que los demás, gracias a los muchos pares de ojos que mantenía en todo lugar clave. Por todas partes por donde sucediera algo relevante, podías apostar a que el viejo tenía allí a uno de los suyos.

Le insisto:

—¿Por qué te ordenó joder a los anabaptistas en Münster? ¿Qué tenían ellos que ver con Roma?

—Roma está en todas partes, Gert. En vosotros sobrevivía el espíritu de la rebelión contra los poderosos. Lutero había predicado la obediencia incondicional. Era suficiente: con los soberanos siempre es posible negociar. Con vosotros no, vosotros queríais sacudiros de

encima su yugo, predicabais la libertad y la desobediencia, Carafa no podía permitirse que ideas de aquel tipo se extendieran. Gracias a mis pormenorizados informes había podido conocer la fuerza de una masa que marchaba compacta, había visto también lo que podía hacer un solo predicador como Thomas Müntzer. Los anabaptistas tenían que sucumbir antes de que pudieran convertirse en una seria amenaza.

—Carafa volvió a convocar a todos sus espías a fines de los años treinta. El convento de los teatinos fue el centro de reunión.

Parece asombrado:

—Fuiste valiente. —Un estremecimiento le sacude los hombros, pero continúa hablando—: Se nos necesitaba en Italia. Carafa estaba a punto de obtener del Papa la aprobación de su proyecto: la constitución del Santo Oficio. Las motivaciones eran de lo más noble: contrarrestar la difusión de la herejía con nuevos medios. En realidad, esos medios los había utilizado el viejo ya contra sus adversarios en la misma Roma. Lo que había en juego era lo más alto.

—El solio pontificio.

El estremecimiento llega hasta mí.

—Y la aniquilación de todos sus adversarios. El inglés, Pole, lo había puesto en muchos aprietos, a su manera era un hueso duro de roer, pero Carafa jugó bien sus bazas. Y lo venció. Por un pelo, pero se salió con la suya.

—El beneficio de Cristo.

—En efecto. Yo me encargué de toda la operación. Al menos hasta que Carafa consideró que me necesitaba. Desde el principio sabía que detrás de Fontanini y de su libro estaba el círculo de Pole y de sus amigos. Sabíamos que los cardenales espirituales habían leído el libro y lo tomarían como punto de partida para su acción de acercamiento a los luteranos. De haberlo conseguido, Carlos Quinto habría reunido a la Cristiandad bajo su bandera en una cruzada contra los turcos y actualmente ya no tendría adversarios. Pero Pole no salió Papa y ahora los espirituales caen uno tras otro bajo los golpes de la Inquisición. El viejo teatino ha sido una vez más el más listo: ha vuelto el arma de sus adversarios contra ellos.

El sol ha despuntado en la laguna, un círculo rojo sangre que arroja su estela sobre el agua. Los pensamientos se agolpan en la mente, pero tengo que esforzarme por refrenarlos, debo saber, el tiempo resulta precioso.

—¿Qué tienen que ver los judíos en todo esto? Carafa ha establecido un acuerdo con los venecianos, ¿no es cierto?

Un nuevo gesto de asentimiento, los ojos cada vez más diminutos y hundidos por el cansancio:

—Los judíos no son más que una moneda de cambio. Todos tienen algún interés en su ruina: si los marranos son reconocidos culpables de practicar en secreto el judaísmo, los venecianos podrán requisar todos sus bienes. Carafa se los sirve en bandeja de plata y a cambio planta el estandarte de la Inquisición en Venecia, lanzando una operación a gran escala en el estado que es famoso ya por su independencia de Roma. Serán varios los soberanos en Europa a quienes les entre un sudor frío ante una noticia de este género. También esta vez te encuentras en el otro bando, capitán.

Me quedo en silencio, bajo el lento espumar de la marea y el chillido de una gaviota.

—¿Es esta tu tarea? ¿Mandar a la sombra a los judíos?

Una sombra atraviesa su mirada, como si tratara de hablar, la voz es un murmullo:

—Para eso fui mandado a Venecia.

El cansancio invade cada resquicio del cuerpo, el dolor de cabeza ha aumentado, me aprieto con un dedo la sien y me apoyo también yo en una lápida para aliviar mis piernas.

Heinrich Gresbeck escruta el horizonte, luego vuelve a mirarme a mí: los años no lo han perdonado, la noche ha sido larga e insomne para ambos.

—¿Cuál es la recompensa esta vez?

Sonríe:

—Un rápido fin, probablemente.

—¿Es esta la recompensa para el servidor más fiel?

Se encoge de hombros:

—Soy el único que conoce toda la historia desde el principio: Carafa no puede correr el riesgo de tenerme aún en circulación. No ahora que se dispone a asumir él todo el poder.

Dejo que mi mirada recorra las tumbas. En cada una podría leer el nombre de un compañero, volver a recorrer las etapas que me han traído hasta aquí. Pero no consigo sentir odio. No tengo ya fuerzas para despreciar. Miro a Gresbeck y no veo más que a un viejo.

CAPÍTULO 42
Venecia, 3 de noviembre de 1551

La embarcación pone proa mar adentro. Bernardo y Duarte reman a la vez, Sebastiano a popa, listo para evitar los bajíos con la pértiga o para virar. João a proa, a mi lado. El hombre encapuchado se sienta enfrente de mí.

Nos espera una de las naves de transporte de los Miquez, anclada a una milla de la ciudad, en el silencio roto tan solo por los golpes de remo en el agua y por los chillidos de las gaviotas.

¿Es así como termina un duelo que ha durado toda una vida?

Desde la carraca de Miquez nos lanzan una maroma y una escala de cuerda. Desde lo profundo, oigo a Gresbeck estallar en una carcajada, que suena lúgubre a mis oídos, como un presagio de muerte. Y también a los de João, porque, por un instante tan solo, pierde su proverbial sonrisa y gruñe en español:

—¿Por qué coño te ríes?

—Señores, sé que debería deciros muchas cosas. Pero por desgracia la situación no permite abandonarse a los recuerdos.

Mira fijamente a Gresbeck a la cara:

—Como habrá comprendido, Excelencia, soy João Miquez. El hombre al que estáis tratando de joder.

Gresbeck ni se inmuta, callado.

Para João no es este un día de sonrisas.

—El alcance de vuestro acuerdo con las diez carroñas del Concilio ha de ser tal, y tan explícito para ambos, que debe haceros pensar que basta con las más ridículas patrañas. Como esa que se os ha ocurrido sobre las confesiones de... ¿cómo se llama? Tanusin Bey, me parece, que acusa a mi familia de estar a la cabeza de la red de espías del Sultán en la Serenísima. Me pregunto de qué inmundo lugar lo habéis sacado. Me imagino que no os habrá sido difícil convencer a cualquier matachín para que se preste a vuestros fines.

Gresbeck permanece mudo, impasible.

Miquez continúa:

—¿Y qué decir de los procesos por prácticas judaizantes? Primero nos obligasteis a besar la cruz con los haces de ramas de la hoguera ya encendidos y ahora nos venís a decir que lo hicimos por simple conveniencia y que en realidad somos los mismos de siempre. —Asiente

para sí-. Está bien. Os han mandado aquí desde Roma para quitarnos de en medio. Y los venecianos os dejarán actuar, mejor dicho, os ayudarán en la tarea. Son unos locos y acabarán en la ruina. Vos y yo lo sabemos. No hay uno solo de los mercaderes de aquí que en cinco años no haya hecho negocios con mi familia. No hay uno solo de los chacales que se sientan en el Consejo que no haya contraído préstamos con nosotros. Sin los judíos Venecia hará aguas, el Sultán se aprovechará de ello y los negocios se acabarán, esta ciudad volverá a ser un simple escupitajo en los mapas, aplastado entre los imperios. Estos aristócratas tan llenos de vanagloria están condenándose a convertirse en pequeños hidalgos de campo.

Suspira:

-Pero da lo mismo. Si así lo han decidido, sabed, Excelencia, que no nos dejaremos encarcelar sin replicar. Los mercaderes que dependen de los cordones de mi bolsa han anunciado ya que suspenderán todo comercio con Oriente si las autoridades no ponen fin a esta indiscriminada caza de judíos. Y por lo que se refiere a vos, si lo que dice vuestro viejo conocido aquí presente es cierto, creo que el cardenal Carafa deberá prescindir en esta ocasión de su primer agente.

Gresbeck continúa mirando sin pestañear, con expresión inofensiva y el cansancio pintado en el rostro, la respiración pesada.

João se levanta y pasea arriba y abajo pensativo.

-No es precisamente agudeza lo que os falta, señor mío, y sois capaz de comprender sin duda lo que me interesa.

Vuelve a sentarse. Silencio. Solo el chapaleo de las olas y pasos amortiguados por la cubierta. La luz del día entra por dos grandes ventanas laterales iluminando el camarote del capitán: una mesa, dos sillones y un catre.

Levantarme me cuesta un inmenso esfuerzo. Gresbeck me dirige una serena mirada. Me siento en un borde del escritorio, apartando el pedazo del mapa del Adriático. Me toca a mí.

-La ventaja de haber llegado hasta aquí es que no tenemos ya ninguna necesidad de engaños mutuos. A los cincuenta años no tengo ya el fuego sagrado de la revuelta en las venas, y hace dos noches que no pego ojo. El cansancio me ayudará a ser claro, a ahorrarme las palabras. -Me aprieto las sienes con los dedos para aliviar la jaqueca-. Tu jodido amo tiene setenta y cinco años. Una edad que la mayor parte de los hombres pasa bajo tierra. Lo que yo me pregunto es qué pretende ese viejo inmundo de sí mismo, de sus hombres y de nosotros. Me pregunto cuál es el verdadero móvil que lo ha impulsado todos estos años. ¿Derrotar la herejía? ¿Castigar los intentos de liberación de los pobres miserables? ¿Crear los tribunales de la conciencia para controlar el pensamiento de los hombres? Me pregunto

de qué ha servido acumular todo ese poder. Y más ahora que las cabezas de los cardenales espirituales caen una tras otra y que en Venecia avanza la reacción contra los judíos, me pregunto por qué. No es el dinero de los sefarditas, ni los negocios de la Serenísima, ni el ajuste de cuentas con los enemigos espirituales. Y tampoco el solio pontificio, Heinrich. A los setenta y cinco años no. Hasta ahora Carafa no se ha propuesto como papable. La apuesta es algo más alta que todo esto junto. Algo que pende sobre nuestras cabezas. Para comprender lo que está sucediendo aquí, qué nos espera, tenemos que conocer sus designios hasta el fondo.

Bajo los bigotes de Gresbeck una sonrisa sin arrogancia.

Respira ronco, voz profunda:

—El Plan. Ese en el que lleva trabajando Carafa toda la vida. Lo que llena la boca del más modesto clérigo de campo, que campea en los estandartes de los ejércitos, en las espadas de los conquistadores del Nuevo Mundo, en los frontones de las parroquias y de las catedrales. —Deja caer las palabras como si fueran piedras—. A la mayor gloria de Dios.

Apenas menea la cabeza:

—Imponer un orden en el mundo. Permitir a la Iglesia de Pedro el seguir siendo el árbitro indiscutido del destino de los hombres y de los pueblos. Más que nadie, Carafa ha comprendido en qué se basa un poder milenario. Un mensaje sencillo: el temor de Dios. Un aparato gigantesco y complejo que lo inculque en las costumbres y en las conciencias. Difundir el mensaje, manejar el saber, observar y cribar el espíritu de los hombres, perseguir todo impulso que ose rebasar ese temor. Carafa se ha arrogado la inmensa tarea de poner al día los fundamentos de ese poder, a la luz de los nuevos tiempos. La ambición que él encarna ha bebido de toda debilidad del cuerpo de la Iglesia, consiguiendo transformarla en un punto fuerte. Lutero fue su primer enemigo acérrimo y su mejor aliado. Sin hacer mella en el temor de Dios, el fraile agustino puso a todos frente a la necesidad de un cambio. Fueron los hombres más inteligentes los primeros en reparar en ello, como Carafa, como Pole, como los fundadores de las nuevas órdenes monásticas. A más de treinta años de distancia, los únicos que han quedado aún en el juego. Era preciso responder con armas adecuadas al desafío lanzado por Lutero. Y de esto surge el conflicto: Pole y los espirituales estaban dispuestos a mediar con tal de mantener unida a la Cristiandad. Carafa no, prefería librar a los protestantes a su suerte antes que ceder aunque fuera el menor resquicio de la autoridad absoluta de la Iglesia: era preciso rebatir a los luteranos devolviendo golpe por golpe, hacer limpieza en la propia casa y dotarse de aparatos nuevos que aceptaran el desafío. De haber-

se impuesto los espirituales, ello habría supuesto para Roma la pérdida de su primacía. Si a un fraile cualquiera o incluso a un laico como Calvino le hubiera estado permitido discutir de igual a igual con el descendiente de Pedro, ¿qué habría sido del orden milenario? ¿Qué habría sido de la Iglesia de Roma? ¿Qué habría sido del Plan?

Gresbeck se detiene, exhausto.

Miquez no puede contenerse más:

—En el punto en que estamos, señor mío, la pregunta que hay que hacerse es más bien otra. ¿Qué será de nosotros?

El mismo tono calmo:

—Seréis sacrificados.

Lo miro a los ojos:

—A la mayor gloria de Dios.

—Por supuesto. Y esta vez, micer Miquez, no será como en Portugal, o en España o en los Países Bajos. Esta vez será para siempre. El proceso abierto contra doña Beatrice ha sido puesto ya en marcha; se resolverá en un par de días. Lo único que a los venecianos les interesa es vuestro dinero. Carafa busca una demostración de fuerza de la Inquisición. Quiere reduciros a la impotencia, hacer el vacío en torno a vosotros y aplastaros. Y que la lección sirva de aviso para todos. No podéis comprar vuestra salvación tal como hicisteis en el pasado: los hombres de Carafa son incorruptibles, tienen una misión que cumplir y conocen muy bien cuál es su trabajo. No hay paro de mercaderes que pueda espantarlos, les importa un rábano. Tenéis razón, Venecia sufrirá por ello un daño irreparable, pero quien no sepa adaptarse a los nuevos tiempos, está destinado a perecer.

João está negro, rígido en la silla como una estatua de caoba, no habla.

Gresbeck se dirige a mí:

—Y también tus anabaptistas están a punto de ser borrados del mapa. Del primero al último.

—Imposible.

—La idea de Tiziano era una buena idea. Pero no existe ningún plan perfecto; confiar en la persona equivocada es el tipo de error que acaba pagándose.

Un vuelco en el estómago.

—Hará dos semanas Pietro Manelfi se entregó a la Inquisición de Bolonia. Una memoria realmente sorprendente. Proporcionó todos los nombres, los oficios y las localidades de origen de los afiliados a la secta. Naturalmente, habló también de Tiziano. Si continúa siendo tan condescendiente se ganará el perdón.

Respiro hondo, todo se precipita en mi cabeza. Luego, un presentimiento:

–Lo encontraste tú.

Carraspea:

–Estaba tras sus pasos desde hacía cierto tiempo, esperaba que me condujese a ti. Cuando recibí la noticia salí precipitadamente hacia Bolonia. Apenas el tiempo justo de verlo, pues Leandro Alberti, el inquisidor, había decidido ya enviarlo a Roma para no tener que asumir la responsabilidad de un asunto de esta envergadura. En este momento Manelfi comparece ante la Congregación del Santo Oficio para repetir sus confesiones. Todos aquellos a los que bautizaste en estos años tienen los días contados. –Los ojos grises pasan de mí a João–. Habéis sido valientes. Imprimir El beneficio de Cristo, entrar en contacto con todos esos literatos. El golpe de Pontormo ha sido admirable. El anabaptismo era una idea tan absurda que habría podido funcionar. Pero no podíais saliros con la vuestra. No contra Carafa.

João desenvaina la espada con un gesto rápido y elegante:

–Entonces, Excelencia, dejadme que por lo menos me dé el gusto de mandaros personalmente al infierno, privándoos del placer de asistir al resultado de vuestro sucio trabajo.

Gresbeck no se mueve, no mira la hoja.

Levanto una mano:

–No. No lo has dicho todo. Sabías qué suerte te aguardaba, lo sabías desde que me viste ante ti. Podías callar. Podías no decir nada y aceptar la muerte dejándonos en la incertidumbre.

Sonríe:

–Mi tiempo ha vencido, Gert. Cuando los judíos hayan doblado la rodilla Carafa me querrá muerto. Son demasiadas cosas las que sé.

–¿Hay algo más, no es cierto?

–No existe ningún plan perfecto. No existe ninguna trama que pueda verse libre de imprevistos. Y un imprevisto existe siempre, un pequeño detalle que pone en peligro todo en el último momento, considerado irrelevante y olvidado, pero que de repente se convierte en la palanca que puede hacer saltar todo el mecanismo.

João ha bajado la espada:

–¿De qué está hablando?

Gresbeck:

–Tampoco yo tengo ya ese fuego en las venas, Gert. Estoy ya muerto. Que seas tú o un sicario de Carafa, no cambia mucho las cosas. He cumplido órdenes toda mi vida. Puedo permitirme un final distinto del que me está reservado en la próxima esquina. Puedo permitirte a ti, al capitán Gert, al adversario de toda la vida.

–¿Por qué?

–Porque somos las dos caras de la misma moneda, porque hemos librado la misma guerra y ninguno de los dos ha salido triunfante de

ella. El campo de batalla es de Carafa, la esperanza de los pobres miserables se ha hundido en el fango, pero también Qoèlet debe abandonar la escena.

Esta vez soy yo quien sonrío, las palabras me salen lentas, como si las sopesase en la lengua:

—Te equivocas, Heinrich, aunque pueda parecer fácil creerlo, tú y yo no somos en absoluto iguales. Tú has hecho la guerra de otro, has obedecido órdenes, has desempeñado un papel en su plan. Has servido toda tu vida, por un final que ni siquiera te ha sido dado ver realizado: esta es tu derrota. No has sido derrotado en el campo de batalla, como esos miles de miserables y herejes que lucharon contra sus señores y contra el poder de Roma. No te queda nada, ni siquiera el sentimiento de lo que has hecho. Es por esto por lo que debes ofrecerme la última oportunidad, porque es también la tuya, la última ocasión de recuperar la vida que has vendido a otro.

Permanece en silencio. Introduce la mano por debajo del jubón y me alarga una hoja:

—Manelfi no dio solo los nombres de sus hermanos de fe. Contó una historia, delante del inquisidor. La de un hereje que iba de aquí para allá rebautizando a la gente y la de un cardenal que luego se convirtió en Papa. Una historia que, si llegase a los oídos adecuados, desbarataría todo el plan de Carafa.

Et in primis interrogatus de quis eum initiavit doctrinae anabaptistae, respondit:

En Florencia Tiziano comenzó a predicarme la doctrina anabaptista y me rebautizó diciendo que yo no lo estaba porque no tenía fe cuando de niño fui bautizado, y otras viejas opiniones de los anabaptistas, a saber; que los cristianos no pueden estar al cargo de magistraturas y señorías, dominios y reinos, lo cual es uno de los principios fundamentales de los anabaptistas; sin embargo, no había llegado a ninguna conclusión todavía contra la divinidad de Cristo y otros artículos nuevos establecidos y resueltos en el concilio que se celebró en Venecia, como he dicho más arriba.

Y el dicho Tiziano dijo que los anabaptistas gozaban de la benevolencia de Nuestro Señor Julio III, cosa que podía atestiguar por haberle conocido personalmente antes de que fuera nombrado Papa.

Interrogatus an credat dictum Ticianum convenisse ad cardinalem Ioannem Mariam Del Monte, respondit:

El dicho Tiziano me dijo que había hablado con el susodicho reverendísimo cardenal durante toda una noche sobre distintos asuntos. Y más concretamente sobre ese famosísimo libelo, «Beneficium Christi», y de su autor; fray Benedetto Fontanini de Mantua. Tiziano me dijo que había discutido con Su

Señoría acerca de la herejía de dicho libelo, mostrándose de acuerdo en que no había ninguna en él. Item pidió que Su Señoría intercediese por el arriba mentado Fontanini, encarcelado en Padua, puesto que lo consideraba inocente. Dado que Fontanini fue luego puesto en libertad, yo creí en lo dicho por Tiziano.

Item Tiziano frecuentó a muchos literatos, cortesanos y hasta señores, tratando de convencer a todos ellos de la bondad de la doctrina anabaptista y del susodicho «Beneficio de Cristo». Tal hizo en Florencia con los cortesanos de Cosme de Médicis, y también en Ferrara, con la princesa Renata de Este.

Item hizo el mismo esfuerzo por convencer a Nuestro Señor a la doctrina anabaptista, Tiziano, mencionado en mi confesión, de quien no conozco más que su nombre de pila y por cuanto sé fue él quien trajo esta doctrina anabaptista a Italia, y va siempre persuadiendo y enseñando la dicha doctrina.

Espera a que João haya terminado también de leer:

—Es la parte más sorprendente del procesado Manelfi, la deposición que Pietro Manelfi hizo a Leandro Alberti, inquisidor de Boloña. Una copia llegó a Roma juntamente con el arrepentido, y no os quepa duda de que será debidamente sometida a minucioso análisis tan pronto como alguno de los hombres de Carafa pueda ponerle los ojos encima. La segunda copia, completa de firmas y refrendos, la recibí del propio Alberti, con el fin de entregársela personalmente a Carafa. Volví a copiar ese pasaje antes de depositar el expediente completo en la filial de los Fugger del Fondaco dei Tedeschi. Seguramente es el depósito más valioso que hayan tenido nunca en su caja de caudales, y afortunadamente no lo saben: en él se dice a las claras que el número uno buscado por la Inquisición, Tiziano el baptista, pudo acercarse al cardenal Del Monte antes de que este fuera elegido Papa, y convencerlo de la inocencia de El beneficio de Cristo, hasta el punto de empujarlo a interceder por la excarcelación de su autor. Es cierto que Fontanini salió de prisión gracias a la intercesión de un poderoso. El general de la orden benedictina conoce personalmente al papa Del Monte. Hay pruebas tangibles de la veracidad del relato.

Mi carcajada suena como una confirmación:

—Parece cosa de locos, pero es así.

Miquez se queda perplejo:

—Sigo sin comprender qué hay de tan valioso en él.

Gresbeck, serio:

—Ghislieri y sus compadres están exigiendo a los espirituales uno por uno sus responsabilidades por la difusión de El beneficio de Cristo en sus diócesis. Carafa, en el Concilio de Trento, está acusándolos abiertamente de no haber impedido su circulación y en muchos casos incluso de haberla favorecido. ¿Qué pensáis que sucedería si los

propios inquisidores tuvieran conocimiento del interés del Papa por el autor y por el contenido de El beneficio de Cristo? ¿Qué sucedería si los cardenales procesados, valiéndose de este testimonio, anulasen los cargos que hay contra ellos?

João se inclina sobre la mesa:

–Carafa estaría jodido. Pero ¿quién garantiza que este documento exista de verdad?

–Ni yo ni vosotros tenemos nada que perder.

CAPÍTULO 43
Venecia, 5 de noviembre de 1551

Dos días en vela, aliviados por ocho horas de sueño, bastan para imposibilitar que un cincuentón lleno de achaques se ate como es debido su jubón. Solo al tercer intento recobro por fin mi confianza en lo que hago todos los días. Dejo subir del estómago la agitación necesaria para sacudirme de encima el cansancio.

Gresbeck está ya en el zaguán, envuelto en el capote, con la espalda apoyada contra la cómoda y la cabeza abandonada hacia atrás, como si tratara de concentrarse con la ayuda de largos suspiros. No llevará consigo armas de fuego. Solo una hoja corta, lo mínimo. Es tan viejo como yo. Más cansado. Puedo fiarme de él.

Sujeta a la muñeca, prietamente fajada por una ligera tela oriental, multicolor, doblada varias veces sobre sí misma, de una anchura de unos cinco dedos, cubriendo poco menos que la mitad del antebrazo.

Entrará en la agencia sin despertar sospechas. Tiene carta blanca, los Fugger saben con quién están.

Ceñidos guantes de piel oscura, reluciente, fina, de los curtidores españoles, que me regaló el joven Bernardo Miquez.

Extraño destino, el ajuste de cuentas no es como te lo esperas. Devuelve la imagen reflejada por el suntuoso espejo, tan alto como yo y el doble de ancho, de la residencia de los Miquez, en el extremo de la Giudecca. No es como te lo esperas. Barba rala gris que enmarca el rostro.

Deberá entretenerse el tiempo necesario para retirar el legajo, nada de cumplidos.

La vieja prominencia en la nariz presiona ligeramente la punta hacia la izquierda. El cabello atado tras la nuca y alisado con aceite, obsequio de Beatrice. Las pistolas terciadas al cinto, acaricio el mango del cuchillo asegurado a la espalda.

Vendrá a mi encuentro, pasándome la pequeña bolsa de tela con el documento dentro.

Cubro las armas echándome al hombro el ala del capote. Una ojeada a Heinrich, reflejado en el espejo, en la misma posición.

Sebastiano nos espera en la embarcación.

Tras el intercambio, saldremos por el lado opuesto del Fondaco, directamente al Gran Canal. De allí, al Tonel. Luego hacia tierra firme.

De repente aparece João; todo está listo. Una seña a Gresbeck, en marcha.

Tomamos por río del Vin, entre las cúpulas de San Marcos y el campanario de San Zaccaria. Sebastiano empuja la barca, Gresbeck y yo sentados uno enfrente del otro. Relaja la tensión de los músculos en el cuello, masajeándose largamente. Nadie siente ninguna necesidad de hablar. Tras una amplia curva tomamos por río San Severo, un recorrido tortuoso. Pasamos por debajo de un par de puentes hasta río San Giovanni, luego a la izquierda, el canal se abre, siempre recto.

Desde tierra firme a toda velocidad hacia Trento, remontando el valle del Brenta. Dos días a todo galope, parando tan solo para hacer los relevos, escoltados por seis de los mejores hombres de los Mi-quez. Alcanzar a Pole a toda costa.

En el cruce con río dei Miracoli tomamos a la izquierda, hasta río del Fondaco. Desembarcamos.

Entregar en mano al cardenal inglés la confesión de Manelfi. Solo Heinrich puede hacerlo.

Cincuenta pasos y estamos dentro. En torno a la entrada algarabía de corrillos: me cruzo con la mirada de Duarte. Solo un gesto con la cabeza. Gresbeck está a mi lado. Entramos en el cuadrilátero del Fondaco dei Tedeschi.

En el centro del patio destaca el pozo, realzado por dos escalones de piedra. Es mi sitio. Ir y venir de hombres de negocios, el inevitable puesto de despacho de cerveza.

Gresbeck dobla bajo el pórtico a la izquierda, se dirige recto hacia la agencia de los Fugger. A la altura de la tercera arcada, entra.

Toco las empuñaduras bajo el capote.

Tres filas de pórticos se alzan en los cuatro lados del patio. Cinco arcadas en tierra, diez en cada uno de los órdenes superiores, cada vez más bajas a medida que se asciende.

A la derecha, cuatro personas discuten acaloradamente, contando con la punta de los dedos.

Un hombre apoyado en una columna, en la salida que da al Canal.

En el ángulo del fondo, a mis espaldas, un grupo de alemanes se pasa unos papeles.

La mirada prosigue su ronda. Otros hombres atareados, entran y salen de continuo, recorren el pórtico. Desde el primer piso, el ruido de los parroquianos de la cervecería, asomados al patio, enfrascados en la charla.

En la entrada principal, más allá del ir y venir, dos hombres de negro están apostados a los lados.

Bultos bajo las capas.

Miran fijamente a la puerta del banco.

Mierda.

Gresbeck está dentro aún. A la derecha, los cuatro no han dejado de contar. El más apartado hace un gesto como queriendo indicar la agencia: esperar. Mira hacia las arcadas superiores, a mis espaldas.

Me vuelvo. Desde la cervecería otro sicario no pierde de vista el banco.

El que está apoyado en la columna sigue allí. Ojos en la misma dirección.

Es una trampa.

Nos joderán.

De nuevo en la entrada principal. Los dos cuervos están nerviosos por el alboroto que llega del exterior.

Duarte entra en el Fondaco a la cabeza de los mercaderes de Rialto. El ruido va en aumento.

La agencia.

Gresbeck viene a mi encuentro. Levanta el brazo apuntando con la pistola.

Me has jodido de nuevo.

Hace fuego.

A mis espaldas un hombre se desploma y grita, caído sobre el pozo. Ruido de hierros por el suelo.

Los mercaderes invaden el patio.

Gresbeck me alarga la bolsa:

—¡Vamos, coño!

Un clamor indistinto, me veo absorbido por el enorme gentío, remonto la corriente que me sirve de escudo, empujones y gritos en todas las lenguas.

Pietro Perna se planta ante mí. Me arrebató la bolsa de la mano y me la cambia por una igual.

Guiña el ojo:

—Habemus papam!

Se escabulle fuera de la muchedumbre, hacia la entrada principal. La confesión de Manelfi está a buen recaudo.

Me dejo llevar por la marea de los mercaderes de Rialto que forman un enjambre en sentido opuesto, hacia la salida al Canal. No veo a Gresbeck, llego al portal llevado en peso por una nube de hombres vociferantes que parecen enloquecidos. Golpes, gritos. El sicario de la puerta es rápidamente arrollado. Gresbeck reaparece a mi lado, se abre una brecha y somos arrojados dentro de la barca.

Vamos, vamos, al Tonel.

Pasamos por debajo del puente de Rialto, Sebastiano empuja la barca con todas sus fuerzas; tomamos por río San Salvador.

Las manos me tiemblan de la agitación. Sofoco de la cabeza a los pies.

No estoy seguro de lo que ha sucedido. Enfrente de mí el rostro de Gresbeck parece tranquilo, sorprendentemente impasible.

Mientras tomamos a la derecha, por río degli Scoacimini, pide que le pase un poco de pólvora y vuelve a cargar la pistola. Se vuelve hacia atrás, hace un ademán de expresión tranquilizadora: no están siguiéndonos.

Pongo en orden mis ideas, me paso las manos por el rostro.

—¿Dónde la has cogido?

—Gert, en los Fugger uno puede depositar cualquier cosa. Sé lo que has pensado. Pero como ves no he respondido mal a tu confianza. Tampoco en Münster te equivocaste al hacerlo: Heinrich Gresbeck fue un buen lugarteniente.

—He creído que ese disparo era para mí.

—Esos eran sicarios de Carafa. La presa era yo. Me pregunto cómo podían estar ya allí esperándome.

Rio dei Fuseri, lo remontamos hasta río San Luca para desembarcar de nuevo en el Gran Canal. Nos dirigimos directamente a río dei Meloni.

—Los Fugger saben con quién juntarse, Heinrich. Su proverbial reserva desaparece frente a quien garantiza que Dios está de su parte. Han sido ellos quienes han dado aviso a Carafa.

Se entrevé la entrada de río Sant'Apollinare, viramos. Ya casi estamos.

Gresbeck sacude la cabeza:

—La caza acaba de comenzar. ¿Cómo llegaremos a Trento? Aunque lo lográramos, Carafa estará esperándonos con los brazos abiertos.

La barca atraca.

Una mueca que quisiera asemejarse a una sonrisa:

—Somos viejos, Heinrich. Lo intentaremos.

Saca un pequeño cuaderno del bolsillo. Hojas amarillentas, envueltas en una tira de cuero atada con un lazo.

—En la caja de caudales de los Fugger había también esto. Es el único rastro de mi paso. Tómallo, capitán, tuyo es.

Me lo meto en la manga. Saltamos de la barca.

Recorremos el estrechísimo callejón uno detrás de otro hasta la puerta trasera del Tonel.

El ajuste de cuentas no es como te lo esperas.

CAPÍTULO 44

Venecia, 5 de noviembre de 1551 (un instante después)

—¡Bastardos asquerosos, amigos de los cabrones judíos! —Un bofetón—. ¡Se acabó la fiesta!

Pietro y Demetra atados a la silla, tumefactos.

—¡Feo enano de mierda, quiero divertirme antes de ver cómo te asas aquí dentro!

Olor a pez.

Entro a paso lento, apuntando con las armas, el Mulo no consigue darse la vuelta cuando el disparo a bocajarro le revienta la espalda. Cae redondo al suelo.

Apunto con la otra pistola.

Gresbeck con la suya.

Ellos son tres.

No les ha dado tiempo a sacar sus armas.

Unos ojos como platos sobre los cañones.

Inmóviles.

Con el rabillo del ojo: la bolsa. Sobre el mostrador. La confesión de Manelfi.

Adelantarse y cogerla.

Pero es Heinrich quien se mueve, lentamente, a lo largo de la pared, apoya la mano sobre el pulido mármol.

Es suya.

Una sombra en las escaleras, detrás de él.

—¡Cuidado!

Se vuelve de golpe, la hoja le pasa rozando la cara, su pistola hace fuego, le da en pleno pecho, el sicario del Mulo rebota contra los escalones.

El que está al lado de la chimenea da un patadón al recipiente, la pez se derrama sobre las ascuas, una llamarada que llega al techo.

Se abalanza sobre mí, empuñando la hoja.

Como el mordisco de un perro en el brazo izquierdo.

Pego un alarido.

Lo cojo por el pelo de detrás de la nuca mientras pierde el equilibrio y le chafó la cara contra la esquina del mostrador.

Las llamas trepan por las cortinas, corren por el suelo hasta los pies de Perna y Demetra.

Rápido, sin preocuparse por el dolor desgarrador.

Suelto las ataduras.

Libero a Demetra.

Luego a Pietro. Murmura entre sollozos:

—¡Hijos de puta!

Más allá de la cortina de fuego veo a Gresbeck sacar el puñal.

Uno contra uno.

Aquel duda.

Heinrich sonríe. Clava la hoja con un impulso instantáneo.

Un estertor, el muy bastardo echa el alma por la boca.

Toso, el humo ha invadido la estancia. Demetra sufre un vahído, la arrastro en peso con el único brazo. Hasta la salida. Estamos fuera. Una estela de sangre. La mía. La cabeza me da vueltas, las piernas no me sostienen.

Perna tose:

—La bolsa... la confesión...

Me vuelvo, Gresbeck no está.

He de volver dentro. Debilísimo, la náusea oprime el estómago, la vista nublada. Respiro hondo, no puedo perder el sentido. Recorro los pocos pasos hasta la puerta, una distancia infinita.

Desde el umbral entreveo su forma en medio de la sala: la bolsa en la mano.

Entre él y yo una cortina de fuego.

Un estrecho paso, bloqueado por dos mesas derribadas.

—¡Por aquí!

Una rodilla cede.

La máscara fragmentada del Mulo se alza entre el humo, a sus espaldas. Empuña un atizador.

Grito, mientras cae el golpe.

Se desploman ambos.

Dejo de verlos. No, Gresbeck vuelve a levantarse, se tambalea. No tiene ya la bolsa, mira alrededor.

Un instante.

Justo el necesario para ver caer sobre ellos el arquitrabe del techo.

CAPÍTULO 45
Costa ferraresa, cuatro días después

La larga y estrecha embarcación es arrastrada a un banco de arena por los marineros. Con el brazo sano ayudo a Demetra a arrastrar los bajos de la falda empapados de agua. Perna, por su parte, sumergido hasta la cintura, maldice en voz baja.

Nos detenemos en la playa, bajo el opaco sol que no calienta.

Demetra me toca el vendaje:

—Trata de no mojarle la herida. Y come mucha carne, pues has perdido mucha sangre.

Le sonrío, el afeitado apenas consigue disimular los morados de su rostro.

—No te preocupes, has hecho un excelente trabajo en este maltrecho brazo. Quedará como nuevo.

João y Bernardo estrechan la mano al pequeño Pietro.

—¿Estáis seguros?

Perna abre los brazos, los puntos de sutura en el pómulos lo obligan a mantener un ojo cerrado:

—Vamos, João, ¿tú me ves a mí entre los mahometanos? El turbante no me pega en absoluto y luego esa gente no toma vino. ¡No bebe ni siquiera agua! No, gracias, eso no va con Pietro Perna da Lucca. Prefiero quedarme.

Lanza una mirada complacida a Demetra:

—Estaré en excelente compañía.

Bernardo lo abraza levantándolo en peso.

Duarte lo besa en la mejilla ilesa, haciéndole enrojecer.

Los ojos esmeralda de Demetra relucen.

Le acaricio el rostro:

—¿Qué harás ahora?

—Volveré a comenzar en otra parte, creo. O tal vez acepte la propuesta de Pietro. Saldré de esta, no temas.

Perna está incómodo:

—Ferrara es siempre una buena plaza, ¿entendido? Un buen punto de partida para empezar. Tengo aún varios contactos repartidos aquí y allá por Italia, habrá mucho que hacer. Seguirán imprimiéndose libros, amigo mío, no temas, el ingenio de los hombres encontrará la manera de reaccionar contra los Índices e incluso un día hasta de borrarlos del mapa. Siempre hará falta alguien que vaya por ahí vendiendo libros, no te queda duda.

–Dicho por ti, Pietro, suena como una garantía.

Se ríe a carcajadas emocionado. Nos abrazamos.

João señala el sendero al borde de la pineda:

–El coche está esperándoos.

Pietro recoge la alforja:

–Adiós, cabeza cuadrada de alemán. –Baja la voz–. Y cuidadito con el nalgatorio entre los mahometanos y cuidadito también dónde metes el pájaro, ¿entendido? –Luego sonríe–. ¡Adiós a todos!

Demetra:

–Buena suerte, Ludovico. Y buen viaje.

–La mejor suerte para los dos.

Se encaminan por la húmeda arena. Él, pequeñajo y rechoncho; ella, alta y elegante. En el lindero de la pineda, Perna se vuelve hacia nosotros, haciendo grandes aspavientos en un último saludo. Grita algo que se lleva el viento.

Los vemos desaparecer entre los pinos.

João se pone a mi lado:

–Tenemos que irnos. La barca de doña Beatrice debe de haber alcanzado la nave.

Nos recibe en la cubierta de la nave capitana de la flota de Miquez. El viento ha soltado algunos mechones del peinado, sin restarle nada de fascinación como mujer, o, mejor dicho, confiriéndole un aire sensual que afecta al bajo vientre y al corazón.

Le beso la mano, manteniéndola durante un instante entre las mías:

–La perspectiva de viajar a tu lado hace más dulce la derrota, Beatrice.

Se aparta el pelo del rostro con una caricia:

–¿Derrota, Ludovico? ¿De veras lo crees? ¿No estamos acaso vivos y somos libres de surcar los mares?

Bernardo dirige algunas órdenes al capitán de la nave, de un extremo al otro de la cubierta resuenan los silbidos y las advertencias.

Le sonrío:

–Tienes razón.

No añado nada más. La hija y la joven criada la acompañan al camarote.

Desde el castillo de popa, João me hace señales de que vaya.

–El capitán dice que el viento es favorable. Mejor no perderlo. Llegaréis a Lissa dentro de un par de días como máximo. Luego Ragusa. Otros dos días para Corfú. Una vez en Zante, estaréis fuera del alcance de los venecianos.

–¿Qué significa?

Baja la mirada:

—Bernardo y yo nos volvemos a Venecia.

—¿Os habéis vuelto locos? Os quieren muertos.

El sefardita mira fijamente la línea de la costa esfumada por la niebla.

Suspira.

—Ludovico, tú no puedes comprender. Somos una familia: tenemos un patrimonio que defender. Mi tarea no es otra que tratar de recuperar todo lo que sea posible de las garras de los venecianos. Y créeme, no lo he elegido yo.

Me vuelvo instintivamente hacia el camarote de Beatrice.

La sonrisa de Miquez:

—En cierto sentido, también yo, como toda la gente que ves en esta nave, estoy en la lista.

Vuelve a contemplar fijamente la costa:

—No podemos dejarlo todo en Venecia.

—¿Crees que te van a traer todo tu dinero en bandeja, después de todo lo que han hecho para joderos?

—En absoluto. Tendré que hacer uso de la diplomacia, del engaño y tal vez también de la fuerza. Todas las armas del arsenal de los Miquez.

Me arranca una risotada.

—Y luego hay otro motivo para volver atrás. La familia de la que te hablo es grande como un verdadero pueblo. En Venecia hay cinco mil marranos, como los llaman, y corremos el riesgo de que sean todos encarcelados o asesinados. Hay que encontrar la manera de sacarlos fuera lo antes posible.

Asiento.

—¿Qué haremos en tierras del Sultán?

—Constantinopla te gustará, ya verás. La ciudad más grande del mundo, de más de medio millón de hombres. También allí son muchos los que nos deben favores, con Solimán a la cabeza.

—¿Qué clase de favores? ¿Esos de los que te acusaba un tal Tanusin Bey?

Sonríe:

—Ludovico, la casa de los Miquez es grande como el mundo. Por cada puerta que se cierra, ha de abrirse otra. —Una fuerte palmada en la espalda—. Hasta luego, amigo mío. Nos veremos en Constantinopla.

João desciende a cubierta, donde Duarte está ya esperándolo junto al hermano.

Alcanzan la pequeña embarcación atracada bajo la nave. La vela se dobla al viento con un chasquido.

La veo deslizarse, mientras el capitán de la nave capitana da la orden de levar anclas.

Mar adentro de las costas romañolas he dejado de contemplar el horizonte, aterido de frío.

Debajo de la manta estiro los huesos doloridos sobre un catre. Beatrice me espera, pero antes un lío de pensamientos y sensaciones pide ser desenredado.

Hojas decrépitas, ahora ya polvo pasados treinta años.

La moneda del reino de un solo día.

La copia de un libro que no dejará huella.

Un cuaderno repleto de apuntes.

La más extraña herencia que podría confiarme el destino.

Heinrich Gresbeck, o cualquiera que sea su nombre, es el último rostro que viene a ocupar su sitio en la galería de los fantasmas. Tal vez sus mejores días hayan sido los pasados a mi lado. Tal vez es así como debería recordarlo.

Deseaba que fuera mi mano y no la de los sicarios de Carafa la que lo hiciera caer. En cambio, ha sido víctima del más ridículo de mis enemigos y de su propia maquinación. El Mulo: miserable rufián que quería vengar una afrenta sufrida, aprovechándose de la jauría lanzada contra los judíos. Habría tenido que darle muerte entonces. La carcajada que me ha acompañado en los últimos tiempos vuelve a subir a mi garganta: los destinos de los poderosos y de los hombres pendientes del gesto del último de los necios.

La confesión de Manelfi ha ardido. Los hombres no sabrán nunca que aquellas pocas páginas habrían podido cambiar para siempre el curso de los acontecimientos. Los detalles se escapan, las sombras menores que han poblado la historia vuelan olvidadas. Alcahuetes, pequeños clérigos mezquinos, fugitivos de la ley descreídos, esbirros, espías. Tumbas anónimas. Nombres que nada dicen, pero que han coincidido en las estrategias, en las guerras, las han hecho saltar por los aires, unas veces con la terca conciencia de la lucha, otras por pura y simple casualidad, con un gesto, con una palabra.

Yo he estado entre estos. De parte de quien ha desafiado el orden del mundo.

Derrota tras derrota hemos probado la fuerza del plan. Lo hemos perdido todo cada vez, para obstaculizar su camino. Con las manos desnudas, sin otra elección.

Paso revista a los rostros uno por uno, el pueblo universal de las mujeres y de los hombres que llevo conmigo hacia otro mundo.

Un sollozo estremece mi pecho, escupo el nudo.

Hermanos míos, no nos han vencido. Somos libres aún de surcar los mares.

En cubierta el viento corta la cara vuelta hacia el ocaso. Doy vueltas al cuaderno entre las manos. Desato el lazo que mantiene juntas las páginas. Las hojeo. Fechas, lugares, nombres. Reflexiones pergeñadas con letra menudísima.

Una hoja doblada me cae en el regazo. Una carta distinta.

A Giovanni Pietro Carafa:

Señor, esta es la última misiva de quien os ha servido durante más de treinta años.

Los nuevos tiempos que os disponéis a inaugurar deben olvidar a sus anónimos artífices, a aquellos que han hecho que los acontecimientos se ajustaran al plan. Los nombres ilustres de los vencidos y de los vencedores permanecen en las crónicas, a disposición de quien quiera recomponer la intrincada peripecia de una época y de lo que ella ha producido. Cuando las acciones estén ya lejanas y las vidas hayan cedido paso al futuro, de ese silencioso ejército de soldados de fortuna, oscuros constructores del laberinto, no quedará ya ningún rastro. Así pues, no se trata más que de acelerar el momento de esta desaparición, de hacer lo que sea preciso para escapar a la última ejecución.

Se ha perdido la ingenuidad en el medio siglo que tenemos a nuestras espaldas, junto con las esperanzas que he contribuido a disipar: no alimento la menor ilusión de escapar al destino que sé que me está reservado; no es la vida lo que me apremia, puesto que fuera del plan no soy nada más que un viejo mercenario inerme, rodeado de muertos. Aquellos que han quedado en el campo de batalla y aquellos que se enseñorean del mundo. No huiré ante ninguno de ellos, pero mi tarea se agota aquí. Otros la llevarán a cabo. Me dispongo a encontrar a un último viejo adversario, y espero que sea él quien apague la luz de los ojos que tan fielmente os han servido durante toda mi vida. Una vida que ha volado también junto con los miles de seres, década tras década, ahogados en la sangre, y que elijo acabar a mi manera.

Nada podéis hacer, ni tan siquiera reprocharos no haber previsto la defecación del mejor agente en el último momento: la mente de los hombres lleva a cabo extrañas evoluciones y no existe un plan que pueda incluirlas a todas.

Esto impedirá a toda victoria cumplirse por completo. También a la vuestra.

Esto hace que nadie muera en vano, ni siquiera quien, con su último gesto, os da esta lección.

Vuestro observador,

Q.

EPÍLOGO

Estambul, Navidad de 1555

Cuius regio, eius religio.

A cada región, la religión de su príncipe.

Con los príncipes siempre es posible tratar. Cerrar buenos negocios.

Esto es lo que se decidió en Augsburgo, hace dos meses, firmando un acuerdo que sanciona el reparto de bienes, territorios y confesiones en todo el Imperio. El nuevo papa Paulo IV deja a los protestantes las posesiones requisadas a la Iglesia hasta el día de hoy y bendice la paz lograda.

Se cierra así definitivamente la tapadera que Lutero, el títere de los nobles alemanes, levantó hace casi cuarenta años, dando inicio a décadas de esperanzas, rebeliones, venganzas y reparaciones. Cuarenta años, tanto ha sido menester para arrancar de nuevo a los pueblos la posibilidad de elección de su propio destino y a los hombres la de la propia fe.

Así se cierra una época. Carlos V, extenuado, señor de un Imperio próximo al colapso, se dispone a abdicar, dejando en herencia al joven Felipe las deudas y las guerras futuras.

También la estrella de los formidables Fugger está en su ocaso, oscurecida por un crédito imposible de cobrar. Por espacio de casi medio siglo han financiado las pretensiones y las aspiraciones del Habsburgo: ahora seguirán su misma suerte.

Cuius regio, eius religio. Quien no ha aceptado poner por encima de la propia cabeza a un príncipe o vincularse a una sola tierra, no tiene elección. La suerte de los judíos en Venecia ha sido el ejemplo.

Cuando fueron quemados los talmudes en Rialto, el 21 de agosto del 53, João había hecho posible la fuga a Oriente de casi un millar de judíos sefarditas. Tras el edicto de Julio III, las hogueras, los arrestos, el Getto, no hubo ya nada que hacer. Hoy está sucediendo lo mismo en otras partes a causa de Paulo IV.

Heinrich Gresbeck lo sabía. Venecia acusará el peso de todo esto, de haber cedido terreno a la persecución más hipócrita y terrible. El pueblo bíblico se lleva consigo el tesoro de la experiencia, el saber, la pericia, hacia una enésima fuga. Para ellos se abre la puerta de otro Imperio, que los acoge agradeciéndoles su valor. Pero junto con los judíos se marchan también otros muchos cristianos, otros hombres y mujeres sin tierra, arriesgan la vida allende las riberas del Mediterráneo, en medio de aquellos infieles a los que se nos ha enseñado a

odiar y que ahora son los únicos en aceptarnos sin exigir ningún acto de fe.

Su soberano indiscutido, Solimán el Magnífico, cuyo nombre apenas murmurado basta para hacer estremecerse a cualquier veneciano, es el hombre más rico y poderoso del orbe, dueño y señor de un Imperio que se extiende desde Crimea hasta las Columnas de Hércules, desde Hungría hasta Bagdad. Agudo conocedor de hombres y de pueblos, se sienta en el trono que fuera de Constantino con la aureola del guerrero invicto y del prudente tirano. No se compara en su presencia sin pensar que es el conquistador de Mesopotamia, que ha sido él quien ha llevado sus tropas hasta las mismas murallas de Viena, que ha derrotado a Carlos V en Mohacs, el hombre que con un simple gesto de cabeza podría acabar con las vías comerciales con Oriente, reduciendo a Venecia a una pequeña ciudad portuaria.

Si me preguntara por el continente que toca a sus dominios, le referiría mi historia, acariciando el convencimiento de que sabría apreciarla más que el informe de un embajador.

No hay ninguna enseñanza que extraer. No hay ningún plan que seguir. Estoy todavía vivo, eso es todo. Con la otra mitad del mundo, la lejana tierra que he visto perderse entre la niebla en un día invernal, no tengo ya nada que compartir. Se la dejo a los príncipes que consolidan sus tronos y eligen qué fe deben seguir sus súbditos; a los nuevos banqueros que se disponen a ocupar el puesto de los Fugger, recitando de memoria los textos de Calvino. Al propio Calvino, que manda a la hoguera a Miguel Servet, científico y teólogo. Se la dejo a los inquisidores que queman los libros; a Reginald Pole, ayer paladín de la conciliación, hoy arzobispo de Canterbury, perseguidor de protestantes en Inglaterra.

Pero más que a nadie se la dejo al arquitecto del plan que se hace realidad. A Giovanni Pietro Carafa, que ha subido al solio pontificio con el nombre de Paulo IV, a la edad de setenta y nueve años, el 23 de mayo de 1555.

—¿Todavía en la cama?

No la he oído entrar en el aposento. Me vuelvo con un refunfuño.

Beatrice inclina la cabeza para mirarme a los ojos:

—Al Sultán no le va a gustar nada tener que esperar a dos infieles de vuestro jaez.

Sentado en la cama, con un brazo le ciño la cintura, con el otro la aprisiono en un fuerte achuchón:

—Haz esperar a los poderosos y les demostrarás que no los temes.

—Sí, y te cortarán el cuello.

Reímos. Me levanto y voy a la estancia del baño, el alivio de mi vejez. Cada vez que pongo los pies aquí dentro, por lo menos dos veces al día, siento una mezcla de emoción y de complacencia por mi estado. Azulejos azules y verdemar relucen en el suelo y las paredes. Una gran pila ocupa un lado entero, de dos brazos de ancho. Puede ser llenada de forma continua por medio de dos tubos que vierten agua caliente o fría. El agua, calentada en un depósito que hay en el piso de arriba, se deja fluir a gusto de uno y se mezcla con la fría que baja por el otro conducto.

En esta ciudad de ensueño los baños son indicio de una civilización superior y de una consideración por el cuerpo y la higiene desconocidas en Europa. Los hay por todas partes, de todo tipo de tamaño y concepción, pero todos ellos adecuados para revigorizar los miembros y la mente del esfuerzo y del clima.

Me sumerjo en la tibieza, inmóvil. Que espere el Sultán.

Yosef me hace sobresaltarme irrumpiendo en la habitación con todo el clamor posible.

—¿No te habrás ahogado, mi querido viejo?

Luce sus mejores galas: las botas preferidas, que le llegan hasta la rodilla, unas calzas largas, claras; una blusa larga acolchada, con bordados en el pecho; el corvo alfanje al cinto, el puño damasquinado; el turbante típico de estas tierras arrollado a la cabeza, azul con una pluma blanca fijada por un broche de oro.

—Hay otras personas a las que hemos de ver antes que al Sultán. Date prisa, Samuel nos espera desde hace un rato. Las comodidades de esta ciudad te están volviendo un perezoso.

Lanza un pedazo de jabón en el agua que me salpica la cara. Me alarga la toalla grande:

—¡Vamos, date prisa!

En el Gran Bazar cubierto puede encontrarse de todo. Después de haber caminado entre los miles de mostradores y estrechos pasillos que se abren entre las tiendas, siguiendo a Samuel y Yosef, que guían mis pasos inexpertos, entramos en un local en el que se exponen especias y cereales.

Aromas de todo tipo asaltan mi olfato. Alrededor hay mesitas bajas, alfombras y cojines, ocupados por hombres enfrascados en sus negocios, de charla y fumando el narguile.

Dos gordos y sonrientes otomanos vienen a nuestro encuentro con grandes reverencias.

Uno abraza calurosamente a Yosef, luego se dirige al otro:

—Este es el muy honorable Yosef Nassí, una leyenda viva. Y este es su hermano Samuel, no menos valeroso. —Se le enciende la expre-

sión—. En Venecia estos hombres, conocidos como João y Bernardo Miquez, son considerados los principales enemigos de la Serenísima, por el simple hecho de ser desde siempre amigos nuestros. Si volvieran a Venecia, no te quepa la menor duda de que los colgarían de las columnas de San Marcos.

Rien a gusto, el compadre está visiblemente admirado.

Es el turno de Yosef el Sefardita:

—Con todo, no excluyo el volver algún día. A pesar de sus amos, Venecia es una espléndida ciudad. Señores, os presento a mi socio, Ismael el-Viajero-del-Mundo, aquel que llegó de sus frías tierras a través de todo tipo de aventuras, enemigo de todos los poderosos de Europa.

Los dos opulentos mercaderes se inclinan nuevamente con aire deferente.

Nos hacen acomodarnos, uno de ellos se pone a cargar el hornillo del narguile, mientras que el otro le ruega a Yosef que le cuente a su socio su increíble fuga de Venecia.

—En otra ocasión. Nos esperan en la corte y no quisiera desperdiciar el poco tiempo de que disponemos en vanas jactancias. Mejor hablar de negocios.

—Por supuesto.

Unas rápidas palmadas y un muchacho con una túnica blanca trae una bandeja con un jarro humeante y unas tazas.

El sirviente vierte un líquido oscuro, de perfume intenso y desconocido.

Miro a Yosef.

Me habla en flamenco, la lengua de los ya remotos días de Amberes.

—Es precisamente el negocio del que debemos hablar. Pruébalo.

Un sorbo desconfiado. El líquido caliente desciende por la garganta, un fuerte sabor, ligeramente amargo, e inmediatamente se abre paso una sensación de vigor y renovada agudeza de los sentidos. Un sorbo más largo y quedan en la lengua los granos posados en el fondo de la taza.

—Bien, pero no comprendo...

—Se llama qahwé. Se obtiene de una planta que crece en las regiones de Arabia.

El mercader muestra un saquito de granos verdes, Yosef recoge un puñado.

—Se tuestan y muelen en polvo y están listos para la infusión en agua hirviente. En Europa se volverán locos por él. —Intuye mi perplejidad—. El Sultán demuestra apreciar los servicios y las informaciones que le proporcionamos, pero siempre resulta oportuno con-

tar también con otros proyectos y buenos negocios que desarrollar. Créeme, las toscas gentes de Europa apreciarán uno tras otro estos pequeños placeres que hacen la vida digna de tal nombre.

Sonríó y pienso en mi pila colmada de agua tibia.

Yosef continuó:

—Aquí están abriéndose establecimientos para la degustación de bebidas regeneradoras. Lugares como este, donde se conversa, se hacen negocios y se fuma el tabaco de esas fantásticas pipas de agua. Ya verás, no harán falta muchos años para introducir en Europa semejantes costumbres. Solo tenemos que empezar a incluir en nuestros tratos comerciales los sacos de estos valiosos granos y explicar cómo hay que utilizarlos.

—Europa no gusta de los placeres, Yosef, lo sabes.

—Europa está acabada. Ahora que se han puesto de acuerdo, volverán nuevamente a hacerse la guerra, cultivando el sueño de una bárbara supremacía. A nosotros nos queda el mundo.

El muchacho llena de nuevo la taza.

Suelto una amplia bocanada de humo del tubo del narguile. Los miembros se relajan, se hunden en el cojín.

Sonríó. No existe un plan que pueda preverlo todo. Otros alzarán la cresta, otros desertarán. El tiempo no dejará de repartir derrotas y victorias a quien prosiga la lucha.

Sorbo satisfecho.

Nos espera la tibieza de los baños. Ya pueden transcurrir los días sin objeto.

No avanza la acción de acuerdo con un plan.

PERSONAJES, CIUDADES Y DOCUMENTOS

Agradecimientos

Los autores desean dar las gracias a Silvia Urbini, Andrea Alberti, Susanna Fort, Guido Novello Guidelli Guidi, Gianmassimo P. Vigazola y Antimo Santoro por su indispensable contribución.

Esta obra, publicada por
MONDADORI,
se terminó de imprimir en los talleres
de Artes Gráficas Huertas, S.A., de Madrid,
el día 19 de octubre
de 2000